

Betina González

EL AMOR ES UNA
CATÁSTROFE NATURAL

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

El amor es una catástrofe natural

El amor es una catástrofe natural

Betina González

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Los que persiguen tormentas

La joven sin atributos

El amor es una catástrofe natural

Lobos y diamantes

La verdadera experiencia de la pampa

Modos de matar a un niño

El llamador

Aprender a nadar

Cae una estrella

En el corazón del bosque

La sombra de los animales

La preciosa salvaje

El hombre en la calle de atrás

Agradecimientos

González, Betina

El amor es una catástrofe / Betina González. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tusquets Editores, 2018.

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-670-546-2

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Título.

CDD A863

© 2018, Betina González

Todos los derechos reservados

© 2018, Tusquets Editores S.A.

AV. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: agosto de 2018

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-987-670-546-2

A Mabel Garabelli, maestra

*ese jardín es el centro del mundo, es el lugar de la cita,
es el espacio vuelto tiempo y el tiempo vuelto lugar*

ALEJANDRA PIZARNIK,
«Sala de Psicopatología»

Los que persiguen tormentas

Cada vez que el teléfono suena en medio de la noche, pienso que van a avisarnos de una tormenta nueva y que si no tengo todo, pero todo listo, papá va a salir sin mí. Sé que va a ser una grande, de esas en las que las nubes se apilan y parecen torres que giran como la mecha de un taladro, una tormenta en la que los rayos duran tres o cuatro segundos de más, como si un árbol de navidad con un switch roto tratara de dibujarse en el cielo. Con mi suerte, va a ser la más grande del mundo y yo me la voy a perder por estar todavía en pijama, soñando que voy a un cumpleaños en la casa de una compañera y que cuando me abren la puerta soy la única que está disfrazada de tomate maduro.

Parece que mucha gente tiene esa clase de sueños. Lo sé porque lo busqué en Google. Puse «Sueño con disfraz humillante» y salieron sesenta y ocho millones setecientos mil links. La mayoría eran páginas que se suponía que yo no debía ver (adultos con poca ropa o disfrazados de cosas sexuales), pero lo bueno es que así encontré a Debbie.

Debbie tarda uno o dos días en responder, pero siempre lo hace. Tiene un sitio que se llama «OvejasElectricas.org». La gente escribe sus sueños y ella los explica. Es importante ponerle un buen título al tuyo porque así los que tuvieron uno parecido pueden encontrarlo fácilmente y no se sienten tan raros por haber soñado que iban descalzos al trabajo, que se les caían los dientes o que estaban en la cama con el tío de su madre. Al mío le puse «Tomate maduro en fiesta de cumpleaños» y esto es lo que dijo Debbie: «Soñar que te invitan a un cumpleaños es siempre algo bueno, aunque seas la única con un disfraz. Eso puede significar que tu espíritu es especial y es capaz de guiar a otros. El problema es que probablemente no creas en tu propia habilidad y por eso los que te abren la puerta se ríen y no entienden que son ellos los que están equivocados». Hasta ahora no encontré a nadie más que haya soñado que era un tomate, pero boris200 escribió sobre una vez en la que soñó que era un soldado y en lugar de un rifle le daban un bolso lleno de latas de tomates; y en el sueño de sadbride92 (que pasaba en un faro) ella llevaba un vestido de ese color. Me gustaría que Debbie me dijera qué quiere decir el tomate en sí. También quisiera soñar con un faro o con un zoológico africano,

como reinareptil978. Ojalá pudiéramos elegir los sueños como se eligen las películas. Yo preferiría soñar que papá y yo vamos en un VIT y nos metemos en el ojo de una tormenta, solo que el ojo es el cielo entero que se abre para dejarnos pasar y de repente estamos en otra dimensión y somos los primeros en descubrirla.

Es por eso que duermo con la ropa puesta y el bolso listo al costado de la cama. Papá tiene un amigo que se la pasa mirando los radares y le avisa cuándo se acerca una tormenta grande. Cada vez que el teléfono suena en medio de la noche, pienso que puede ser él. Nunca se puede estar del todo preparada, pero yo trato de dejar listo al menos el equipo mínimo: barras de cereal, botellas de agua, bolsas de papas fritas y dos o tres cámaras de bolsillo por si la cámara profesional se nos atasca. Todo eso lo aprendí la vez que perseguimos a Reina Malva durante doce horas (a las tormentas no se les pone nombre como a los huracanes porque pasan una sola vez, pero yo se los pongo igual). Reina Malva empezó un viernes cuando unos cumulonimbos que parecían inocentes empezaron a hacerse cada vez más gordos y grises. Después se fueron pegando unos a otros y se pusieron color malva, que en *Doctor Who* es el color del peligro, y también es de mala suerte, lo sé porque mamá nunca lo usa, dice que no hace nada por su piel y que tampoco es bueno comer cosas de ese color, mejor comer dulces color frambuesa y ponerse pulóveres de ese tono también. La cuestión es que las nubes, un poco antes de ponerse negras, pasan por el malva y ahí es cuando la cámara tiene que estar instalada en el trípode. En general, papá y yo la armamos en la terraza pero ese viernes sabíamos que la tormenta iba a pasarnos de largo, que iba a ser necesario prepararnos para una persecución. Lo que no sabíamos era que Reina Malva era la cola de un ciclón y por eso todo se inundó casi inmediatamente y llegó un punto en que ya no pudimos avanzar. Papá apagó la radio y nos quedamos al costado de la ruta oyendo el ruido del viento y del limpiaparabrisas, muertos de sed, viendo como el cielo se ponía gris, morado y espliego y un montón de colores para los que no existen palabras.

Las fotos de ese viaje salieron en una revista y nosotros en la televisión. El noticiero entrevistó a varias personas que se habían quedado atrapadas en la ruta ese fin de semana. A mí me preguntaron si había tenido miedo y yo les dije la verdad: que papá y yo perseguimos tormentas desde que tengo cinco años.

No era la primera vez que papá salía en la tele. Hace unos años, él y mamá concursaron por un viaje en un programa de parejas. Tuvieron mucho éxito y

todavía hay gente que los reconoce en el supermercado y les pregunta si de verdad son Don y Dalia, de la televisión. Mi papá no se llama Don. Se llama Juan. Don es su nombre artístico de cuando estudiaba teatro y fotografía, pero todavía lo sigue usando. Mamá sí se llama Dalia y siempre dice que todos en la familia deberíamos agradecerle su sexto sentido para los negocios. Hasta ahora tuvo cuatro. Los primeros fueron una panadería, un servicio de karaoke y una compañía de títeres. Los títeres no duraron mucho porque los chicos de hoy prefieren los videojuegos y otras basuras electrónicas (yo le dije que no, que el problema no era que los títeres no fueran electrónicos, que el problema era que hacían cosas aburridas como querer salvar el planeta de la contaminación o cantar canciones de los años setenta). Aunque papá y mamá perdieron en la última ronda del programa, la gente que los reconoce por la calle les dice que fue una injusticia, que ellos y no esa otra pareja deberían haber ganado una segunda luna de miel en Tailandia. Fue un poco después de lo del programa que a mamá se le ocurrió poner una empresa para ayudar a los que quieren ser actores. Un montón de personas vienen a casa a hacer todo tipo de videos. Mi favorito es un chico que se especializa en imitaciones. Ya vino a grabar su cuarto monólogo.

Es una lástima que perseguir tormentas no sea un negocio porque entonces ya seríamos millonarios. Estoy segura de que detrás de las tormentas hay un mundo. Solo que hasta ahora nadie pudo fotografiarlo. Para eso se necesita un VIT, que quiere decir «Vehículo para Interceptar Tornados». Papá y yo vimos el prototipo en un documental. Parece un tanque y sirve para llegar hasta el ojo de un huracán si es necesario.

Cuando vi a papá en el jardín con la caja de herramientas, un tanque de gas y pilas de cartón, papel aluminio y cinta adhesiva, pensé que finalmente había comprado las cosas para construirlo. Bajé corriendo las escaleras y le pregunté de dónde había sacado el modelo para hacerlo. Papá se rio y dijo que lo que estaba construyendo no era un VIT sino un globo aerostático.

—¿Para qué?

Se encogió de hombros y se limpió las manos en el pantalón.

—Para ver si me sale hacerlo —me contestó.

Dijo que con esos materiales podía construirse un globo lo suficientemente fuerte para soportar solo unos veinticinco kilos y que por eso yo iba a tener que probarlo sola. Le llevó tres días terminarlo.

La noche anterior al lanzamiento de prueba, cenamos en el restorán chino. Pedimos el festín familiar. Mamá tenía puesto el vestido negro con hilos

plateados. Hacía años que no lo usaba, desde la fiesta de inauguración de la panadería. Se veía bien, aunque tuvo que hacerle arreglos, después de haber perdido tanto peso. Papá tenía puesta su ropa de siempre. Durante la cena, nos volvió a contar la historia de cómo a los ocho años pescó una trucha, solo para enterarse, mucho después, de que había sido su papá el que había puesto el pez en el anzuelo mientras lo mandaba a buscar cervezas al coche. Una vez le pregunté al abuelo por qué había hecho eso y me dijo: «Quería que tuviera confianza en sí mismo». Mi galleta de la suerte también hablaba de la confianza. Decía: «La confianza es la casa del amor». Me gustan las galletas de la suerte pero creo más en los sueños. Lástima que ayer no soñé nada. Por ahí hubiera tenido una premonición y sabría por qué estoy encerrada en el altillo.

Al día siguiente, probamos el globo, justo a la hora en que los vecinos estaban en su pileta. Mamá lo grabó todo con la cámara que usan para el trabajo. Subí con el equipo para tormentas, aunque papá me hizo dejar las cámaras y algunas botellas porque eran demasiado pesadas. También me dijo que no me sentara para que todos pudieran verme. Cuando por fin logramos lanzar el globo (hubo que emparchar una pinchadura a último momento), sentí un aire en el estómago igual a cuando te empujan en una hamaca sin avisarte. El globo subió mucho más lento de lo que esperaba y llegó solamente hasta la altura de los árboles porque, como era nada más una prueba, papá no había cortado las cuatro cuerdas de seguridad que lo sujetaban a los ganchos en la pared del patio. Pude ver los techos de las casas y el patio de la señorita La Brècque, que en ese momento salía a barrer. Al ver el globo, levantó un brazo y gritó mi nombre. Me gusta la señorita La Brècque, no es como otros viejos. A veces voy a su casa nada más que a charlar, aunque no de las tormentas. Con ella hablo de si existe el tercer ojo o de lo que significa «tener confianza en uno mismo». Desde el globo vi los árboles como nunca antes los había visto y la pileta de los Valenti, donde Laura y su hermana jugaban con una pelota hasta que me vieron y empezaron a gritar y a saludar. Lástima que no pude sacar ni una foto.

Por eso hoy cuando me levanté, lo primero que hice fue poner una cámara en el globo, con cuidado de que nadie me viera. Mamá me esperaba con el desayuno listo y me recordó que tenía que usar la misma ropa de ayer. Dijo que era porque ya sabíamos cuánto pesaba y había que ser exactos con los kilos. Oí a papá en el patio preparando el globo. Cuando estaba por salir a ayudarlo, mamá me dijo que todavía era muy temprano, que mejor

subiéramos a la pieza de arriba para espiar los preparativos y buscar un pedazo de sogas para reforzar las amarras.

Ya en la escalera tuve un poco de miedo porque mamá puso su mano en mi cuello y era una mano de uñas largas, rojas y frías. Iba hablando de las cosas de siempre. De que había que arreglar el aire acondicionado y de cuánto trabajo requería esa casa que al fin y al cabo no era nuestra sino de los abuelos. Entramos a la pieza a la que mamá le dice altillo y nos acercamos a la ventana (cuando era más chica me gustaba jugar a que era el ojo de buey de un barco fantasma y yo era un espectro que asustaba a Laura Valenti). Papá estaba cruzado de brazos mirando cómo el globo se iba inflando a medida que el gas salía del tanque. Le faltaba un rato para parecer realmente un globo, más bien parecía una medusa gigante y plateada que fuera a comérselo en cualquier momento. Iba a decírselo a mamá, pero cuando me di vuelta estaba sola. Ya antes de probar el picaporte, adiviné que la puerta iba a estar cerrada con llave.

Vi cómo mamá salía al patio con la cámara colgada del hombro y un vaso con jugo de naranja en la mano. Vi cómo le daba el vaso a papá, cómo el globo terminaba de inflarse y se iba despertando de a poco en el aire, cómo papá cortaba las sogas y sonreía a la cámara pero de pronto ponía cara de asustado y corría hacia el globo como si se hubiera olvidado de algo importante. Mamá soltó la cámara y también corrió. Los dos trataron de recuperarlo dando saltitos para agarrar la cuerda más cercana, pero una ráfaga de aire lo empujó hacia la casa de los Valenti. Los dos corrieron hacia la verja de madera, gritando, mientras el globo se hacía más y más chico en el cielo sin una nube de la mañana. Mamá llamó a alguien desde su celular y los Valenti vinieron hasta la verja con Laura y su hermana todavía en pijama. Todos señalaban el cielo y sacudían los brazos como si fueran a llegar los extraterrestres.

Hubiera podido gritar por la ventana. Por ahí Laura se hubiera acordado de nuestro juego y hubiera levantado la vista. Pero no lo hice. Porque lo que más quería en ese momento era entender qué era lo que había hecho mal. ¿Sería porque había escondido la cámara en el globo? ¿O porque la semana anterior no había querido ir al dentista y mamá me había tenido que arrastrar hasta el consultorio?

Un poco después, me quedé dormida. Cuando me desperté, había un plato sobre la mesa de coser que ya nadie usa: hamburguesa con papas fritas, mi favorito. Dormí, pero no soñé. Ojalá lo hubiera hecho. Ojalá esto fuera un

sueño en el que mis padres me encerraban en el altillo. Seguro que Debbie sabría lo que significa.

Afuera el cielo se puso rosa en los bordes, como las postales que mamá guarda en una caja de cartón acá en esta pieza. Son fotos en blanco y negro de gente que nunca hizo nada con su vida. Gente que nunca persiguió una tormenta ni viajó en un globo aerostático. Eso es lo que dice papá. Que no hay nada peor que pasar por la vida siendo nada más que público para el show de los demás. Como la gente que ahora está en el patio y en el jardín de adelante. Además de los Valenti, hay un montón de otras personas que no conozco. Y cámaras de televisión. Y una camioneta blanca de la que bajan hombres con trajes y reflectores. Mamá tiene puesto el vestido con hilos plateados y papá su ropa de siempre. Se abrazan y lloran frente a las cámaras. Dicen que perdieron a su hija en un globo aerostático. Son Don y Dalia otra vez. Don y Dalia, de la televisión.

La joven sin atributos

«A partir de hoy, voy a ser otra», se dijo la joven sin atributos. Y lo repitió. Como un mantra. No, no estaba leyendo un libro de autoayuda (aunque tenía muchos de esos libros en su casa). Ser otra significaba abandonarse, desertar del cascarón de rasgos olvidables que le impedía conquistar la cima de aquella montaña que era la vida. Ser otra significaba hacer algo radical, una locura: incendiar un edificio, saltar por una ventana, sacrificar un corderito y ofrecer su corazón aún latiente a algún ser oscuro e ininteligible.

Ser otra podía ser todo eso. Pero de todas las formas de la variedad, la joven sin atributos (que no por nada carecía de ellos) eligió la de Leila Ott, la vecina que ocupaba el departamento número cuatro en la planta baja de su edificio.

Ni alta ni baja, ni flaca ni gorda, ni linda ni fea, la joven vivía en un limbo de indefiniciones que el espejo le devolvía con especial ensañamiento. Creía que un día cualquiera comprobaría (ya sin terror, bronca o emoción alguna) que el mundo estaba poblado de miles de chicas exactamente iguales a ella. Esas jóvenes eran el ejército que lo mantenía funcionando: la dependienta de la florería, la estudiante que se atiborraba de clases innecesarias cada semestre, la adolescente siempre disponible en las fiestas de secundaria. ¿Qué sería de los romances, los profesores y los varones sin esas chicas? Al pensarlo, la joven sin atributos no podía más que indignarse: qué injusto era ser parte de ese ejército anónimo, auxiliar. Cuánto mejor ser, por ejemplo, Leila Ott.

Comenzando por el nombre: en su brevedad engañosa, Leila se elevaba sin prisa en la primera sílaba como en un cochecito para bajar a toda velocidad por la pendiente de la segunda, coronada por el punto final del apellido. Llamarse Leila Ott era ser dueña de una montaña rusa diminuta, caminar cargando un vértigo desarmador en el propio nombre. La primera vez que la joven lo había visto, escrito en un sobre sin remitente que el cartero había colocado en su buzón por equivocación, había tenido que contener la respiración. Hacía unos meses que vivía en el edificio y todavía

no conocía a su vecina. La imaginó perfecta y, con el sobre en la mano, se dirigió hacia la puerta número cuatro. Dio dos golpes discretos (el timbre le pareció un atrevimiento), felicitándose de tener una excusa para presentarse. Silencio. Dos golpes más y la puerta se abrió de par en par, luego de un tumulto de muebles arrastrados y de interjecciones.

La joven sin atributos no se hubiera calificado de asustadiza, pero la mujer que tenía enfrente la hizo retroceder dos pasos. Debía medir alrededor de un metro ochenta, su espalda era tan ancha que merecía al menos un comentario al margen y, a pesar de las tiras del corpiño que la remera de cuello mal cortado dejaba ver hundidas en sus hombros, las tetas se le confundían con el abdomen, seccionado en tres rollos asimétricos que el color fucsia resaltaba sin miramientos. Tenía el pelo corto y negro, pómulos altos, nariz afilada y ojos alargados de color marrón casi amarillo.

Todavía recuperándose del impacto de tanta singularidad junta, la joven extendió el brazo con el sobre, que tembló como una palabra al final de sus dedos. Los ojos de Leila Ott se iluminaron. Sonrió. Tenía dientes muy blancos y parejos. Tomó la carta y se la acercó a la cara. La retuvo unos segundos a la altura de la nariz, con los ojos entornados. Después la dejó caer en un cesto de alambre que había al lado de la puerta. Antes de que esta se cerrara sin un gesto de agradecimiento, la joven sin atributos alcanzó a ver que la papelera, que era de buen tamaño, estaba llena de sobres y ramos de flores con esquelas rosadas o celestes marchitándose en el celofán.

La joven subió las escaleras hacia su departamento meditando sobre lo que acababa de ver. En el tercer escalón, decidió que Leila Ott había sido una actriz de cine o de televisión que todavía recibía cartas de sus admiradores. En el rellano, cambió de idea e imaginó a un único hombre, secreto, desesperado, reclamándola desde la bruma de una separación inexplicable. Ya a punto de llegar a su departamento, recordó que unos días atrás había visto a una monja parada frente a la puerta de su vecina. Traía una bolsa que olía a guiso. ¿Qué tal si Leila Ott tuviera una enfermedad terminal y, ya resignada, se hubiera acostumbrado a esa y a otras muestras de aliento? No. Eso no explicaba la expresión en su cara, una cara alterada, desecha por la más pura felicidad, concluyó la joven mientras hacía girar la llave en la cerradura. ¿De dónde provendría? ¿Del hecho de recibir cartas de amor o del lujo de poder descartarlas?

Repasó los datos que tenía sobre su vecina: el nombre, la monja y los segundos de intimidad que sus ojos habían captado antes de que se cerrara la

puerta. Lo único que podía afirmar era que el departamento de Leila Ott tenía más muebles de lo necesario. Una sucesión de maderas oscuras, pilas de cajas de cartón y ropa desordenada se había revelado por unos segundos a la luz que se filtraba desde la ventana que daba al patio común. A pesar de no ser especialmente vieja, Leila Ott parecía haber estado acumulando los restos de toda una vida. Las cartas y las flores, razonó la joven, solo ocupaban un lugar destacado en esa acumulación.

Esa noche se durmió meditando un plan. Había tres formas de resolver el misterio de Leila Ott: vigilarla detenidamente, interceptar al cartero y robar una de las cartas, o interrogar a la monja que le traía la comida. Ninguna de esas vías le garantizaba la transformación en su vecina. Pero eso era algo que la joven todavía no había decidido. El deseo de ser Leila Ott recién se le insinuó en la base de la nuca mientras se dormía, acunado por su triple condición de florista, estudiante y chica disponible para el mundo con un montón de tiempo escapándosele de las manos.

Dos días de vigilancia no revelaron nada interesante, excepto que su vecina solo abandonaba el departamento al mediodía, cuando salía a la parcela del patio que podía llamar propia (un cubículo de unos cuatro metros cuadrados delimitado por una cerca de madera). Qué hacía durante los quince minutos que duraba su visita al exterior era algo que la observación atenta desde el primer piso no había podido precisar. Al principio, la joven pensó que Leila salía a tomar sol (si es que así podía llamarse a la pobre ración que la ciudad recibía de vez en cuando). Pero luego la oyó gritar. No demasiado alto, sino de manera monótona y continua, como si conversara con alguien lejano e invisible. Eso fue lo que la joven se apresuró a concluir: que Leila Ott hablaba a los gritos con algún vecino o con alguien que permanecía dentro de la casa —¿postrado?, ¿aburrido?, ¿desinteresado de los placeres de la luz y el color?—, cuyas réplicas quedaban fuera de alcance y solo eran conjeturables a partir de los silencios de la mujer gigante. El único problema con esa hipótesis era que la joven no entendía una palabra de lo que decía su vecina. ¿Leila Ott sería extranjera? Le tomó otro día de vigilancia decidirse por la respuesta negativa: sentada sobre una silla desvencijada, encorvada y de espaldas al balcón desde el que era observada, Leila Ott gritaba incoherencias. A veces, su grito era largo y lleno de insultos: otras era un gruñido corto y vacío. Cualquiera hubiera abandonado la investigación en este punto. Pero la joven sin atributos se negaba a creer que alguien le

enviaría flores a una mujer enajenada. Sobre todo lirios de Casablanca, uno de los ramos más caros del mercado.

Esa mañana decidió seguir adelante con la segunda parte de su plan: robar una de las cartas dirigidas a Leila Ott. El cartero era uno de esos hombres que parecen tallados a cuchillo sobre algún material duro y nudoso. Era alto, rubio, y cada vez que traía un paquete para ella, la joven se demoraba unos minutos cambiándose el top o arreglándose el pelo antes de bajar las escaleras. Los segundos que tardaba en firmar la planilla que él le sostenía equivalían a todas las revoluciones sociales del continente europeo. Había leído (esta vez sí en un libro de autoayuda) que el deseo femenino podía ser como una revolución de las hormonas y le gustaba pensar que Danton, Robespierre o *La libertad* de Delacroix la conducían por esa pasarela de terror que se abría entre ella y el cartero cuando finalmente le entregaba el paquete y sus ojos se encontraban ya sin lapiceras ni compras ni estampillas de por medio.

El plan (diseñado desde que se había dado cuenta de que los vecinos del nueve compraban hasta el papel higiénico por internet) se desarrolló tal como lo había previsto. El cartero le entregó su libro, le sostuvo la mirada los tres segundos que la etiqueta laboral se lo permitía y volvió a la camioneta a buscar el paquete de la pareja adicta a las compras online. Normalmente, la joven ya estaría en las escaleras (siempre se apuraba para no ver al cartero meterse en ese vehículo que, al igual que las bermudas que usaba en los días de calor, lo colocaba más allá del poder revolucionario de las hormonas), pero esta vez se inclinó sobre el bolso que él había dejado en el pilar de los buzones y, ayudada por la agilidad de sus uñas limadas y pintadas con Essie Material Girl (no hay como sentirse Madonna para cometer un crimen), robó no una sino dos cartas dirigidas a Leila Ott.

El tamaño del delito solo se le hizo evidente cuando intentó correr y descubrió que sus piernas se negaban a moverse. ¡Su cuerpo se había vuelto legalista! Casi tuvo que arrastrarlo escaleras arriba. Lo hizo de manera tan parsimoniosa que cualquiera que la hubiera visto habría creído que subir escaleras era su profesión («¡Hola! Soy Dorothy Ellis, subo escaleras», se imaginó presentándose en una hipotética fiesta; eso les enseñaría a no amedrentar a las jóvenes sin atributos con tarjetas de presentación y apretones de manos). Ya en su departamento (diminuto, ocupado casi por completo por una gran cama), dejó caer las cartas sobre esa tabla que la gente llamaba «desayunador» y en la que ella, además de desayunar, almorzaba y cenaba

con clara conciencia de no poder llamarla «mesa».

Observó las cartas con atención. No tenían remitente. Uno de los sobres era alargado, empresarial, el otro, cuadrado y de un blanco más amarillo. Las caligrafías también eran diferentes. Empezó por la del sobre alargado, a la que imaginó escrita por un señor de traje azul que se sentaba detrás de un escritorio de madera sobre el que no había un solo papel más que el de la carta que escribía con pasión y detenimiento. La joven tenía planeado proceder como en las películas: poner agua a hervir y acercar el sobre hasta que el vapor aflojara el pegamento; así Leila Ott no se enteraría de nada y recibiría su correspondencia en tiempo y forma habiendo compartido con ella la causa de su alegría. Pero la realidad se mostró más difícil de burlar que en los policiales. El vapor de la tetera arrasó con las letras en el sobre (¿quién usa una pluma fuente en estos días?), como si un vendaval las hubiera torcido hacia el margen izquierdo. No todo estaba perdido, sin embargo: Leila Ott podía pensar que la lluvia había interceptado la misiva camino a su casa (¿acaso no era un milagro que las cartas siguieran llegando con tantos huracanes, protestas de jóvenes frente a la bolsa y guerras en el Medio Oriente?). Pero eso se le ocurrió después, cuando sus dedos de chica material sin tiempo para perder en procedimientos detectivescos ya habían rasgado la solapa del sobre.

Querida Leila:

Hoy se cumplen quince años, dos meses y tres días.

No olvidamos. Ojalá te pudras en tu propio infierno.

La joven soltó la carta como si de ella hubiera brotado una tarántula. Los dedos le temblaron un poco. Miró el segundo sobre sin decidirse a abrirlo. Fue hasta la alacena, sacó una taza y, con el agua caliente que quedaba en la tetera, preparó un té de hierbas. La dulzura de la infusión —que desde la caja prometía el traslado a un paraíso africano donde los pájaros conversaban con los leones— le dio algo del valor que le faltaba; el resto lo obtuvo de la inercia de la propia situación. ¿Qué otra cosa podía hacer?

La segunda carta contenía solo un nombre escrito en la mitad del papel. Decía «Amelia» en letras altas, negras y gruesas. La joven agradeció la sobriedad de la mujer (pues esa caligrafía era sin duda la de una señora a la que habrían disciplinado desde chica para que produjera esas cursivas armónicas y brutales). Al menos se abstenía del nosotros amenazante y

artrópodo de la carta anterior. Agarrando la taza con las dos manos, la joven se sentó en la cama y se recostó sobre la decena de almohadas y almohadones que compensaban en profundidad y blandura la falta de espacio de su departamento. A pesar de que era otoño y mediodía, y, no el sol, pero sí una luz espectral insistía en filtrarse entre las nubes, tuvo sueño y frío. El mundo había perdido toda su perfección: la gente odiaba a Leila Ott. Y la odiaba por correspondencia.

¿Quién sería Amelia? ¿Y qué habría ocurrido quince años atrás? Sin levantarse de la cama, mirando el cielorraso en búsqueda de inspiración, la joven imaginó el crimen de Leila Ott. Ella y Amelia vivían en una mansión en California. Amelia había sido una actriz famosa hasta que un accidente la había dejado paralítica y al cuidado de su hermana. Pasaban los años pero las cartas y las flores de sus fans seguían llegando, eran su única alegría en esa sucesión de rutinas del recuerdo y la alimentación. Leila también había sido actriz, pero no había pasado de unos cuantos roles secundarios y por eso odiaba a su hermana, a quien ahora podía torturar a sus anchas. Una tortura de las que llaman «psicológica» (como si hubiera alguna que no lo fuera, pensó la joven). Al final se decidía a asesinarla. Pero ¿cómo? Obvio: estrangulándola con esos dedos que parecían salchichas (había tenido ocasión de observarlos, a pesar de ser cortos, eran rosados y fuertes, lo suficiente como para hacer estallar un par de vértebras). Sí, Leila Ott no era una envenenadora o una intrigante, eso iría en contra de su tamaño. Claro que tampoco era Bette Davis, ¿pero no sería un mejor final de la película que Baby Jane Hudson se saliera con la suya y se mudara a una ciudad gris llena de hipsters y menonitas solo para descubrir que los fans de Amelia le habían seguido la pista y ahora era a ella a la que torturaban con cartas y flores de odio?

La joven se sintió satisfecha con su relato del crimen. La satisfacción (razonó ya despegando la cabeza de la historia) se debía al descubrimiento de que el odio era más interesante y duradero que el amor. ¿Cómo no lo había pensado antes? Tal vez había un plusvalor, un poder singular en el hecho de saberse muy odiada. Tanta energía de otros puesta en una tenía que tener consecuencias importantes. La joven se levantó de un salto, tomó las cartas, las dobló con cuidado y las guardó dentro de uno de los libros (*El GPS interior*) que llenaban los estantes de la pared debajo de la tabla del desayunador.

Ya no sentía deseos de ser Leila Ott. Solo quería interrogar su descubrimiento. ¿Sería cierto que el odio reinaba sobre el amor? Hizo un esfuerzo por recordar a las personas más detestadas de su biografía. Estaba Sarah Gardner, la compañera de primaria que hablaba sin pausa ni dirección, en general sobre el dinero y los caballos de su familia. También la señorita Tuchzneider, su profesora de química del secundario, odiada universalmente por la arbitrariedad de sus calificaciones. O Jim Arseno, uno de los empleados de la hamburguesería en la que había trabajado algunos meses (no recordaba la razón exacta por la que todos, ella incluida, evitaban encontrarse a solas con él). No, ninguno de ellos se parecía a Leila Ott. Aunque gravitaban en ese círculo lejano que el odio les había compuesto, ninguno parecía feliz. Ni siquiera eran especiales. Sus caras eran manchas en su memoria, diferentes versiones de puños y dientes apretados, de una misma incomodidad.

¿Se habría equivocado? ¿Qué tal si no había una relación causal entre las cartas de odio y la felicidad de Leila Ott? La única forma de averiguarlo era confrontar directamente a su vecina. Sin pensar demasiado en lo que diría o preguntaría, la joven abrió la puerta y bajó las escaleras. Pero en el hall de entrada la detuvo una aparición. Luchando con tres bolsas de supermercado repletas de comestibles que la inclinaban hacia los lados, estaba la monja que había visto otras veces frente al departamento cuatro. Era muy baja y de edad indefinida (¿cuarenta?, ¿cincuenta?, ¿cómo harían las monjas para deshacerse de la contabilidad de los años?). Llevaba una toca, falda y medias negras y una camisa blanca sobre la que se destacaba un rosario plateado. Era raro que la camisa fuera de mangas cortas (¿acaso las monjas no debían cubrirse todo el cuerpo?). Pero lo más llamativo eran los zapatos: negros y acordonados, tenían, sin embargo, tacos altos, cuadrados y flexibles sobre los que la monja caminaba como si lo hiciera sobre resortes.

Escollarla hasta la puerta de Leila Ott le pareció la mejor forma de acercarse al misterio. Se adelantó y tomó dos de las bolsas que tenía en la mano. Ella aceptó su gesto como algo natural. Avanzaron juntas. La monja puso el dedo en el timbre y lo dejó ahí un buen rato. Todo un minuto pasó sin que se oyeran ruidos al otro lado de la puerta número cuatro.

La joven bajó la vista hacia las bolsas que colgaban de su brazo derecho: arroz, latas de tomate, costillas de cerdo, un pastel de ron. Fue el pastel el que le proporcionó la pista definitiva. ¿Qué había hecho Leila Ott para merecer un «trozo de las Islas Caimanes» envuelto en una cajita hexagonal, lujosa, en

la que navegaba una fragata llena de posibilidades? Ahí tenía que haber un orden, un saber que excedía los caprichos de la distribución de atributos entre los habitantes del número 320 de la calle Evaline. Seguro que la monja pertenecía a una hermandad secreta, crucial para sostener el equilibrio del Bien y del Mal; claramente traficaba algo más que comestibles en esa práctica de la caridad selectiva. Sí, una congregación que se ocupaba de aplacar a monstruos y criminales, a esas excepciones casi heroicas que cargaban con los peores sentimientos de los que la humanidad era capaz. Solo así el resto del mundo podía meterse al mar cada verano, cepillarse los dientes con pasta sabor frambuesa, escuchar a Beethoven, pronunciar impunemente la palabra «amor».

La monja volvió a presionar el timbre.

—La pobre también está un poco sorda —comentó.

La puerta se abrió de par en par, como si durante ese largo minuto y medio Leila Ott hubiera estado observándolas por la mirilla, aguardando el segundo exacto en el que sería llamada a escena. Miró a la joven y a la monja con la misma mirada pacífica del primer día. Unas gotas de saliva salieron de su boca junto con una palabra ininteligible y ronca. Se pasó el dorso de la mano por los labios, extendió los brazos y las liberó de las bolsas de comestibles. La monja sonrió satisfecha, Leila Ott le devolvió la sonrisa y la puerta volvió a cerrarse sobre esa celda hecha de un lenguaje incompañable.

Ya casi en las escaleras, la joven se despidió de la monja, que le estrechó la mano como lo haría un coronel con un subalterno: una vez más, el mundo estaba a salvo. Y, sintiéndose satisfecha, alocada y singular, la joven llamada Dorothy Ellis subió los escalones de dos en dos y entró a su departamento.

El amor es una catástrofe natural

Dicen que hay una hora en que las personas de este pueblo enloquecen. Van hasta la chimenea y ponen las manos directamente en el fuego, llaman a amigos que no han visto en años y lloran en el teléfono, entran en una escuela y disparan sobre niños y maestras hasta no dejar un solo corazón con venas o recuerdos o futuros promisorios.

Nadie sabe con exactitud cuál es esa hora. Me dijeron que siempre hay viento, que los televisores están encendidos, que los pájaros se detienen en su vuelo y caen como frutas de un cielo que ya no los contiene. Al minuto siguiente, todo vuelve a la normalidad: los supermercados siguen teniendo ofertas imperdibles, los cines estrenan la nueva de Spiderman y la gente se sienta frente a la chimenea con un libro o una revista, mira el teléfono como si fuera un objeto sin utilidad, no piensa en sus amigos ni en los chicos ni en las escuelas.

Los casos más espectaculares salen en el diario local, en una sección llamada «Angustia crepuscular». Psicólogos, sociólogos y pastores han intentado hallar una explicación que no alarme demasiado a los pobladores. Nadie quiere pensar que forma parte de una falla masiva de lo humano, que por algún fenómeno atmosférico todo lo bueno y bello puede desaparecer por un breve pero fatal lapso de tiempo.

Los pastores lo llaman «el parpadeo de Dios». «¿Acaso Dios no tiene también derecho a descansar los ojos?», me preguntó un día la señora Erk, la anciana que vive en la casa de al lado entregada al cuidado de su marido, enfermo de Alzheimer desde hace una década. Es una mujer flaca y algo encorvada, obsesionada con el auto de su vecino, cuya alarma suena a cada rato y sin ninguna provocación. La señora Erk lo espía desde la ventana de la cocina. Varias veces la vi increpar al dueño, un hombre de unos cincuenta años, vestido como si siempre volviera de un torneo de golf. Ella usa vestidos largos y botines para nieve todo el año. Lleva el pelo (corto, plateado y lacio) pegado a la cara. Nunca la vi sonreír. Cuando algo se sale un poco de lo habitual, se contenta con encender unas chispas un poco más verdes en el fondo de sus ojos.

«Imagínese, si nosotros nos cansamos de mirar el mundo, lo cansado que estará Él», agregó ese día, la vista perdida en el coche estacionado al otro lado de la calle y los brazos cruzados sobre su correspondencia. Me imaginé, al menos por un segundo, y estuve a punto de corregirla y decirle que si Dios de verdad parpadeara lo haría con su único ojo piramidal, el mismo que trae el billete de un dólar. También que si Dios existiera, no tendría por qué cansarse, pero ese me pareció un argumento demasiado obvio. En esas discusiones, siempre es mejor concentrarse en los tecnicismos y no en el centro del asunto. Es más, en calidad de extranjera y en un pueblo tan chico, mejor concentrarse en sonreír y en entrar rápido a casa.

Además del viento y de la falta de sol, en una ocasión hubo gente que reportó una nube que descendió sobre el pueblo justo en el instante en que un hombre se tiró de cabeza al arroyo que lo recorre (no se ahogó, estuvo con hipotermia y delirando por un rato). Hubo otros incidentes y al menos dos personas declararon que la nube emitía un perfume dulce y abrumador, como una habitación llena de rosas. La posibilidad de que el terrorismo internacional hubiera hecho del pueblo un blanco de la guerra olfativa se evaluó por algunos días en los noticieros y la policía emitió un comunicado que exhortaba a llamar al 911 a «cualquiera que oliera algo misterioso fuera de su casa».

No sé (nadie sabe) cómo la otra gente (la que no enloquece) pasa esa hora. El chico de la esquina dice que los juegos online son la mejor distracción. Cuando no está en la escuela o en el gimnasio, pasa todo el tiempo frente a la computadora. La mujer de la farmacia me contó que fundó un grupo de costura una tarde en la que, mientras cortaba zanahorias, sintió que debía continuar con el anular de su mano izquierda. «Era obvio que me sobraba», me explicó. Por suerte, en ese momento su hijo de siete años interrumpió el descubrimiento y ella se acordó de su abuela. «En las manos es donde más se nota la edad. Y en las rodillas; ahí es donde debe ir todo esto», intercaló señalando los tarros de crema humectante en mi carrito. Parece que las manos de su abuela no habían envejecido ni un día. La mujer tenía la teoría de que el milagro se debía al trabajo manual. Las noches en que el marido no volvía a casa, su abuela las pasaba bordando tapices y manteles que después doblaba y metía en bolsas de plástico transparente. Cuando murió, encontraron treinta y tres manteles, cuarenta y nueve tapices decorativos y otros tantos pañuelos, servilletas, mantas y acolchados. «La obra de una vida», dije a modo de cierre porque detrás de mí se estaba formando una fila de clientes. «Cierto.

Donamos todo al Ejército de Salvación», dijo ella mientras metía mi melatonina en una bolsa junto con las cremas. «El tiempo libre es peligroso. Eso decía mi abuela.»

Otros, como Miriam y Joe Krueger, vienen a mi clase de gimnasia para asegurarse de estar cansados al llegar a sus casas al final del día. «Es uno de los problemas de esta parte del mundo. La gente no se cansa lo suficiente», me explicaron. «Todo se volvió demasiado fácil o queda demasiado cerca», dijo Miriam. «Queremos que las cosas sean más difíciles. Por eso venimos a su clase», sonrió Joe con su fila de postizos un tono más brillante que la de sus dientes inferiores.

Empecé con las clases de gimnasia hace unos meses, un poco después de mi separación. Además de los Krueger, tengo tres alumnos más: Marvin, Alexia y Anita. Los que intentaron con el yoga o el tai chi no tuvieron tanto éxito: los mantras y la meditación no resultan tan efectivos como la música de los ochenta a todo volumen. Exigen demasiado de la gente. La introspección, a pesar de lo que se diga de los pueblos chicos y de los inviernos de siete meses, no es la más común de las actividades en estas latitudes. Nadie quiere que esa hora fatal lo encuentre tratando de mirar hacia adentro.

En realidad, no sé nada de educación física. Pero cuando David se fue, lo único que pude hacer durante meses fue mirar videos de gimnasia aeróbica. Al principio los veía desde la cama, rodeada de pañuelos de papel y pilas de revistas femeninas. Como no podía concentrarme en una película, ni siquiera en una serie, me limitaba a los canales de noticias o de deportes. En esos días, los coches bomba, los terremotos y los huracanes tenían un efecto sedante, como el de una melodía que se tocara en alguna parte una y otra vez. Las cadenas de noticias no existen para que nos enteremos de lo que pasa en el mundo. Ni siquiera nos sirven para disminuir el tamaño de nuestra tragedia (nada lo disminuye). Su única función es la de informar que todo sigue andando a pesar de que una no haya cambiado las sábanas en dos meses, tenga un espasmo cada vez que suena el teléfono y se niegue a abrir las ventanas.

Una de esas noches, en el canal de deportes pasaron el Campeonato Europeo de Gimnasia Aeróbica. Hasta ese momento, yo había logrado dominar las reglas del hockey, el tenis y el fútbol americano (no debo ser la única que encuentra ridículo que veintidós hombres se vistan como bailarines clásicos para actuar como trogloditas). Pero cuando Marcel de Breteuil entró

a la pista en algún lugar de Hungría, supe que estaba frente a algo diferente. La forma en que se arrojaba al aire, hacía tijeras con las piernas y volvía al piso me cautivó. Su peinado en tres crestas puntiagudas y el maillot negro con un rayo verde fosforescente confirmaron mi primera impresión: ese chico no era el campeón europeo de gimnasia aeróbica, era de otro planeta; un planeta en el que yo también quería vivir.

Pronto cambié el televisor por internet. Vi todos los videos de Marcel. Después pasé a los amateurs. Durante cuatro meses practiqué con todos. Si hay algo que te enseña a tomarte la vida de golpe, como si fuera un jarabe o un vaso de tequila, son esos saltos, giros y pasos que se parecen a una danza pero no lo son. Es una forma de estar lejos del mundo, les digo a mis alumnos. Lejos de las contiendas, de los goles y de los resultados.

–Lejos de los médicos –dice Alexia mientras arranca con las elevaciones de rodillas. Faltan quince minutos para que empiece la clase pero ella ya está haciendo precalentamiento y admirando la transformación de mi garaje en gimnasio. Alexia es una de las celebridades del pueblo. En su juventud, ganó tres concursos de belleza (uno de ellos patrocinado por un shampoo, con viaje a París incluido) y está casada con el intendente. Tienen cinco hijos. A los cincuenta y seis, disfruta de un cuerpo que las chicas envidian y de un talento único para encontrar algo horrible que decirle a cada una de las personas con las que se cruza durante el día.

Marvin es un chico alto y alegre, con un cuerpo demasiado grande para su costumbre de cerrar la mayoría de las frases con un «gracias». «¿Zapatos de puntera cuadrada? No para mí, ¡gracias!» Otro día, hablando de su madre y reviviendo la escena para toda la clase: «¿Cuando decís que todo lo hiciste por mí, estás hablando de la operación de nariz que te hiciste a mis doce o del bypass gástrico del año pasado? ¡Ah, pero muchísimas gracias, madre!».

Cuando no está en mi clase, Marvin trabaja en la biblioteca pública y sufre online por el amor de hombres mucho mayores que él.

Los Krueger tienen un negocio de antigüedades –uno de los pocos atractivos turísticos del pueblo– y un matrimonio que ya soportó tres separaciones. «Al final siempre vuelven», me dijo Miriam un día que hablábamos de la desaparición de David.

Y Anita es Anita. Tiene la cara llena de ángulos: la nariz, el mentón y los pómulos se anulan entre sí y tu atención termina inevitablemente en los ojos, demasiado chicos para tanta acción facial. Lo compensa con un pelo precioso (castaño oro y largo hasta la cintura) y un sentido del humor que solo aflora

cuando se siente cómoda. Una vez le pregunté qué le gustaba más de mi clase. «La música», contestó sin un segundo de duda. «Y tu voz. Se parece a la de mi maestra de primer grado. A veces extraño que alguien me diga exactamente lo que tengo que hacer.»

Pero todo esto –los accidentes que nos hacen únicos y miserables– desaparece cuando empieza la clase. Es un día frío para noviembre. El cielo está gris. Desde la madrugada que no para de soplar el viento, como un preludio de algo peor. Mientras saltamos, vemos pasar las hojas en remolinos complicados, también una bolsa de plástico que parece una criatura del aire. Algunos árboles se inclinan. Ni un pájaro se aventura fuera de su nido.

Alexia y los Krueger, siempre en la primera fila, hacen un esfuerzo por concentrarse en los saltos tijera, pero Marvin y Anita, mucho más cerca de la ventana, saltan con los ojos perdidos en el viento, que es cada vez más fuerte. Yo también tengo que hacer un esfuerzo por no mirar hacia afuera. Lo logro hasta el final de la primera canción. Porque cuando arranco con los saltos laterales, veo que algo negro cruza el cielo y trata de echarse a volar. O al menos eso parece. Una mantarraya seguida de algo blanco que flota, se eleva y vuelve a caer. Me lleva unos saltos más darme cuenta de que se trata de una pollera y una blusa que ahora vuelan abrazadas y hacia arriba. Las conozco. Cuando estoy tratando de recordar dónde las vi antes, veo que Anita se tapa la boca para reprimir un grito. Marvin abandona la fila y se acerca a la ventana, seguido de los Krueger. Alexia y yo somos las últimas en reclamar un lugar frente al vidrio.

Completamente desnuda, excepto por los botines para nieve, la señora Erk avanza por el medio de la calle en dirección contraria al viento, arrastrando con dificultad la silla de ruedas en la que está tirado su marido, dormido y en calzones. El cielo está tan oscuro que las luces de la calle se han encendido. La señora Erk –Mrs. Olivia Annabella Erk, la llaman los sobres de la compañía de cable– camina balanceándose de un lado a otro, como si estuviera borracha o como si pudiera escuchar la canción que todavía sigue sonando en mi garaje. Su piel es color rosa. Sin la ropa parece más jorobada, o por ahí es el esfuerzo de arrastrar la silla. El viento es fuerte, pero Olivia Annabella –estoy segura de que sus padres habrán discutido largamente la combinación de esos nombres– mira hacia adelante, tan inclinada que su mejilla roza la sien de su marido. Una chapa o un cartón le pasa volando a la altura del hombro.

–No podemos dejarla ahí –dice Alexia.

–Claro que no –reacciona Joe Krueger.

Pero somos incapaces de movernos. Incluso nos las ingeniamos para entrar más cómodamente en el cuadrado de la ventana. Marvin y Anita están arrodillados en el piso y tienen las palmas apoyadas en el vidrio. Miriam Krueger sigue de pie pero reclinada sobre el marco. Joe, Alexia y yo estamos parados en segunda fila, tan cerca que puedo oler el aliento a menta de alguno de los dos.

–Miren –dice Anita–. Tiene un halo.

Es cierto. La señora Erk tiene una especie de arco iris alrededor de la cabeza. Parece un efecto de la luz o del cielo, ahora de un gris fosforescente.

No sé en qué momento me despego del vidrio, abro la puerta y corro por el pasto. Alexia me sigue; soy consciente de ella como una mancha azul que corre a mi lado. Las dos llegamos a la calle al mismo tiempo que el vecino de enfrente, que cruza su jardín agitando dos mantas coloridas, de factura andina o centroamericana. Antes de sentir la descarga eléctrica de su mano sobre la mía, tengo tiempo de pensar que mantas como esas desentonan con su auto deportivo y su ropa de golfista.

–Es la estática –me grita él, como si el viento, además de viento, fuera ruido–. Soy físico –agrega inmediatamente como si hubiera dicho «soy médico, puedo arreglar esto y el resto de las cosas que nos aquejan».

Alexia se ocupa de cubrir al señor Erk. Él y yo tapamos lo mejor que podemos a la anciana, que se resiste, murmurando algo incomprensible. Por un segundo, vuelvo a ser una niña y apoyo mi mano en la de Alexia, que da un salto, repelida por mis súbitos poderes eléctricos. El hombre de la casa de enfrente lanza una carcajada y toca la punta de mis dedos. Esta vez la descarga es pequeña, apenas un hilo de calor. Los tres reímos. También la señora Erk. Es entonces que su marido se despierta (la silla está en medio de la ronda que hemos formado sin darnos cuenta).

–Ollie –dice–. Ollie –repite mirando a su mujer a los ojos.

La señora Erk se da vuelta a un lado y al otro, como para comprobar que nosotros también lo oímos.

–Fred –dice en voz muy baja, todavía sonriendo. Y después, a nosotros–: Lo sabía. Sabía que si Dios cerraba los ojos aunque fuera por un segundo, Fred me reconocería.

El episodio no dura más de cinco minutos, pero caminamos hasta mi casa como si volviéramos de un largo día de trabajo. El vecino de enfrente empuja la silla de ruedas. Alexia tiene un brazo apoyado sobre la espalda de la señora

Erk. Miriam, Marvin y Anita nos esperan con té de vainilla recién hecho. Por primera vez en meses, no pienso en David ni en la gimnasia aeróbica, ni en los fenómenos atmosféricos. Pienso que si hay una hora en que la gente enloquece, sin duda, no es esta.

Lobos y diamantes

La historia era increíble pero millones de personas la compraron, la leyeron y quisieron saber más. Entonces contrataron a Avi para que fuera de sala en sala a contarlo todo otra vez: cómo a los tres años, mientras marchaba con sus padres hacia un campo de concentración, su madre la había deslizado por debajo de un alambrado y le había dicho que corriera hacia las montañas, donde la gente del campo la ayudaría hasta que sus parientes la rescataran. Pero eso no pasó. En cambio, la adoptó una loba que había perdido a sus cachorros. Avi no recordaba los detalles de ese momento, excepto el viejo calor gris, casi amarillo, de la panza de la loba y su lengua áspera limpiándole la cara.

También había un macho que las visitaba. Oía fuerte, a pis, y a ella no la quería. Le mostraba los dientes y abría los orificios de la nariz con exageración, como para que entendiera que el atractivo de su madre adoptiva no lo contendría para siempre. Una vez el lobo había sido bueno y había traído vísceras para ella, porque los animales eran inteligentes, se daban cuenta de que los dientes de Avi no servían para otra cosa. En la madriguera también había huesos que podía roer y algunas raíces, que fue todo lo que comió durante tres años, además de la leche de la loba, de la que no recordaba el sabor (Avi insistió mucho en eso, porque siempre había alguien que pedía más detalles), solo podía evocarla como una sensación, un despertar en zonas secretas del cuerpo, que a veces recuperaba, con algo de vergüenza, durante el sueño.

Un día la loba no volvió y Avi entendió que debía seguir su camino sola. Eso sí lo recordaba bien, porque ya debía tener como seis años y esa es la edad en la que un niño empieza a entender el concepto de reversibilidad; puede ver que algunas cosas que desaparecen ante sus ojos –una pelota que se desinfla o una copa que se parte en mil pedazos– no se han ido, son las mismas solo que no han sabido conservar su forma. Pero hay cosas que sí desaparecen para siempre, por más que estén entrenadas en conservarse, por más que hayan adelgazado hasta caber en muebles y sótanos o se hayan vuelto silenciosas y duras como las piedras. Eso era lo que había pasado con

el resto de la familia de Avi, que tampoco había ido nunca a rescatarla.

El público hubiera preferido que esa mujer teñida de rubio, de sesenta y nueve años, vestida como si acabara de salir a trotar, tuviera menos barriga, no usara lentes de diseño o anduviera por el mundo con menos maquillaje, cualquier cosa que la hiciera un poco más especial. Después de todo ¡había sido amamantada por una loba! Era cierto que se expresaba con dificultad. En sus frases siempre convivían tres lenguas. Eso sumaba, igual que su acento. Cada vez que hablaba, algo brutal y quebradizo quedaba flotando en el aire que habían abierto sus palabras.

Seguro que eso también había sumado para la señora Olsen la primera vez que Avi le había contado la historia de su vida, once años atrás. En esos días, la empresa de cerámica en la que trabajaba ya no podía competir con los precios internacionales y estaba «dejando ir» a sus empleados, empezando por los administrativos (en ese país, los trabajadores no se echaban ni se despedían, se los «dejaba ir», como si fueran globos o barcos a los que se les soltaran las amarras). Eso pensó ella cuando el gerente vino a verla a su escritorio con esa frase: «Vamos a tener que dejarte ir, Avi», le dijo, como si todo ese tiempo él no hubiera sido más que su carcelero y ella hubiera estado peleando infructuosamente por su libertad.

–Bueno, ya va a aparecer algo –dijo esa tarde en su cocina la señora Olsen –. Y se sirvió una segunda porción del bizcochuelo que había horneado para consolarla.

Margaret Olsen era su vecina. Lo había sido durante los quince años que Avi había pasado en ese pueblo, al que se había mudado por el trabajo. Durante ese tiempo, habían cruzado saludos y algunos comentarios sobre sus jardines, sobre las nubes y las noticias, pero ninguna había pisado la casa de la otra. Hasta ese día en que Avi volvió de la oficina, estacionó mal el coche, se bajó y se desplomó sobre la tierra que había dejado lista para sembrar tulipanes. Durante ocho minutos, lo único que pudo hacer fue llorar, moviendo el cuerpo hacia atrás y hacia adelante, mientras se pasaba las manos llenas de barro por la cara (más tarde, para que no pensarán que estaba desquiciada, dijo que esa era una costumbre de Europa del Este). La señora Olsen cruzó el cerco que separaba los jardines, se arrodilló a su lado, le detuvo las manos y le limpió la cara con un delantal. Después la obligó a pararse y la acompañó hasta la casa. Pasó por alto la pila de platos para lavar que había sobre la mesada, buscó un vaso limpio, lo llenó con agua de la canilla (antes comprobó que en la casa de Avi no había filtros ni agua

mineral) y le dijo que lo tomara, que eso la calmaría. Avi obedeció. Hasta ahí, todo bien. Pero esa misma tarde, la señora Olsen volvió con un bizcochuelo y con su historia de superación personal. Avi hizo lo posible por tragársela junto con el pedazo de budín que le estaba destinado y descansaba en un plato de loza cascada, sobre la mesa de fórmica verde, en la cocina de esa casa ubicada en un país donde la gente exageraba sus virtudes al punto del escándalo. Era el caso del bizcochuelo de la señora Olsen, que era horrible, pero igual lo llamaban con total impunidad «comida de ángeles». Avi pensó que el cielo debía ser un lugar bastante patético si los ángeles no podían costearse algo mejor que ese budín seco con sabor a vainilla y cartón. Pero la señora Olsen seguía hablando. Le contaba de la vez que su marido había estado sin trabajo, cómo tuvieron que arreglárselas con lo que plantaban en la huerta, que no era mucho porque ellos no eran granjeros como sus abuelos, no sabían cultivar a gran escala, para algo habían ido a la escuela. Creyeron que la educación los protegería. Pero no. Igual tuvieron que comer sopa de repollo tres días a la semana y ofrecerse para lavar coches o limpiar oficinas. Habían sido años muy duros. Hasta que llegó la guerra y los salvó, porque a la fábrica de zapatos del pueblo le tocó abastecer a todo el ejército. Gracias a la guerra, las cosas mejoraron para la señora Olsen, su marido y sus tres hijas. En realidad, para la mayoría de los vecinos, lo cual quería decir que, en épocas así, lo mejor era aguantar y seguir intentándolo hasta que todo se acomodara y volviera a ser como antes. Al decir esta última palabra, la señora Olsen sonrió, sus ojos brillaron detrás de los anteojos y le dio a Avi un golpecito en la mano con sus uñas cortas y limpias.

Avi hubiera querido preguntarle qué quería decir con «antes». «Antes» siempre marcaba un evento definitivo: la tortura, la muerte, la deshonra, no el hecho de que a tu jefe se le hubiera ocurrido «dejarte ir» de tu trabajo. «Antes» era irreversible, por lo tanto era falso que las cosas pudieran volver a ser las mismas. En cuanto al milagro de la guerra, Avi dudaba de que las que el país seguía peleando sin pausa en otros continentes tuvieran un efecto directo sobre su bienestar económico. Y si por «seguir intentándolo» la señora Olsen se refería a lo que el pueblo podía ofrecer, Avi no creía que la oficina de correos, el supermercado o la famosa fábrica de zapatos necesitaran una secretaria trilingüe de cincuenta y ocho años. Quiso decirle eso a la señora Olsen, pero cuando levantó la vista del plato la vio engullir su último pedazo de budín. Había algo impúdico en que la señora Olsen comiera delante de ella, como si se estuviera desnudando. Un par de migas le habían

quedado en la comisura de los labios, que se veían secos y arrugados, satisfechos sin embargo de las palabras que acababan de pronunciar y que le habían granjeado otro merecido bocado de pastel de ángeles. Avi sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Tuvo ganas de agarrar lo poco que quedaba del bizcochuelo y aplastarlo contra la cara de la señora Olsen. En cambio, dijo:

–Yo pasé la guerra en una cueva con una loba. Tenía tres años. Era casi un bebé.

Y, dejando paso a las lágrimas, le contó la historia.

El nombre de la loba era Marie el del lobo, Daniel. No habían perdido a sus cachorros. Tenían solo uno, al que llamaban Monique, que era un poco mayor que Avi y la odiaba. La madriguera era una casa chica con jardín delantero en algún lugar de Francia, adonde los padres de Avi la habían llevado cuando ella ya tenía seis años porque esos parientes eran católicos e intachables y ahí no correría ningún peligro. Crecería feliz mientras ellos se transformaban en héroes por combatir la ocupación alemana. Pero eso no ocurrió: a su madre la agarraron cuando entregaba unos documentos ocultos en una hogaza de pan. Nunca más se supo de ella. Al padre lo torturaron en la mesa de madera de una casa de campo con lo que había más a mano: tenazas, cuerdas, bolsas de arpillera, carbones. En un par de horas, había entregado a todos sus compañeros. Lo fusilaron esa misma tarde.

Los tíos de Avi no omitieron ningún detalle del relato. Era importante que la chica supiera quiénes habían sido sus padres. Y se lo repetían cada vez que podían. Igual que Monique. También se burlaban de su forma de hablar, de su ropa, de su falta de modales. La guerra justificaba las medidas extremas en todas las casas, así que si a la hora de comer solo había un huevo, las yemas eran para Monique, las claras para sus padres y las cáscaras para Avi.

–Las cantantes de ópera las comen todos los días –le decía su prima, mientras la miraba masticarlas con cuidado junto con un pedazo de pan–. Quién te dice, por ahí se te afina tanto la voz que un día cualquiera, al despertar, estás convertida en una soprano –y cantaba una musiquita ridícula que años después Avi identificaría como un pasaje de *Rigoletto*.

Avi entendía perfectamente que su prima se estaba burlando, pero eso no impedía que a la hora de dormir se imaginara que de verdad al día siguiente su voz estaba transformada en maravilla y atraía a decenas de personas, que venían a escucharla desde lejos. Primero venía la gente del barrio, después

algunos de los puesteros de la avenida y al final un señor del centro que la contrataba para su teatro y felicitaba a sus tíos por haber cuidado y alimentado tan bien a esa niña prodigio, capaz de romper vidrios de copas y catedrales gracias a la armoniosa voluntad de su garganta.

Avi se dormía pensando en la palabra «prodigio», practicaba en secreto la musiquita que cantaba su prima y trataba con todas sus fuerzas de ser buena. Pero no lo lograba. Porque al despertar, todo seguía igual. Y además, cantaba muy mal. Entonces gritaba, insultaba y pateaba a quien se le acercara, incluyendo al perro de la casa y a Monique. A veces la tía la castigaba. No mucho, en realidad. Más bien, se limitaba a ignorarla o a advertirle que iba a convertirse en una vieja fea y arrugada y que iba a morir sola en el fondo del bosque, igual que la chica del cuento de Perrault.

Era el cuento favorito de su tía y le encantaba leerlo en voz alta, aunque siempre le cambiaba alguna cosa. No se lo contaba a Avi. Se lo contaba a Monique, mientras las dos acomodaban la ropa en los placares o se sentaban frente al fuego. Pero lo hacía con voz alta y clara para asegurarse de que Avi la oyera desde la cocina o el altillo, que eran sus escondites favoritos.

Una mujer tenía dos hijas. Una era hermosa y buena. La otra, fea y desagradable. Un día, la buena iba a la fuente y un hada disfrazada de dama de la alta sociedad le pedía agua. Como la chica era perfecta, no solo le daba de beber de su jarro sino que también incluía dos o tres palabras amables en el gesto. Conmovida, el hada le concedía el don de que, al hablar, de su garganta brotaran perlas y diamantes. La madre mandaba entonces a su otra hija a la fuente para que la buena fortuna se repitiera. Pero esta vez el hada se disfrazaba de vieja andrajosa, así que la chica no la reconocía y le daba un poco de agua de su jarro pero de mala gana, con asco, porque ¿quién quiere compartir el vaso con un mendigo?, pensaba Avi. El hada la maldecía por su falta de generosidad y la condenaba a escupir sapos y culebras cada vez que pronunciara una palabra. Por eso nadie la quería y se escondía en el bosque, donde moría.

—Por supuesto que ya sabemos quién es quién en esta casa y cómo le va a ir a cada una en la vida —decía la tía Marie antes de cerrar el libro.

Desde su escondite, Avi apretaba los puños y pensaba que todo, incluyendo el cuento de Perrault, era una mierda. ¿Qué culpa tenía la chica si hasta las hadas la engañaban y complotaban para que las cosas le salieran mal? Pensándolo bien, cuánto mejor era que de tu boca brotaran sapos y no diamantes. Al menos los sapos estaban vivos. Además, debía ser horrible que

un pedazo de piedra te raspaba la garganta. A Avi le daban arcadas de solo pensarlo. En cambio, un sapo o una culebra eran suaves, resbalosos, y hasta podían hacerte compañía. Si ella fuera de verdad la chica del cuento, la pasaría bárbaro en el fondo del bosque con sus malas palabras transformadas en sofisticadas criaturas.

–Esa gente no está a tu nivel. No merece tu llanto ni tu preocupación ni tu compañía –dirían Idiota y Subnormal, los dos sapos que usaban monóculo y bebían con delicadeza el té que ella les había servido en las tacitas con las que Monique ya no jugaba pero que a ella igual le estaban prohibidas.

–Muy cierto –asentirían las culebras Burra, Gorda Vaca y Vieja Harpía, que eran todavía más sabias que los sapos y la ayudarían a diseñar un plan de escape de esa casa, en la que solo la variedad de sus insultos la mantenía con vida.

Y así también se dormía a veces Avi, con el consuelo de una venganza que, igual que las de los cuentos o las de las películas, tenía la forma de un triunfo o una desgracia definitivos. Seis años vivió así, esperando transformarse en una soprano o en una asesina. A los doce, entendió que nada de eso iba a pasar. Porque a esa edad, el aparato lógico formal de un chico termina de afianzarse. Es capaz de predecir, planear e hipotetizar sobre la realidad. Si alguien le pregunta a una chica de esa edad dónde pondría un tercer ojo si lo tuviera, no contestaría algo estúpido como que el mejor lugar sería en la frente. Diría en la palma de la mano, para poder espiar las esquinas; o en la nuca, para ver si la persiguen sus parientes desalmados; o en la coronilla, para que nadie, ni siquiera los pájaros o Dios, pueda tomarla por sorpresa.

Con la mente así de lista y la certeza de que el mundo le debía demasiado, Avi se fue una madrugada de la casa de sus tíos, llevándose todas las cosas de valor que pudo cargar. Durante una década vivió en las calles, en cuartos de pensión, en casas de amantes y amigos. Como cualquier chica, tuvo que enfrentarse a los deseos de los hombres con los que se cruzó. Y como cualquier otra, no siempre salió ilesa (después diría que había matado a un oficial alemán que había intentado violarla en una estación de tren, aunque el tipo no fuera ni siquiera un militar y ella se hubiera quedado quieta como una tabla para que todo pasara lo más rápido posible).

Avi robó, mintió y estafó toda vez que lo necesitó, pero el mundo nunca le devolvió lo suficiente. Cerca de Viena, conoció a una chica judía que se había salvado de la muerte porque su tía la había deslizado por debajo de un

alambrado. Fue generosa con Avi, le enseñó a escribir a máquina y le consiguió un trabajo. A veces caminaban por la calle tomadas de la mano, compartiendo detalles de sus infancias desgraciadas. Después la chica se casó y se mudó a una ciudad más grande para tener un montón de hijos. No se volvieron a ver. Y como el mundo no le había devuelto más que una amiga pasajera (de la que se robaría hasta el nombre), Avi siguió cobrándose como pudo todo lo que la gente a la que le había ido mejor le debía.

En algún momento volvió a Francia, donde conoció a su primer y único hombre bueno, un piloto con el que cruzó el océano hasta el país que había ganado la guerra y que predicaba la religión del esfuerzo personal. Ahí vivieron felices muchos años, hasta que él murió en un accidente de moto y Avi tuvo que volver a trabajar. Así fue que llegó al pueblo de la señora Olsen, donde la gente te sonreía con amabilidad pero nunca te invitaba a su casa, a un picnic o a una comida navideña. Recién cuando una vecina veía que tu vida se había desmoronado, se apuraba a consolarte con su historia de privaciones y a servirte un pedazo de budín con gusto a vainilla y a cartón. Pero no se le ocurría ni por un segundo que comer con otra persona era un acto de suprema intimidad. Y por eso esa mujer de acento brutal y quebradizo, esa tarde, frente a la señora Olsen, había vuelto a ser una niña de seis años a la que el mundo le seguía debiendo demasiado.

La historia era increíble pero la señora Olsen se la tragó. Igual que la dueña de la editorial independiente del pueblo, que la ayudó a escribirla y a publicarla. A los cincuenta y ocho años, con una barriga prominente y una cuenta bancaria en rojo, Avi se transformó en una celebridad y reinó por más de una década como la única sobreviviente del holocausto criada por una loba. Sí, la historia era increíble. Pero si millones de personas la habían comprado y habían querido saber más, era porque ella, al fin, había sabido contarla.

La verdadera experiencia de la pampa

Estamos hechos de accidentes. El nombre que olvidamos, la cuerda que se rompe, la calle que cruzamos sin mirar: el golpe. Lo que la mayoría de la gente llama fatalidad no es más que el yo liberándose en el imprevisto. Siempre podemos contar con la colaboración oportuna y complaciente del azar.

Mi accidente fundamental ocurrió en la época en que mi hermana estaba saliendo con un chico de campo. Se llamaba Marcial y nos dio entrada a un mundo que conocíamos solo por los manuales de la escuela: ése en el que se habían amasado las principales fortunas del país, siempre acompañadas por unas cuantas leyendas sobre la excepcionalidad de una tierra donde, si no fuera por el rigor histórico, podría haberse originado todo lo bueno del mundo, desde el ser humano hasta el dulce de leche.

Paula había conocido a Marcial en una fiesta. Al principio, lo había juzgado como a cualquier otro, es decir, solo por sus atributos físicos e intelectuales. Pero después de tres o cuatro salidas, empezó a sospechar que estaba frente a un verdadero chico de campo. Se dio cuenta porque él decía «traje de baño» en lugar de «malla»; «género» en vez de «tela» y «colorado», nunca «rojo».

Para ser justos, no todo en él era tan obvio. Sí, vivía en un barrio de gente privilegiada pero en una casa destruida. Sus tías no se llamaban Felicitas, Remedios o Titina, se llamaban Susana, Mabel o, incluso, Chiqui, nombres perfectamente aceptables en el conurbano, donde nosotros habíamos vivido toda la vida y seguíamos teniendo tías con nombres similares.

Marcial tampoco cometía la imprudencia de hablar de «la estancia», «el capataz» o «los peones». Seducía en la vaguedad. Decía «fui al campo», «llamó Fernández», «la gente anda descontenta». Por las dudas, Paula no le hacía muchas preguntas. Prefería que él la desconcertara. Y aún después de seis meses de relación intermitente, lo lograba. Era más de lo que podía decir de otros. En nuestras charlas telefónicas, me hacía listas de sus virtudes comparativas, que, como buen hermano menor, yo estaba obligado a evaluar y comentar. Había aprendido a no escandalizarme ante nada. Con Paula, eso

hubiera sido peor, porque en realidad era lo que buscaba. Siempre había sido una exhibicionista. Que, además, yo hubiera sido un niño genio me descalificaba para cualquier tipo de comparación con ella o cualquier otro miembro de la familia. Yo era, desde todo punto de vista, excepcional.

Mi primera palabra no fue mamá, ni papá. Ni siquiera Paula. Fue mi nombre: Sebastián, nada fácil para un bebé. A los cuatro, ya leía y escribía. A los siete, había aprendido parte de «Pequeña música nocturna» mirando y copiando lo que hacía mi tía Elsa en el piano. Paula, que entonces tenía quince, hizo una pausa en su pasar entre novios, recitales y cervezas y se ocupó de conseguirme una profesora de piano. A los diez, me inscribió en el Conservatorio Nacional. No se conformó con eso. Cuando me decidí por el violín, logró que el mejor maestro del país, ya mayor y retirado, me diera clases particulares. Nunca supe cómo lo hizo, pero cuando fui un poco más grande, dejó entrever que, entre las muchas cosas que había hecho por mí, se contaba una precoz escena sexual con el hombre al que le debía mi carrera. La imagen de mi maestro sentado en el sillón de su sala, con la cabeza de mi hermana entre las piernas, me persiguió durante toda mi adolescencia, etapa en la que Paula se dedicó por completo a mí. Cuidaba que nadie interrumpiera mis nueve horas diarias de práctica de instrumento, me protegía de la ignorancia familiar y se peleaba a los gritos con papá cada vez que aparecía por casa con avisos del diario para «chicos emprendedores, con buena presencia y ganas de trabajar».

Gracias a Paula, a los diecisiete dejé el secundario y rendí libre las materias del último año. Viajé por el mundo, mientras ella se mantenía haciendo trabajos de mierda y se bancaba el tercer matrimonio de papá y la depresión de mamá. A mi regreso, ella conoció a Marcial y empezó a llamarme para contármelo todo. Aunque me desagradara que fuera tan explícita en los detalles sexuales, no me quedaba otra que escucharla.

Por entonces, yo estaba completamente dedicado a la música. Eso era lo que respondía cada vez que en alguna reunión familiar me preguntaban si no había conocido a alguna chica en la orquesta. Sí, había varias chicas que me gustaban, pero el solo hecho de sentarme a su lado en un ensayo, de rozar, al pasar, mi brazo con el de una de ellas, me parecía un exceso. No quería darles la oportunidad de decepcionarme, así que casi no les hablaba. Me había entrenado para sentir las cosas más nimias con intensidad extraordinaria y esa era toda la voluptuosidad que necesitaba.

O eso creía. La verdad es que en esa época, mi vida social equivalía a la

de esos bichos microscópicos que perdieron el sexo durante su evolución (o sea, para su propio bien). Flaco, con el pelo lacio, rubio y sin vida cayéndome sobre el ojo izquierdo, dedicarme por entero al violín era un claro mecanismo de supervivencia (me faltaban años para entender que «el propio bien» no equivale necesariamente a la felicidad).

Mientras mamá dormía, yo me llevaba el teléfono a la cocina y escuchaba las listas de Paula:

Marcial era mejor que los otros en la cama.

No hacía preguntas estúpidas. Sabía dónde tocar y cómo. Tampoco gritaba o hacía caras cuando eyaculaba.

No usaba diminutivos ni sobrenombres cursis.

No hablaba de sus novias anteriores.

No opinaba de política, ni de religión. (Su apellido ilustre le evitaba, entre otras cosas, el mal gusto de expresar posiciones obvias.)

Desaparecía por días y, cuando volvía, lo hacía con regalos inusuales, como calabazas gigantes, quesos o girasoles.

Además, no era abogado, ni médico, ni ingeniero agrónomo, que son las profesiones tradicionales de los chicos de campo. Había empezado y dejado dos carreras: marketing y computación. Sabía pilotear una avioneta, montar a caballo y distinguir en un bosque los hongos comestibles de los que podían quitarte la vida. Tenía una empresa que organizaba tours para extranjeros que querían vivir «la verdadera experiencia de la pampa». En sus folletos y avisos les prometía un poco de «real old fashioned Argentina»: asado, gauchos, domas y unos cuantos lugares comunes más con los que le iba bastante bien. El resto del tiempo, viajaba o circulaba por las fiestas de sus amigos. Paula contaba esto de modo casual. Se burlaba de su ropa, de su modo de hablar, de sus negocios, pero yo sabía que en realidad todo eso la tenía fascinada.

Mi hermana siempre había tenido debilidad por los tipos que no hacían nada con su vida. Su historia amorosa era una colección de perdedores de los que parecía no cansarse nunca. Una trampa, como se encargaba de explicarle su psicóloga, producto de un padre que nos había criado en la más estricta veneración del esfuerzo mercantil. Paula había tenido la mala suerte de ser hija única por ocho años. Nunca se había recuperado de ese cariño. Había quedado atrapada en la búsqueda del perfecto inútil que llamara la atención de papá, que ya iba por su tercera esposa y el séptimo crío, y al que la vida amorosa de ella o la mía le importaban un carajo.

Pero Marcial parecía diferente, así que yo me limitaba a escucharla y

preguntar cosas como:

–Pero entonces ¿qué es lo que hacen en el campo? ¿Tienen vacas de verdad o eso también es decorado para los turistas?

Paula no sabía. Marcial todavía no le había presentado a la familia ni la había invitado a la estancia que tenían en el sur de la provincia de Buenos Aires. Adiviné que eso le preocupaba. Por eso cambiaba de tema y seguía con las listas:

Marcial le abría la puerta en los restaurantes y le acomodaba la silla.

Siempre pagaba la cuenta.

No hablaba durante el sexo ni durante las películas.

Odiaba la ópera, igual que ella.

No fumaba. No se drogaba. Cocinaba bastante bien. Además, agregó un día mi hermana con un dejo de orgullo que me preocupó, tenía armas de alto calibre por toda la casa.

Fue ese detalle el que me convenció de acompañarla al campo de Marcial cuando la invitación al fin se produjo. Paula estaba nerviosa. Iba a conocer a la madre y a la hermana. No quería ir sola. Y yo era el único familiar decente al que podía presentar, así que, aunque la «verdadera experiencia de la pampa» no me interesaba para nada, dije que sí.

–Ni se le ocurra llevar su instrumento, le puede pasar cualquier cosa. Además, entre esa gente, solo puede desentonar –me dijo mi maestro cuando le anuncié que me iba por el fin de semana–. Al campo solo se va a curarse de un amor o a leer –me aclaró. Manoteó al azar un volumen en su biblioteca. Era una biografía de Schubert. Pareció satisfecho–. Tome, lea –me ordenó. La seguridad con la que en ese sencillo acto descartó la posibilidad de que me aquejara un enamoramiento me dejó sin palabras.

El viaje fue lo que esperaba: una sucesión angustiante de campos verdes y amarillos, el famoso mar de la pampa que había enloquecido a los europeos. Ni siquiera tuvimos el consuelo de hacerlo en tren porque ya no funcionaba. Fuimos en micro. Paula se durmió en seguida. Yo soporté como pude las películas de acción y las conversaciones de los otros pasajeros. Me entretuve mirando el mapa. Había varios pueblos con nombre de mujer, restos de un tiempo en que los dueños de la tierra bautizaban las estancias y los parajes con los nombres de sus esposas, como si les estuvieran regalando un palacio o una ciudad fantástica en vez de un rancho y una placita con naranjos.

Leí un rato. La vida de Schubert no era tan interesante como su música.

Además, el biógrafo insistía en trazar paralelos entre su obra y su enfermedad. Argumentaba que la intensidad y la melancolía de sus últimas composiciones eran un efecto directo de la sífilis. Me pareció algo burdo, como si la voluntad creativa no importara. Cerré el libro y volví los ojos al paisaje. Vi camiones que avanzaban por el asfalto dejando un reguero de semillas, puentes sobre arroyos secos, whiskerías y paradores de fachadas desteñidas por el sol. Las pocas vacas que pastaban al costado de la ruta me parecieron hermosas. Detrás de esos ojos calmos en los que otros veían estupidez, para mí había la luminosa consciencia del porvenir, de que todo estaba, al fin, por acabarse.

Llegamos pasado el mediodía. Marcial nos estaba esperando en el estacionamiento de la terminal sentado en su camioneta último modelo. Era un tipo de espaldas anchas, aunque no muy alto, apenas un par de centímetros más que mi hermana. Tenía el pelo largo y una barba negra y enmarañada hasta el pecho que desentonaba con su cara y con sus ojos, también negros pero llenos de vida. Eso era lo más llamativo. Que a pesar de que era tres años mayor que Paula, parecía un chico de mi edad.

Manejaba rápido y sin contemplaciones por el mal estado del camino. Desde el apretón de manos hasta la entrada a La Colorada, no paró de hablar: de la sequía que venía durando meses, de cómo se le cortaban las bolas a los carneros para que crecieran gordos y llenos de grasa, de los tres clientes «especiales» (un italiano y dos yanquis) que llegaban en unas horas. Hablaba con un entusiasmo que en otra persona que no hubiera sido un chico acomplejado como yo hubiera sido contagioso. Paula iba pegada a él, con la cabeza apoyada en su brazo, aunque era obvio que eso lo estorbaba para manejar. Tuve ganas de decirle algo, pero en cambio me dediqué a mirar pasar la tierra reseca por la ventanilla. Marcial seguía hablando. Mi hermana lo escuchaba como si ordeñar una vaca o hacer un queso fueran actos prodigiosos que él le estuviera revelando. No me sorprendió que ni bien entramos a la casa se encerraran en una de las piezas y me dejaran solo con la madre y la hermana: Marcial no solo estaba lleno de energía, parecía necesitar gastarla de inmediato.

Las dos mujeres me miraron sin mucho interés. Estaban tiradas en los sillones de la sala, entre mantas y pieles de ovejas. Afuera, el sol partía la tierra, pero la casa era fría y oscura. Olía a cera de pisos y a humedad. Había espuelas y monturas amontonadas en un rincón, pilas de libros, mapas y papeles en un escritorio enorme, un par de escopetas en una pared. En el

televisor se veía una película en blanco y negro, sin volumen. Las mujeres estaban pendientes de la pantalla, como si trataran de leer los labios de los actores. Eran todo lo contrario de Marcial. Blancas y arrugadas. La madre tenía las manos llenas de anillos que destacaban las protuberancias de sus dedos deformados por la artrosis. Virginia, la hermana, tenía el pelo largo y revuelto y llevaba un suéter gris que le llegaba a las rodillas.

–Sentate, haceme el favor, querido –dijo al fin la madre, como si el verme parado cargando todavía mi bolso la irritara. Virginia se rio. Algo tintineó como acompañando una burla que no entendí. Eran los cubitos en el vaso que se llevó a la boca. Había una botella de whisky, vasos y platos sucios en la mesita que tenían enfrente.

Antes de que pudiera decir o hacer algo, apareció Fernández, un hombre alto, de bigote grueso, vestido con ropa de trabajo, que me llevó a mi pieza, una habitación de paredes blancas en la que había una cama de hierro, un escritorio, una silla, una palangana de metal y una jarra con agua. Lo miré como esperando que me explicara el anacronismo pero se despidió diciendo que si necesitaba algo hablara con él, que no molestara a las señoras y que cualquier cosa lo iba a encontrar afuera preparando los animales para esa noche y el espectáculo para el día siguiente. Parecía contento o divertido de poder usar esa palabra. Miré por la ventana. Era difícil pensar en un espectáculo que se llevara a cabo en esa inmensa extensión de tierra seca punteada por una línea de eucaliptus que terminaba en una laguna. Dejé mi bolso sobre la cama. Me lavé, obediente, la cara y las manos en la palangana y salí a dar una vuelta.

En seguida me arrepentí. Afuera, el calor era insoportable. Caminé hacia la laguna buscando un poco de alivio, pero ni bien me acerqué al borde empecé a hundirme en el barro. Las zapatillas que había comprado para el viaje y que, creía, eran aptas para todo terreno quedaron estropeadas. En el agua, que era color canela, solo había unos patos flacos y miles de mosquitos, que se enteraron en seguida de mi existencia. Estaba a punto de volver a la casa cuando me di cuenta de que Virginia estaba a mi lado. No la había oído llegar. Tenía el vaso de whisky en la mano. A la luz del sol, sus ojos negros desaparecían en la blancura flácida de su cara. Metió los dedos (despellejados, de uñas cortísimas) en el vaso, sacó un cubito y se lo puso en la boca.

–Cuando las ovejas nos empezaron a fallar, mi papá intentó criar patos en esta laguna. No esos –señaló a los que había, que no parecían poder alimentar

a nadie-. Unos que se hizo traer de Francia. Pensó que se iba a llenar de plata. Después sembró lavanda y otras flores porque tenía un amigo en la industria perfumera. Antes también había intentado con los caballos. –Oí cómo el cubito chocaba contra sus dientes y ella lo chupaba con fuerza-. Nunca tuvo cabeza para los negocios, pobre. Por suerte se murió antes de que tuviéramos que vender la mitad de las propiedades.

Yo, que de historia económica del país no tenía idea, hubiera querido saber cómo o por qué las ovejas les habían fallado, pero no quise pasar por ignorante. En cambio, le pregunté algo peor:

–¿Cómo murió?

–Se estrelló con la avioneta a unos kilómetros de acá. Yo tenía quince años. Marcial era apenas un bebé.

Me acordé entonces de las cosas que me había contado Paula.

–¿Y a Marcial no le da miedo andar volando después de eso?

Virginia escupió lo que quedaba del cubito en la laguna y volvió la cabeza hacia mí. Me miró con tanta intensidad, que sentí que el calor me subía hasta la frente.

–Más vale que le da miedo. Pero alguien lo tiene que hacer, ¿no?

Iba a contestar que a mí no me parecía imprescindible llegar en avioneta a una estancia perfectamente conectada con la ruta, pero en ese momento vi que Paula y Marcial salían corriendo de la casa. Iban en ropa interior. Ella gritaba. Él la perseguía con los brazos extendidos. Tenía el cuerpo muy tostado y ni un pelo en el pecho. Acortó la distancia y sus dedos rozaron, sin llegar a atrapar, la cintura de mi hermana. Paula siempre había sido muy rápida y muy buena en gimnasia. Aceleró, le sacó en seguida más de un metro y se dejó caer en la laguna. Él hizo lo mismo. Estuvieron un rato gritando y tirándose barro en las caras hasta que Marcial la agarró de las muñecas y la atrajo hacia él. Recién ahí nos vieron y empezaron a llamarnos para que nos uniéramos a ellos. Virginia se había puesto otro cubito en la boca y lo chupaba como si quisiera extraerle algo más que agua. No apartaba los ojos del cuerpo perfecto, apenas dorado por el sol, de mi hermana.

–Dale, Sebastián –insistió Paula con un tono que yo le conocía bien. Era el mismo con el que, cuando yo recién empezaba a estudiar, me hacía tocar el violín cada vez que sus amigos venían a casa. Cuando íbamos a visitar a papá pasaba lo mismo. «Qué te cuesta», me decía él, ofendido porque yo prefería jugar a la pelota con mis hermanos menores antes que demostrar mis habilidades frente a sus invitados.

–Ni se te ocurra –dijo Virginia en voz baja–. El agua está llena de mierda.
–No seas amarga, Virginia –gritó Marcial.

Paula caminó con dificultad hasta nosotros. A cada paso se hundía y se liberaba de las plantas que se enredaban en sus pies. Sabía lo que se venía, así que traté de retroceder en el mismo momento en que ella dio un salto hacia mí. Su mano tocó la manga de mi camisa, perdí el equilibrio y caí de espaldas en el barro. Marcial lanzó una carcajada. Paula, un insulto rápido y brutal. Virginia resopló y me ofreció su mano.

Tirado en el barro, con los ojos fijos en el cielo, lamenté con toda mi alma –o con la ausencia de ella– no haber traído el violín.

Después de eso me encerré en mi pieza. Me cambié y me felicité de tener varios libros además de la biografía de Schubert. Me puse a leer una novela policial. Paula estuvo llamándome a través de la puerta. Intentó convencerme de dar una vuelta juntos. Le respondí que estaba cansado por el viaje. Mi hermana había perdido su supuesto nerviosismo y se movía por la casa con descaro. Era obvio que, ahora que las conocía, las dos mujeres no la intimidaban en lo más mínimo. No me necesitaba. Como para reforzar esa certeza, ni ella ni Marcial aparecieron para almorzar. Comí con Virginia y su madre. El almuerzo fue rápido y frugal (quesos, fiambre y ensalada). Me explicaron que el personal estaba muy ocupado porque en unas horas llegaban los huéspedes especiales y, al día siguiente, el micro con los turistas. Se notaba que estaban más interesadas en volver al televisor que en escuchar lo poco que yo tenía para decir. Comieron apenas unos bocados y se fueron al sillón, a mirar la misma película, que en realidad era una cinta que rebobinaban y volvían a pasar una y otra vez. En un punto, subieron el volumen y las oí actuar las líneas por sobre las voces de los actores. «Usted, usted no puede saber lo que es pedir una moneda llorando», dijo Virginia con exagerada dignidad. «Pero sé lo que es pedir una alhaja sonriendo», respondió la madre con voz seductora, inclinándose hasta apoyar la frente en la de su hija. Antes de volver a mi pieza, las oí reírse con exageración.

Me tiré en la cama y traté de leer pero no pude concentrarme. Al rato escuché el motor de la avioneta. Eran Paula y Marcial, que se iban a buscar a los «huéspedes especiales». Me levanté y di unas vueltas por la casa. Virginia y su madre se habían quedado dormidas en el sillón. Caminé por el pasillo al que daban las piezas. Algunas puertas estaban entornadas. Vi camas prolijas, palanganas y jarras de metal como las que había en la mía. Comprobé que

había solo un baño al final del corredor. Entendí que era un esfuerzo por mantener las cosas como en el pasado, por recibir a los turistas como lo hacían en la pampa que habían narrado los viajeros.

Supe cuál era la habitación de Virginia porque el suéter gris estaba sobre la cama. Había un espejo de pie con una rajadura, mucha ropa amontonada en una silla, varias revistas de la farándula y una cajita de música coronada por una pareja de aldeanos con los brazos enlazados. Me pareció algo grotesco. La pieza de la madre, en cambio, estaba ordenada. Había fotos por todos lados. En una estaba ella con el marido, los dos parados frente a la tranquera de La Colorada. Era un tipo alto, de labios finos y una expresión confiada que no tenían sus hijos. La mayoría de las fotos eran de ellos. En varias, Virginia, que era una nena hermosa, cargaba a Marcial como a un muñeco. Pensé que Paula también había tenido la oportunidad de cargarme de esa manera. Por suerte, nuestros padres no habían registrado esos momentos con una cámara.

Marcial había dejado su pieza cerrada con llave. La última habitación, que daba a la galería, alguna vez había sido una biblioteca pero ahora estaba llena de cráneos de animales blanqueados y montados para su exhibición sobre placas de madera. Solo que no estaban colgados en las paredes. Los habían dejado tirados en el piso, sobre los sillones o apoyados contra los estantes llenos de libros que nadie había tocado en años. Pude identificar los de los ciervos. Pero había otros. Tal vez de jabalí. En un aparador había radios, rifles y unos cuantos cuchillos enfundados. Que el verdadero negocio de Marcial era la organización de cacerías para extranjeros quedaba puesto en evidencia con solo ver lo que había en esa habitación.

Di un par de vueltas más por la casa, pero no sirvieron de nada. Seguía enojado con Paula. Y, en lugar de disimularlo, como había hecho durante toda mi vida, lo dejé traslucir en cada una de mis palabras una vez que ella y Marcial volvieron con los invitados y todos nos sentamos a tomar unos tragos en la galería. Estuve brillante. Me interesé en cada cosa que decía Marcial y me ocupé de destacar cada anécdota familiar en la que mi hermana quedara en ridículo. Al principio, ella se prestó al juego. No había muchas cosas que la avergonzaran y siempre había sido buena para burlarse de sí misma. Se rio con ganas de la vez que dejó a una amiga abandonada en la ruta y de cuando, a mis once años, me obligó a robar una pulsera de oro mientras ella distraía al vendedor. Pero después de un rato, empezó a lanzarme miradas de furia para que la cortara. Yo seguí hablando y tomando.

Los huéspedes colaboraron con mi acto sin darse cuenta. Los yanquis eran

padre e hijo. Altos, colorados y expansivos, no pararon de elogiar el vino y el paisaje, de preguntar por la economía del país y la fauna de la zona, todas cosas de las que Paula no tenía ni idea. El italiano era un tipo delgado y silencioso, que se interesó en seguida por la beca a la que me estaba presentando para estudiar en Florencia. Como el inglés de mi hermana no era muy bueno, no pudo participar de la conversación. Cada vez que intentaba intervenir, balbuceaba como una tonta. En algún momento, me encontré relatando cómo me había conseguido un maestro de violín, lo cual captó el interés de todos, incluida la señora de la casa, algo que, en ese momento, tomé como índice de mi triunfo. Marcial pareció divertido con la anécdota. Supe que había ido demasiado lejos cuando Virginia, que hasta entonces no había dicho ni una palabra, intervino para elogiar el suéter que tenía puesto mi hermana.

–Me lo tejó mi mamá –dijo Paula en voz baja. Yo, que sabía que nuestra madre no había tejido ni una bufanda en toda su vida y que lo más probable era que mi hermana lo hubiera comprado en una tienda de segunda (sus hallazgos en esas ferias eran hitos de los que me mantenía bien informado), decidí que lo mejor era callarme.

Marcial miró el reloj en su muñeca, dejó su vaso sobre una mesita y dijo que ya era hora de ponerse en marcha. Los huéspedes asintieron y Paula fue la primera en levantarse. «¿Qué te pasa?», me dijo al pasar por detrás de mi silla. Ella y Marcial fueron y vinieron repartiendo las armas y el equipo entre los invitados. Se subieron a dos camionetas y partieron. Nadie me invitó a sumarme a la excursión. Virginia esperó unos minutos. Cuando las camionetas desaparecieron de nuestra vista, dejó su vaso en el piso, se levantó y dijo:

–Hora del show –y me guiñó un ojo.

La vi caminar hasta uno de los cobertizos, donde se detuvo a hablar con Fernández, que manejaba una camioneta más vieja, con la caja tapada por una lona. La madre se había ido a recostar.

Me quedé tomando y leyendo en la galería hasta que oscureció. De vez en cuando se oían los disparos a la distancia. Vi cómo el cielo cambiaba del celeste al rosa, cómo las siluetas de los galpones iban desapareciendo, los árboles se volvían plateados y lo que antes había sido campo sembrado y doméstico se transformaba en una calma negra y acechante. Antes de que se fuera la última luz, volvieron los cazadores. Me levanté y fui hacia ellos. Todavía me duraba el efecto del vino. A lo mejor fue por eso que lo que vi

me impresionó tanto.

Las dos camionetas estaban llenas de animales muertos. Algunas liebres y cuises, pero, sobre todo, ciervos. Amontonados, ensangrentados, llenos de barro, los cuernos enlazados unos con otros, el relámpago del horror todavía en sus miradas. Cada vez que me esfuerzo por recordar con claridad ese momento, mi mente agrega un cuerpo más. En la camioneta que manejaban los extranjeros, coronando el botín, había un puma.

Paula y Marcial se pusieron a acomodar los cuerpos sobre una larga mesa de madera que Fernández armó con rapidez en la galería. Virginia vino de la casa con varios cuchillos y una luz portátil. Me di cuenta de que iban a faenarlos ahí mismo. Mi hermana ni siquiera me miró. Tenía el suéter manchado de barro. El ánimo de los extranjeros era celebratorio. Recién llegaban y ya estaban ensayando las historias que contarían en sus reuniones familiares, recordándose unos a otros sus instancias de buena puntería, de acertada paciencia, de precisión masculina. Hasta el italiano, antes tan reservado, estaba fuera de sí. Repetía una y otra vez la suerte que habían tenido, cómo la sequía había colaborado para que pudieran emboscar varios ejemplares en el borde más lejano de la laguna.

–El puma siempre los vuelve locos –me dijo Virginia por lo bajo–. Marcial no siempre se los garantiza porque cada vez es más difícil conseguirlos. Pero Fernández tiene contactos en el norte y esta vez trajimos uno grande.

Virginia lo decía con suficiencia. Se notaba que disfrutaba de engañar a los cazadores, dejarlos que se fueran creyendo que habían ganado una pelea absurda contra un animal majestuoso, quizás uno de los últimos de su especie. Iba a decirle algo de esto cuando volví los ojos a la mesa. Marcial le estaba enseñando a mi hermana a faenar un animal. Le daba instrucciones pacientes, como a una nena. Los demás tomaban cerveza de latas que Fernández había traído en un balde lleno de hielo. Sobre la mesa había un ciervo tendido de lado. Marcial puso el cuchillo en la mano de Paula. Mi hermana me miró. Tenía los ojos grandes y brillantes, la boca tensa, los labios resecos. Solo dos veces en mi vida le había visto esa expresión: antes de entrar al quirófano, cuando la operaron de apendicitis, y una vez que mamá se desmayó en la cocina. Supe que estaba aterrorizada.

No sé lo que quise hacer. Después, cuando ya íbamos camino al hospital más cercano, dije que había visto al ciervo mover la cabeza, que todavía estaba vivo. Paula insistió en que eso era imposible. Pero todavía hoy creo

que sí, que el animal levantó un poco el cuello y que yo traté de impedir que mi hermana lo rematara. Solo quería sacarle el cuchillo de la mano. Y lo hice. Pero con tanta torpeza que se me resbaló del lado del filo y me hice un tajo profundo en la juntura del pulgar.

Siempre que les cuento esta historia a mis alumnos, recurro a la teoría del accidente, el que acomoda los tantos, el que decide tu destino. Pero en el fondo, yo prefiero la versión de mi maestro: que fui al campo a curarme de un amor y volví recuperado para siempre.

Modos de matar a un niño

A Jorge Azcárate

Hay muchos modos de matar a un niño. Puede caerse de una silla y golpearse la cabeza, asfixiarse con una bolsa, ahogarse en su propio moco. Sobre todo si es un bebé. Los bebés son frágiles, todo el mundo lo sabe. Cualquier cosa puede pasarles. Si uno sonrío, el bebé responde. Si uno hace gestos idiotas, también. Si uno se inclina y acerca el índice a la cuna, el bebé lo agarra con todas sus fuerzas. Incluso un niño más grande tomará la mano que se le ofrece, por más que pertenezca a un hombre cualquiera, una mano que ha temblado muchas veces, y ha golpeado, cortado y machacado cientos de cosas en su vida.

Por suerte, la mayoría del tiempo, él no tiene que pensar en los modos de matar a un niño. Pero ahora sí. Son las cuatro de la mañana, acaban de recibir una llamada y no puede evitar hacerlo. Se levanta del catre donde estuvo dormitando, se pone las botas, va hacia la ambulancia. Tampoco es que vea muchos bebés en el trabajo, ni en ninguna otra parte. Tiene veintidós años. No tiene por qué pensar en eso. Piensa en motos. En chicas. En su familia, en la que siempre hay un niño nuevo, perdido o descuidado. En el rancho de los Aguirre, donde aprendió a disparar, a engañar a sus primos con falsas palabras en inglés, a decir «calcomanía». Eso fue antes. Cuando era joven. Sus compañeros se ríen de esa forma de hablar. Dicen que es demasiado serio para su edad. Que habla demasiado bien los dos idiomas (y eso nunca es algo bueno). Que se la pasa viendo cine arte. Así le dicen a veces en la estación: «Eh, cine arte, vamos a jugar al póker». A él le da igual. Son buenos hombres. La mayoría también tiene familia en los dos lados. Primos cumpliendo condenas o escapando, primas meseras, strippers, trabajadoras de las maquilas, peluqueras, sirvientas, muertas, desaparecidas. Como su tía, muerta a los veintinueve. Cirrosis. Antes, chupavergas en coches, en baños, en canchas de golf, madre de tres hijos, organizadora de las listas de navidad

de la familia, bailarina en tanga y tacos altos en uno de los clubes cerca del aeropuerto. Mucho antes, en la prehistoria de sus vidas, buena jugadora de hockey, muchacha de falda plisada, ganadora de concursos de ortografía.

Sube último a la ambulancia. Le gusta revisar todo dos veces. Se pone los protectores para los oídos. Casi nunca lo hace, pero al que maneja en este turno le encanta apretar la sirena más de lo necesario.

Atraviesan la ciudad vacía. Es la mejor parte del trabajo, meterse en la noche. Andar por la autopista a toda velocidad, sin tiempo para pensar, con el viento en la cara y la sangre rápida, las estrellas tan grandes que parecen a punto de precipitarse, las montañas rojas, ocres, negras, azules.

Las casas resplandecen a la luz de los faros. La gente adorna sus porches con soles de cerámica sonrientes, con rayos como cabellos o tentáculos. Como si el sol del desierto no fuera suficiente. «Sun city», ja. Por la ventanilla ve pasar los lotes de venta de coches, los moteles, los bares cerrados. «Bebé-Inconsciente-Posible caída» es la llamada a la que responden. El resto del equipo los sigue en el camión de bomberos. Él es el más joven pero es el que decide. En esa parte del mundo, seis meses de entrenamiento extra transforman a un chico recién salido del secundario en paramédico. El sueldo es mejor. Incluye oficina propia y mayor libertad. La libertad de quedarse encerrado, viendo películas o leyendo, mientras los bomberos juegan al póker o hablan de divorcios, de pañales, de cómo los calienta el vello en los muslos de las mujeres, de suplementos y ejercicios para lograr abdominales perfectos, de cómo pararse o sentarse para que el pantalón destaque lo que tienen entre las piernas cuando se acerca un grupo de chicas.

La ambulancia sale de la autopista y sube una cuesta hacia el noreste de la ciudad. Él se da cuenta de que tiene la mano aferrada a la manija de la puerta. La suelta. Se acomoda mejor en el asiento. Pasan por el frente de su casa. Ahí están su moto, su cortadora de césped, sus novelas de Hemingway, su cocina. Todas las cosas que un chico de su edad no debería tener. Debería estar jugando pool o tomando cerveza. Debería estar en una fiesta, bailando con una chica. Todos los hombres de su familia bailan. Él también. Rancheras. Corridos. Cumbias. Rock. Su padre y sus tíos son buenos bailarines, hombres de sombrero, de botas y bigotes, de pieles enrojecidas por el trabajo, delgados, sin tiempo para la grasa. Hombres con dientes perdidos y ganados en peleas. Con un nombre acá y otro allá. Bautizados dos veces. Hombres de dos desiertos.

Hasta ahora tuvo suerte. Nunca llamadas con niños. Tuvo un dentista que golpeó a su mujer hasta dejarla inconsciente, la esposó a la bañera, abrió la canilla y se fue. Cuando ellos llegaron, el agua cubría las alfombras, los zapatos en el clóset, la balanza en el piso del dormitorio. El cuerpo de la mujer flotaba en un camisón negro como un bote en desuso. En un barrio pobre, tuvo una vieja con dolor de muelas. Dos adictos al crack. Varias peleas domésticas. Respiración boca a boca y entubación de un suicida con arma de fuego (se había volado parte de la nariz y un ojo). Sobrevivió. También le tocó un veterano de guerra al que le habían dado una paliza. Lo llevaron desmayado. Cuando se despertó, lo atacó con un cuchillo, pateó las puertas de la ambulancia y saltó a la autopista. Hubo que correrlo por los patios de las casas, después por los pastizales, mientras gritaba: «Déjeme morir, hijos de puta». Tuvo casos de juguetes sexuales atascados, obesos atrapados en sus camas, partos en coches, en centros comerciales, en escuelas, en el puente internacional, justo en el medio de los dos países. Tuvo decenas de choques y de heridas punzantes. Desmayos, abejas, golpizas. Pero niños no. Hasta ahora jamás tuvo que pensar en poner su boca sobre la de un niño.

Cuando vivía con su abuela –porque sus padres eran demasiado jóvenes para cuidarlo y querían estar del lado de las oportunidades, del lado del seguro social, del lado de la acción, de la comida chatarra, del sueño que sueña todo el mundo–, lo vestían de vaquero. Iban al rancho de la familia y jugaba con pistolas de plástico, usaba botas de cuero y espuelas de lata. Un día agarró la pistola de uno de sus tíos. La casa estaba llena de armas, nadie pensaba que fuera necesario guardarlas bajo llave. Fue hasta el corral de las ovejas. Abrió la tranquera. Los animales vinieron hacia él. Extendió una mano y acarició algunas cabezas. El corral olía a caca y a pasto seco. Eligió un borreguito con la cara tostada. Se acercó y le tocó las orejas, que eran suaves y calientes. El animal hizo el ruido que hacen los corderos cuando están contentos. Él le apoyó el cañón de la pistola entre los ojos. Disparó. El arma hizo un clic pobre, anémico. El animal pestañó y siguió mirándolo con los mismos ojos de antes. En ese momento, oyó la voz de su tío a su lado. Lo había seguido sin hacer ruido. «Esa pistola siempre se atasca», le dijo, y le palmeó la espalda. Le dio la mano y volvieron juntos a la casa. Desayunaron frijoles y tortillas con toda la familia. Esa noche lo dejaron tomar tequila. Tenía cinco años.

Ya pasaron su calle hace rato. Están en una zona que no conoce, más al

este, en los barrios nuevos. La ciudad no para de crecer. Pero lo hace en espejo, como un organismo exhausto, que solo supiera replicarse. Las mismas casas, patios, terrazas y rotondas a un lado y al otro de la autopista. Las mismas tiendas. Los mismos carteles publicitarios. Las mismas cadenas de comida. Uno cierra los ojos, los vuelve a abrir y no sabe en qué parte de la ciudad está. Uno está en ninguna parte.

La casa a la que van es una de esas. Nueva, con paredes de falso adobe, tejas y un jardín cubierto de piedritas. Un jardín en el que a nadie se le ocurriría sentarse. Sin embargo, ahí está la madre, una chica muy joven, gorda, sentada en una silla plegable. Viste un conjunto deportivo color rosa con manchas de vómito en el hombro y en el pecho. Tiene los codos apoyados en las rodillas, la cabeza en las manos, el pelo tapándole la cara. Está descalza. Sus uñas color rojo oscuro se confunden con la grava del piso. El padre está adentro, sentado en el sillón del living, viendo un partido de fútbol de la liga europea. También es joven y gordo. Fuma. Señala con un brazo la puerta del dormitorio.

En la casa del dentista había una piel de oso frente a la chimenea; en la del suicida, decenas de fotos familiares enmarcadas (graduaciones, casamientos, trofeos). La vieja con dolor de muelas coleccionaba mujercitas de cerámica. Hasta los adictos habían hecho un esfuerzo mínimo por decorar su vida. Tenían posters de músicos en las paredes, almanaques, dibujos pintados por sus sobrinos. En esta casa no hay nada, excepto muebles recién comprados en Wal-Mart, ropa tirada en el piso, paquetes de pañales sin abrir, un frasco de talco sobre la mesa, olor a plástico, a leche y a cigarrillo. Al final son esos los detalles que siempre recuerda. La vida esforzada de la gente. Las casas. Pero en esta no hay nada. Nada en donde posar la vista, nada que no sea el cuerpo del niño, al costado de la cama, sobre la alfombra.

No debe tener ni un año, aunque es difícil calcular la edad de los bebés. Solo tiene puesto un pañal. No necesita tocarlo para saber que está muerto. El color de la piel es de un blanco azulado, como un queso. Pero igual hace lo que tiene que hacer. Se arrodilla a su lado y sigue el protocolo. Las treinta compresiones en el pecho. Las dos respiraciones. Acercarse a su boca no es tan difícil como había pensado. Es casi natural. Sabe a leche, y a algo agrio, como dulce de tamarindo. Sería más fácil si el niño tuviera los ojos cerrados. Pero los tiene abiertos. Son ojos grandes, negros y ciegos. Ojos con largas pestañas. Ojos de muñeco.

Aquel día, durante el desayuno en el rancho de los Aguirre, su tío les

contó a todos cómo lo había visto sacar la pistola del cajón y salir de la casa muy decidido hacia el corral. Dijo que lo había seguido en silencio, unos metros más atrás, porque quería ver qué cara pondría cuando le volara los sesos a una oveja. Los hombres se rieron, evaluaron, imaginaron la escena del chico de cinco años cubierto con sangre de corderito. Algunas mujeres se escandalizaron. No mucho, solo lo suficiente como para poder seguir comiendo. Y a él le dio como una pena o un calor porque imaginó la muerte. Y porque había tomado la mano de su tío. Pero los adultos reían. Así que él también rio, sin saber por qué. Comió y tomó café, todavía vestido de vaquero. Y a la noche le dejaron tomar tequila. Eso es lo bueno de las familias numerosas, piensa ahora. Siempre hay alguien que ríe. La alegría está garantizada, siempre que la familia sea lo suficientemente grande.

Repite cinco veces las maniobras de resucitación, como manda el protocolo. No hay muchos modos de reanimar a un niño. Hay uno solo. Y él lo sigue paso por paso, aunque sea inútil. Oye a los hombres interrogando a los padres en la otra habitación. Nada oficial, todavía. De eso se encargará, por suerte, la policía. Cuando vuelve a acomodar al niño en la alfombra, comprueba que el cuello se mueve con demasiada facilidad. No puede asegurarlo, pero si tuviera que apostar, diría que el que lo sacudió hasta la muerte fue el padre, aunque no hay por qué descartar a la madre. Las madres no son necesariamente las más pacientes. La ciudad está llena de carteles para prevenir este tipo de episodios. «Los bebés lloran. Los bebés gritan. ¡Es normal! Si usted nota que está perdiendo la paciencia, deje al niño en la cuna y salga de la casa, dé un paseo, pida ayuda.» Cualquiera diría que se trata de una ciudad de padres desesperados. ¿Pero qué puede saber él? No habiendo ninguna cosa en la que posar los ojos, solo le queda imaginar cómo murió el niño en el hogar apresurado que armaron sus padres sin tiempo para el esfuerzo ni la decoración, en una casa del lado correcto de la frontera, igual a cualquier otra, una casa que nadie recordaría.

El llamador

La hija menor es la encargada de distraerlo. Estaciona y baja del coche con una sonrisa que se parece a la de la niña que él cargaba años atrás. Él ignoraba que todavía tuviera esa sonrisa; pensaba que se había desecho de ella en el momento en que supo que tenía una hija «con problemas». Pero los músculos tienen memoria, piensa. Los de él también. Los músculos nunca son la cuestión. La cuestión es contar una y otra vez la misma anécdota, descubrir miradas de compasión hasta en los peones. El cuerpo, en cambio, siempre sabe lo que hay que hacer: levantarse, desayunar, darles de comer a los perros, controlar la obra. En el cuerpo es en lo único que puede confiar.

La hija cierra la puerta del coche y dice:

–Vamos a dar una vuelta, papá.

Lo hace salir por la galería. No le habla de Vicky y sus triunfos. No le habla de plata ni de gastos, como en otras ocasiones. Tampoco enumera los nombres de los que ya se fueron, ni dice que en el campo ya nadie siembra. No menciona lo peligroso que es vivir solo en estos días, ni todas las veces que él se puso en peligro por salir a increpar a los cazadores o a los que prueban motos demasiado cerca de la casa. Le habla de pájaros. Le pide que la lleve al lugar de las higueras. Un golpe obvio, destinado a confundirlo, pero él cae: no le cuesta nada hablar de eso. Es más, le sirve. Aunque ya hizo una ronda al amanecer, no viene mal revisar dos veces el perímetro.

–Ya sé dónde decís. Cerca del campito de Chávez. A veces se ven cardenales amarillos por ahí. Muy de vez en cuando, pero a lo mejor tenemos suerte –dice.

Es casi mediodía y el sol pica en la cara aunque el verano ya se está acabando. Caminan por el pastizal, por afuera del alambrado, al oeste de la casa. Pasan por donde antes estaba la estancia de los Villagrán. Todavía se ven los pilares de la entrada. De la casa, solo quedan tres paredes agujereadas. Se robaron todo lo que había de valor, hasta los inodoros. Hay un balde de plástico, botellas, un fogón. A la noche se oye música que viene de ese lado. De día, tiros. Vienen a practicar. Por las marcas en el revoque se puede adivinar que ni para municiones tienen. Tiran con aire comprimido,

con gomeras, con lo que haya.

–Todavía hay que pasar el vado –avisa.

–Ya sé. De eso me acuerdo.

La mujer de pelo negro que se dice su hija pero casi nunca lo visita vino bien preparada. Viste jeans, botas de lluvia verdes, campera impermeable. Él, en cambio, salió con lo puesto. El mismo pantalón de fajina de siempre, la camisa, amarilla de tanto uso, arremangada hasta los codos.

–Qué te vas a acordar si no tenías ni tres años cuando te traía.

–Te digo que me acuerdo. Ese día había un hombre y dos chicos. Habían armado una mesa de madera al costado del camino. Tenían cinco jilgueros en una jaula. Estaban quietos, apretados. Pero cantaban.

–Sí, cantaban. Más vale que cantaban.

Cantar es todo lo que puede hacer un pájaro enjaulado. Ese hombre con los dos chicos lo sabía. Como lo sabe cualquiera que haya vivido en el campo. Es el método más usado para cazar pájaros. Hay que empezar con un ejemplar y ese es el más difícil porque hay que cazarlo con señuelo. Tiene que ser un macho, si no, no sirve (las hembras no cantan, las hembras entienden y aceptan). Una vez que se lo atrapa, la mitad del negocio está hecho. Se lo pone en una jaula de madera, que arriba tiene una puerta trampa. Se lo deja solo, en medio de un claro. El pájaro canta como siempre o por ahí lo hace con más ganas. Llama. Quién sabe qué dice, lo importante es que convence a otros. Los desafía. Atrae a sus contrincantes, que vienen a pelearle y, así, comparten su ruina. Uno por uno, pisan el palito y caen en la trampa. El hombre y los dos chicos al costado del camino de tierra, esa vez, hace como cuarenta años, vendían jilgueros que habían cazado con ese método.

–El que no se acuerda sos vos. Yo ya tenía cinco años, no tres. Era jueves porque era el día libre de Sarita. Todos los jueves me llevabas a lo de los Vilker. Yo no quería ir. No me gustaba la casa. Olía a pis de perro y a sábanas sucias. Pero como era la única que todavía no iba al colegio, en algún lado me tenías que dejar.

Pasando lo de Villagrán crecen todavía algunos frutales. Cuando se acercan a los árboles, alcanzan a ver una camioneta que arranca. Dos chicas y un chico se suben a la caja, apurados. Saben que él va armado, ya los echó un par de veces. Se oyen gritos y risas. Burlas. Sobre una lona, entre sus pies descalzos y sucios, el morado de las ciruelas centellea al sol por unos segundos.

La mujer de pelo corto y negro alguna vez fue rubia. A veces él se pregunta por qué se tiñó de ese color que la afea, la envejece. Pero no dice nada. Ahora ella está sonriendo. No es la misma sonrisa con la que lo saludó. No hay nada de fragilidad en ella. Es la sonrisa que usa para hablar de Vicky. Él la conoce. Al principio, indicaba desconcierto; después, sospecha; al final, solo bronca. Como ahora, que aparece en su cara cuando se mira la punta de las botas, sacude la cabeza y dice:

–Mirá si a mí se me ocurriera dejar a Vicky con los vecinos.

Él decide dejar pasar el comentario. Nada de lo que hace o hizo su nieta le resulta inteligible. Desde el primer día supo que algo andaba mal y lo dijo. La distancia entre una chica «especial» y una retardada es corta y previsible, y él se negó a recorrerla. Pero la mujer y sus dos hermanos mayores sí la transitaron. Es más, se detuvieron en cada estación con complicidad y alevosía: a los tres años, aunque Vicky no decía ni «mamá», era obvio que tenía talento para la música; a los seis, iba a ser un genio del ajedrez solo porque había aprendido a acomodar las piezas; a los ocho, su madre leyó que era parte de una subespecie de niños con talento para tratar con animales. ¡Podía ser veterinaria o trabajar en el zoológico! A los diez, ya ningún chico quería jugar con ella porque no le entendían lo que decía. A los trece, un grupo de compañeras le robó todo lo que llevaba en la mochila a la salida del colegio. Al poco tiempo, dejó de ir. Ahora va a cumplir quince y nadie habla de fiestas o de vestidos.

–Los Vilker no eran vecinos nada más. Eran amigos míos. El hijo se fue hace poco. Resistió todo lo que pudo. Me traía guisos y sobras para los perros. A veces hasta me ayudaba con los árboles y la huerta.

–Te robaba plata, también. La que te olvidabas arriba de la mesa, en los bolsillos de los pantalones, en el estante de la cocina.

–Pero yo lo sabía y no me importaba.

No siempre lo supo y, cuando lo descubrió, le importó y le dolió, pero no dijo nada porque Ezequiel Vilker era bueno para la obra. Un tipo grandote y pelirrojo que le podía hacer frente a cualquiera. Se ocupaba del lado oeste del perímetro. Él solo había mantenido intacto el casco de los Villagrán hasta que los del pueblo se juntaron y lo convencieron de irse, de unir fuerzas. Ahora es guardia de seguridad en la entrada. Anda de uniforme y todo.

–Ya de chico se veía cómo era. Cuando la madre nos dejaba solos, jugábamos al ladrón. Él me ataba a una silla con una soga, metía tres o cuatro cosas en una bolsa como para cumplir rápido con el robo y después

me levantaba el vestido y me toqueteaba.

El vado está bastante crecido. Es otro de los problemas, el agua. Complica la obra. Más allá de lo de Chávez, la inundación es grave. Hace rato que renunció a llegar hasta ahí. Se tuvo que concentrar en su perímetro. Al oeste, los Villagrán, y un poco hacia el norte, lo que queda de los Vilker. Hacia el este, la línea de nogales de la vieja Ortiz, que murió el año pasado, a los noventa y tres, sentada en la mecedora del porche, con el rifle entre las manos. En el centro de ese perímetro, su casa, el duraznero que tardó tanto en crecer pero creció, la huerta, los perros, todo lo que pudo salvar hasta ahora.

–Cosas de chicos. Tenían más o menos la misma edad ustedes dos, al fin y al cabo.

Se saca las alpargatas y las medias. El agua está fría y barrosa. Le llega a las rodillas. Aunque no hay piedras, cruza con cuidado de no resbalar: una caída puede costarle la obra. La mujer, en cambio, pasa sin mirar, se salpica un poco los pantalones, achica los ojos, busca algo en el horizonte. Pero ¿qué? Recién ahora se pregunta el viejo para qué lo ha hecho llevarla hasta ese lugar.

–Era ahí, donde están las higueras. Ahí habían armado la mesa –dice ella.

El hombre que vendía jilgueros con sus dos hijos en el camino de tierra que antes conectaba con la ruta se llamaba Donahue. Era orgulloso y malhumorado. Él lo conocía bien. También era el mejor domador de caballos de la zona. Había trabajado para varios criaderos, pero había caído en desgracia. Un día faltó plata en una estancia. Lo echaron. Los demás criadores dejaron de contratarlo. Donahue perdió el coche, la mujer, la casa. Una noche entró a los establos del patrón que lo había acusado y le mató todos los caballos. Los degolló uno por uno, con un cuchillo corto y afilado. Después no se lo vio por meses. Reapareció ese día, al costado del camino. Estaba muy desmejorado. La barba le oscurecía la cara. Tenía los pantalones sucios y un roto en la camisa. Los hijos estaban igual de sucios y de flacos. Lo único que relucía en el sol de esa mañana, cuarenta años atrás, eran las botas y el caballo de Donahue, un alazán que pastaba a unos metros del improvisado puesto de venta.

–Sí. Una vez hace poco vi dos cardenales amarillos en una de esas ramas.

La mujer se adelanta sin avisarle, va hacia los árboles con pasos rápidos y firmes. Él se vuelve a calzar y la sigue. Las higueras y el viejo camino que antes conectaba con la ruta no están en su ronda. Le hubiera gustado incluirlos, igual que el campito de Chávez, que está todavía más al norte.

Pero ya no puede caminar tanto y tampoco conviene usar los senderos porque por ahí van los cazadores y los que andan buscando alguna vaca suelta o cosas para robar. Siempre corta camino entre las pocas plantas de maíz o girasol que quedaron y que él mantiene como puede. O se esconde entre los arbustos y las cortaderas. Pero ahora no le queda más que seguir a la mujer por la huella del camino que ya no está.

–Le compraste todos los pájaros ese día –dice ella, todavía de espaldas, mirando el espacio entre las higueras en el que Donahue y sus hijos habían puesto un tablón sobre dos caballetes para exhibir la jaula con jilgueros–. Todos. Y después, ahí mismo, abriste la jaula y los soltaste.

La mujer habla con voz tensa, contenida. No se da vuelta para mirarlo. Va hacia los árboles, apoya la espalda en uno de ellos, mira hacia la copa, se cruza de brazos, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Él no se adelanta. Se queda más atrás, a unos metros, vigilando el perímetro. Ya es mediodía. La peor hora para estar en el campo, expuestos. Tendrían que ir volviendo, lo demás lo puede revisar más tarde, después de la siesta. Pero la mujer no lo escucha. Sigue hablando de ese día, cuarenta años atrás. Quiere saber. Quiere saber por qué compró y soltó los jilgueros ese día.

No es justo cazar pájaros con un llamador. Es una pelea muy desigual, usar la naturaleza del animal en su contra. Algunos, para asegurarse de que el pájaro cante, le sacan los ojos. Un pájaro ciego, dicen, canta mejor y más alto. Por ahí Donahue no había caído tan bajo como eso, pero había caído: estaba vendiendo pajaritos al costado del camino. Y él no pudo resistir la tentación de mostrárselo. Abrir la jaula en su cara y que todo su esfuerzo se esfumara en un segundo, ahí mismo, delante de sus hijos. Porque un hombre que asesina los caballos que él mismo crio merece cualquier desgracia que le caiga encima.

–Yo pensé que querías ayudar al hombre y así, de paso, también liberabas a los pájaros.

La mujer que antes fue rubia descruza los brazos, los deja al costado del cuerpo, suelta un suspiro. Ahora sí se adelanta, sale de la sombra de los árboles y lo mira. Tiene arrugas alrededor de los ojos celestes. Finas pero profundas. No tiene una cara lista para esas arrugas.

–No. No lo hice por eso. Ya te dije. Lo hice porque Juan Donahue era un hijo de puta.

Y al decirlo es consciente de lo absurdo que suena, ahora que ya pasó, ahora que es solo un recuerdo. Es consciente de las manchas color café en sus

manos y en sus antebrazos, de toda su vida al sol, del esfuerzo descomunal que es la obra. Quiere agregar algo de esto, pero la mujer ya emprendió la vuelta, camina con pasos largos, cada vez más rápidos. A él le cuesta seguirle el ritmo. La llama pero no contesta. Vuelven a recorrer el lado oeste del perímetro en silencio, ella unos metros más adelante, apurada.

Dos veces tiene que detenerse para descansar y ella le saca todavía más ventaja. Entre las flores de un cardo, el viejo ve un par de cartuchos de escopeta que hubiera querido revisar pero no tiene tiempo. Sabe. Siente el peligro. Cuando ya pasaron las ruinas de los Villagrán, la mujer se detiene. Lo espera. Lo espera porque desde ahí ya pueden ver su casa y la columna de humo. Alta, irremediable. Un humo grueso y negro que se eleva sobre la copa del duraznero, del lado de la huerta. Debería haberlo sabido, o por lo menos haberlo olido antes, si no fuera porque el viento sopla para el otro lado.

Ahora el que corre es él. Como puede. Se tropieza y se apoya en un poste, sigue. Pisa barro, se hunde. Se le queda atrapada una alpargata. Corre torpe, desaparejo. Algunas espinas se le clavan en la planta del pie. Ya casi llega. Siente los pasos de la mujer un poco más atrás, pero él es el primero en entrar al jardín, donde sus hijos y Vicky están quemando sus cosas. La ropa, los muebles, los papeles, su colección de revistas de pájaros. Arden. Los sombreros de su bisabuelo, las muñecas de Amalia Villagrán, la mecedora de la vieja Ortiz. Todo.

–Ezequiel Vilker y yo no teníamos la misma edad. Yo tenía cinco y él doce –oye que le dice su hija en voz baja, su hombro casi pegado al suyo.

Pero él ni siquiera la mira. No aparta los ojos del fuego ni de las tres figuras que se mueven a su alrededor. Había olvidado lo altos y fuertes que eran sus hijos. Los ve levantar muebles, cajas y troncos como si no pesaran nada. Se turnan con Vicky para arrojar cosas a la hoguera. Se ríen. La chica también. Es rubia y muy delgada. Hermosa. Por un instante, su vestido blanco se infla en el viento y la luz del mediodía revela su cuerpo joven y pleno, su alegría lúcida y febril, bailando junto al fuego.

Aprender a nadar

La niña se escapa de la casa, cruza la calle desierta y atraviesa el parque hacia la pileta. Camina por el pasto en su traje de baño azul con flores amarillas. Camina y las puntas del pelo rubio le tocan la piel de la espalda. Sus pies, metidos en unas sandalias de plástico transparente, la llevan rápido a su destino. Siente el sol en la cara, en los brazos, en todo el cuerpo y la niña quiere decir algo como «gracias» pero no lo dice porque para eso está la risa, esa urgencia del andar, una pierna más rápida que la otra, los pies eficientes en esos zapatos, que pisan cardos, pisan charcos, pisan flores. La niña corre. Corre y aplasta una flor rosada. Se detiene. «Perdón, flor», dice, porque le han enseñado que las flores no se pisan. Pero hay esa urgencia que no sabe bien qué es (algo del cuerpo que se impone) y no le queda otra que volver a correr y pisar: flores, papeles, tierra, escarabajos. Porque es un día de sol, se ha escapado de su madre, que duerme, y ya se oyen los gritos de los otros chicos que juegan en la pileta. Su hermana mayor está ahí. Puede oírla. Oye los pájaros en los árboles, oye el silbato del bañero, las pelotas que rebotan contra el agua, la voz más alta de su hermana que llama al padre. Está sentado en una reposera, en el césped, junto a las lajas hirvientes (el torso desnudo, sin pelos, la piel llena de lunares marrones, lunares rojos, verrugas, pequeñas protuberancias como constelaciones en la piel grasosa de su padre). No contaba con él. Pensaba que también estaría durmiendo, porque eso es lo que hacen los padres a la peor hora de calor de los días de verano. Aunque sea en otra habitación, no en la que duerme su madre. Todavía le falta pasar la pared de ladrillos que le llega al cuello y sobre la que ahora apoya los codos y mira. Mira el borde de la pileta, los pies de los chicos que van y vienen, las gotas que se elevan en las zambullidas, las espaldas de los adultos, los vientres de los adultos, las pieles blancas, untadas, enrojecidas, tostadas, arrugadas y tersas de los padres y las madres que miran a sus hijos. Igual que el suyo, que sigue con los ojos a su hermana, vestida con un traje de baño rosa brillante que el sol transforma en blanco, como si un rayo de luz la siguiera mientras ella corre por el borde, las manos algo rígidas al costado del cuerpo, corre y pisa charcos, pisa un diario que alguien dejó tirado, pisa la

hierba y las flores del costado, pero no se detiene, al contrario, pide que la miren (y la miran), sigue corriendo, clava los pies en las lajas, salta con los brazos estirados y se zambulle en la parte más honda de la pileta, ahí donde la madre les ha prohibido siquiera meter los pies, sobre todo a ella, que es la más chica y solo tiene permitido sentarse en los escalones de la parte baja. El padre levanta un poco la cabeza, ve a la hija mayor esforzarse con brazos y piernas hasta llegar a la parte donde sus pies tocan el fondo. No aplaude pero asiente, se inclina en la silla, sonrío. Su hija mayor nada hasta el borde y se detiene ahí, frente a él, cruza los brazos sobre las lajas y le devuelve la sonrisa, los ojos enrojecidos y el pelo pegado a la cabeza como un casco. La niña del traje azul con flores amarillas ahora se afirma con las manos sobre la pared de ladrillos, que está caliente y huele raro, como a pis y a sol. Se raspa un poco la rodilla derecha pero no importa, sigue, corre unos pasos más y ya está detrás de la reposera del padre, cubriéndole los ojos con las manos sucias y transpiradas, justo cuando la hermana mayor tapa el sol con el toallón naranja con el que ahora se envuelve y se seca, se seca la espalda, la cara, los brazos, se pasa la toalla enrollada entre las piernas y la mueve de atrás para adelante, se seca bien, con las piernas abiertas, mientras el padre se ríe y le agarra las manos a ella, la niña de la malla azul, la iza como si fuera un paquete por encima de su cabeza, por encima de su pelo castaño con algunas canas y la niña piensa en la madre, rubia y dormida sobre las sábanas tibias color masa de pan, la madre que duerme sobre su lado izquierdo, con un camisón blanco y corto; la niña piensa en sus párpados, en su índice recorriendo muy despacio la bolita dormida de los ojos de su madre, como si pasara el dedo por un caracol de mar y así conociera su secreto. En lugar de volverla al piso, el padre la acomoda entre su brazo y su pecho, con la mano izquierda le saca de un tirón los zapatos transparentes, se levanta de la silla y atrapa una punta de la toalla que la hija mayor le tiende mientras abre los brazos y, con ellos, la tela, y él pasa el peso fácil de la hija menor al interior mojado y algo rasposo, en el que ahora los dos la mecen, primero despacio, después un poco más rápido, y todo es naranja y oscuro como el sol de un planeta lejano, y la niña ya no piensa en la madre dormida porque el corazón le late fuerte. Oye las risas del padre y de la hermana, que aceleran el vaivén. El cuerpo se le ladea con el movimiento y queda de cara a la oscuridad de la tela, que huele a cloro, a su hermana y a bronceador. La niña clava las uñas en la toalla, se agarra con todas sus fuerzas, pero no sirve de nada porque igual cae. Siente el agua primero en las piernas y la espalda (la cabeza llega

última, porque antes golpea en el borde de cemento). La niña cierra los ojos y traga agua. Ve el dolor caliente de su cabeza moverse como puntitos detrás de sus párpados, traga un poco más de agua, abre los ojos, flotan burbujas. Mueve las piernas y los brazos, logra sacar la boca, tose, se hunde, ve las piernas doradas de un chico que nada más adelante. Mueve un poco más los brazos y las piernas, toma aire, ve a su padre y a su hermana en el borde de la pileta que se ríen y la señalan mientras ella sigue flotando con el cuello estirado, moviendo las manos en círculos, las manos extendidas y abiertas por las que el agua pasa, va y viene, manos inútiles. La niña estira las piernas detrás de sí, inclina un poco el torso hacia adelante, el calor en la cabeza es ahora un latido, el latido del golpe. Vuelve a hundirse pero esta vez cierra los dedos de las manos, expulsa aire en burbujas gordas, perfectas, da una patada, saca la cabeza, respira y en el mismo movimiento, gira el cuerpo y lo apunta hacia la dirección contraria, hacia la parte honda de la pileta. El agua hace un remolino a su alrededor, asiente, se ordena, responde. Y en ese movimiento unánime de sus músculos y tendones, la niña descubre su instinto más primario, el impulso que la aleja para siempre del hombre que ríe al otro lado del agua.

Cae una estrella

A Valeria Tentoni

Era el peor año de mi vida y de la vida de millones de personas (lo cual, se sabe, no es ningún consuelo). El país en el que vivía (que ciertamente no era «mío») había tenido cinco presidentes en una semana, cientos de empresas habían quebrado, los que todavía tenían trabajo cobraban en billetes que parecían sacados de un juego de mesa y la gente salía a saquear supermercados. Quiero decir: no era algo que ocurría de vez en cuando. Parecía que iba a durar para siempre.

Algunos se organizaban en bandas y salían a llevarse lo que pudieran. En mi cuadra había una de jubilados: un ingeniero, un profesor y una ex portera de escuela. Atacaban al mediodía, nunca en el barrio ni a comercios pequeños y solo los fines de semana. Desde mi ventana, los veía pasar hacia la estación, los tres caminando despacio, disfrazados de abuelos alimentadores de palomas, con sus sacos tejidos a mano y sus bastones. Irma, la ex portera, había dejado de teñirse el pelo y caminaba encorvada para despistar. A la hora, volvían a pasar, erguidos, agitados y exultantes, cargando paquetes de fideos, harina, latas de arvejas, tomates. El líder se llamaba Nick Edwards. Tenía sesenta y siete años. Era un hombre alto, elegante, que se afeitaba la cabeza para que su calvicie pasara por decisión personal. El semestre anterior había sido mi profesor de inglés en una clase en la que me había inscripto para «mejorar mis oportunidades». Eso era antes, claro. Después, ya no hubo nada que mejorar.

–Ahí viene la chica de las estrellas –les decía Nick a los otros cuando me cruzaba con ellos en la vereda. Me caían bien. A veces, compartían su botín conmigo. Aunque me costaba conciliar la imagen de ese hombre desencajado con la del profesor que hablaba de Chaucer como si fuera un pariente, tenía que admitir que yo tampoco era la misma. Hacía tres meses que no tenía trabajo. Había dejado de pagar los impuestos y hacía las compras en un local

que ofrecía productos vencidos a mitad de precio. En la mejor de las noches, dormía cuatro horas. Encima se suponía que estudiaba Ciencias de la Atmósfera.

Desde chica me gustaba mirar el cielo. Obligaba a mis hermanos a salir al jardín para buscar estrellas fugaces. Me atormentaba la idea de que una estrella pudiera caer y nadie estuviera ahí para mirarla. También cazábamos luciérnagas, las poníamos en un frasco y las hacíamos girar, como si fueran centellas. Mi hermano mayor, Félix, me hablaba de Laika, la perra espacial soviética. Yo me la imaginaba flotando en la luz negra del espacio, ladrándoles a las nebulosas y a las constelaciones, y me daba bronca: hasta un perro podía viajar a Marte si había nacido en el país correcto.

En realidad, lo que yo quería estudiar era astronomía. Pero me había cansado de oír que eso no me conduciría a un trabajo rentable, así que había transado con la energía eólica o la predicción de las lluvias, tan importantes en la vida de un país agroexportador y sin presupuesto para viajes espaciales. En los cursos de la facultad, estudiaba mapas del tiempo, dibujaba isobaras, hacía cuentas. Como nunca había logrado explicar para qué servía todo eso, había dejado que en la clase de inglés creyeran que mi especialidad consistía en mirar las estrellas. Las miraba, sí. Pero de otra forma.

Mi último trabajo había sido en una oficina. No me habían echado por la crisis. Había tenido que renunciar por culpa de la sonrisa telefónica. Sucedió así: yo tenía que controlar a Beatriz y a Elizabeth, dos vendedoras que pasaban ocho horas diarias bajo un tubo de luz fluorescente, sentadas en sus cubículos, mirando un panel en el que habían pegado fotos de su familia, del mar o de todos los gatos con los que habían compartido sus vidas. Desde ahí, esas mujeres, que me llevaban al menos quince años, llamaban a desconocidos de todo el país para venderles muebles de jardín. Dominaban varias destrezas: tomar café o jugo dietético sin volcar una gota mientras marcaban un número o se acomodaban los auriculares, masticar sándwiches de pan negro y seguir hablando de formas de pago con una dicción perfecta, apretar con fuerza un caramelo contra el paladar hasta extraerle toda el azúcar o bostezar con delicadeza, sin emitir ni un sonido. Eran heroicas. Aguantaban puteadas y lances de varones a kilómetros de distancia, se interesaban en los hijos de los clientes, intercambiaban recetas de tragos con los dueños de bares que les compraban sillas y mesas para sus veredas. Y todo esto lo hacían mientras buscaban precios o códigos en el catálogo que mostraba la vida espectacular de la gente con muebles de jardín. En sus páginas, había jóvenes

recostados sobre reposeras de plástico junto a sus piscinas y abuelos que desayunaban en un parque lleno de árboles, con los nietos esparcidos en distintos tipos de sillones. También había opciones más modestas, como una mesa y dos sillas en una terraza diminuta con una leyenda que decía:

«¡Disfrutar del aire libre no depende del espacio!».

Aunque era probable que la gente a la que llamaban no tuviera ni siquiera un balcón, ellas hacían verdaderos milagros. Una vez escuché a Elizabeth venderle una reposera de playa de tres posiciones a una mujer que acababa de mudarse a un monoambiente. La convenció de que era más barata y más práctica que un sofá y que así «marcaría tendencia» entre sus amigas.

Yo las oía robar el tiempo y la paciencia de otros con algo de culpa, porque mi trabajo era muy fácil (llenaba planillas y esas cosas) y porque en casa era de las que cuelgan el teléfono ni bien oyen la voz de alguien intentando vender algo al otro lado de la línea.

Mi escritorio estaba en una oficina que al menos tenía luz natural. No lo había adornado con fotos de mi familia ni de paisajes. Igual que muchos de mis amigos, creía que ese trabajo era algo transitorio: un día, pronto, íbamos a ganar la lotería, a pegarla con un disco o a encontrar la bacteria marina que salvaría al planeta de la contaminación. Era inexorable ese futuro. Pero, por las dudas, al lado de mi computadora había puesto un portarretratos de madera. No tenía una foto. Tenía un papel con mi propia fecha de caducidad: 31 de diciembre de 2001. No pensaba pasar ni un solo día del año 2002 en esa empresa.

Cuando faltaba menos de un mes para ese día, el mundo se acabó. En veinticuatro horas, mi sueldo se transformó en papel picado. Muchos perdieron sus casas, sus familias, sus dioses. La gente salió a las calles. Yo también. Por primera vez compartí mi miseria con millones de personas. Gritábamos, golpeábamos bombos y cacerolas y volvíamos a casa, a dormir cuatro horas, con los dientes apretados y ninguna razón para levantarnos al día siguiente. Otros incendiaron bancos, salieron en la tele llorando, asesinaron a toda su familia con veneno para ratas. Los de espíritu más combativo se juntaban en las plazas y planeaban sus golpes. Iban a las casas de los políticos, los sacaban de sus camas y los obligaban a marchar en pijama al ritmo del himno nacional. Había manifestaciones en el Congreso, en el Palacio de Justicia, en todas partes. Hubo muertos. El presidente renunció y se escapó en helicóptero. En mi cuadra, Nick y los suyos empezaron su vida delictiva.

A pesar de todo eso, por unos días seguí yendo al trabajo igual que siempre. No me daba cuenta de que mi fecha de vencimiento se había adelantado junto con la del resto del país. Esa era la situación cuando la dueña de la empresa me llamó a su oficina para discutir «el rendimiento» de las vendedoras. Esa mujer alta, cuyos logros incluían viajes frecuentes a Miami, casa en Boca Ratón, hándicap de golf 22, una hija anoréxica, dos cirugías plásticas y un marido millonario que le había concedido el capricho de una empresa de venta por catálogo justo en el momento en que se globalizaba internet, no estaba satisfecha. Todo lo contrario. Las ventas habían caído casi un cincuenta por ciento y los costos de «nuestros» productos «Made in China» ahora eran impagables. Además, había estado escuchando las grabaciones de Beatriz y Elizabeth. ¿Qué había estado haciendo yo? ¿No me daba cuenta de que las vendedoras pasaban un promedio de diez minutos con cada cliente y no cerraban ni una venta? En este punto de la charla, mi jefa apretó «play» y escuché la voz grave, casi afónica, de Beatriz, que decía:

–¿Y qué más se llevó?

Le respondió la voz de un hombre. Hablaba lento, como si se hubiera tomado un frasco entero de somníferos.

–Hasta la heladera, querida. La verdad no sé cómo hizo porque es una mujer muy delgada, alguien tiene que haberla ayudado, digo yo. Si al menos me hubiese dejado una nota. Yo le había ido a comprar harina de almendras, con lo que eso cuesta hoy en día. Como ella es alérgica al gluten, no puede comer muchas cosas... Fui a tres negocios para conseguírsela. –En este punto hubo un silencio, la línea crepitó un poco y se oyó con nitidez el goteo de una canilla mal cerrada–. Usted no sabe lo que es llegar a casa y encontrarla totalmente vacía.

–Por ahí vuelve –arriesgó Beatriz en un susurro.

–Qué va a volver. Si yo no fui bueno. No le decía cosas lindas, ¿sabe?

–Los hombres que dicen cosas lindas no son confiables. Mejor son los que compran harina de almendras, los que se preocupan por las alergias de sus mujeres.

No sabía casi nada de ella, apenas que estaba divorciada y que tenía dos hijos adolescentes, pero en ese momento amé con todo mi corazón a Beatriz. La dueña de la empresa apretó «stop» y se quedó mirándome. Yo le devolví la mirada. Detrás de ella había un reloj de esos que marcan la hora en varias ciudades. Me dieron ganas de preguntarle para qué necesitaba saber qué hora

era en París si dirigía una empresa que, obviamente, no cotizaba en bolsa, pero ella estaba hablando. Decía cosas vitales, como que ni las telefonistas ni yo nos poníamos la camiseta de la empresa. Pensé que la situación era grave si ella, que nunca vestía otra cosa que trajes sastre, recurría a metáforas deportivas de corte nacionalista. Pero no me dio oportunidad de decirle nada, porque empezó a exponer punto por punto su plan de recuperación. Esas mujeres tenían que aprender que había un código. No generaban interés en los productos, no insistían lo suficiente y perdían el tiempo hablando de cosas personales. De ahora en más, nada de hora de almuerzo, nada de ausencias por enfermedad ni llegadas tarde con la excusa de los disturbios sociales. La señora alta con la hija anoréxica estaba llegando al clímax de su carrera gerencial. Sudaba. Lo supe porque de pronto el olor a magnolias de su perfume se hizo más fuerte. Es más, dijo levantando la voz: nada de fotos de familia, del mar o de gatitos. A partir de mañana, Beatriz y Elizabeth tendrían que hacer sus llamadas mirándose en un espejo que cubriría todo el panel de sus cubículos. Eso les enseñaría a ser productivas. A vigilar que, mientras ofrecían la maravillosa vida de la gente con muebles de jardín, hubiera una sonrisa en sus labios. Todos los manuales de marketing lo aseguraban. La sonrisa telefónica era fundamental para cerrar ventas. Yo, que era una chica capaz, a la que le esperaba un futuro brillante (un futuro que, por supuesto, coincidía con el de la empresa), debía entenderlo y ponerme a trabajar en serio. No bastaba con que controlara a las empleadas. Esas mujeres no sabían aprovechar las debilidades de los clientes o crear necesidades ahí donde apenas había un deseo. Yo tenía que entrenarlas en eso. Sobre todo, tenía que enseñarles a que sonrieran telefónicamente las ocho horas de su jornada laboral.

Como para demostrar la coherencia de su argumento, la señora con cuentas en Suiza y saquito imitación Chanel tomó un poco de agua, se sacó un hilito blanco que se había posado sobre su manga, cruzó las manos sobre la falda y sonrió.

Quisiera poder decir que le respondí con un discurso que empezaba en el fordismo y terminaba en Deleuze. O, por lo menos, que me fui dando un portazo. Pero no hice nada de eso. Yo, que podía predecir la ocurrencia y la velocidad de los vientos patagónicos, que guardaba datos tan preciosos en mi cerebro como que en una tormenta de dos horas caen aproximadamente dos mil rayos, que podía cantar «Rapsodia bohemia» sin desafinar, que había sido moza, librera, vendedora de medias y maestra particular, que había acometido

con igual valor esas y muchas otras hazañas en mi corta vida, apenas dije que no, que no era capaz de obligar a esas mujeres a mirarse en el espejo y a sonreír estúpidamente mientras intentaban venderle muebles de jardín a gente que estaba al borde del colapso emocional. Me levanté de la silla, junté rápido mis papeles y, sin mirar a la mujer que olía a magnolias y a transpiración, agregué que hacía rato que estaba pensando en renunciar para dedicarme a mis estudios y que ese parecía el mejor momento para hacerlo.

En cuanto al futuro, yo ya lo había visto y no tenía nada de brillante: era un grupo de viejos robando paquetes de fideos.

La euforia me duró unas semanas. Me emborraché, fumé hasta no poder respirar, salí a andar en bicicleta, visité a mi hermano menor y a todas las amigas que tenía relegadas por culpa de mis obligaciones laborales.

Blas, que siempre había sido un chico sereno y enseñaba ajedrez en una escuela, me recibió con la noticia de que se había comprado un arma. Un revólver 22.

–Es que por acá también están saqueando casas –me dijo mientras balanceaba una anilla gruesa en la que noté dos llaves nuevas: la de un candado que aseguraba la cadena del portón de entrada y la de un pasador para la puerta de la cocina.

Sin despreciar su noble impulso de defender la mansión familiar –la casa en los suburbios en la que nos habían criado nuestros abuelos–, le señalé que si alguien quería entrar a robar, lo haría por el techo, que se caía a pedazos.

–Para eso tengo el revólver –contestó. Y me preocupé, porque el brillo en sus ojos era el mismo que tenía a los seis años, un día que se fue solo a una laguna y lo buscamos por todas partes, hasta que apareció horas después, todo embarrado, con cinco cachorros que unos hombres habían tirado desde un puente.

Podría haberme mudado con él, pero la casa estaba demasiado lejos y llena de perros que rescataba de la calle. Si la gente la pasaba mal, los animales la tenían todavía peor. Eran un triste muestrario de la desesperación humana. Mascotas abandonadas, golpeadas, mal alimentadas. Sus historias solo llegaban a la tele en casos extremos. En un noticiero, mostraron a un hombre que había despellejado viva a una perra. Cuando lo entrevistaron, dijo que lo había hecho como parte de un ritual. Lo habían echado de su trabajo y esperaba que así la desgracia cayera sobre el dueño de la empresa. Había seguido un hechizo que aseguraba que al inscribir en la piel del animal

el nombre de su enemigo, le traería la ruina. La perra murió a las pocas horas. A nadie se le ocurrió averiguar si la desgracia o el remordimiento habían llegado hasta el jefe.

Mi hermano mayor, un médico exitoso que vio esfumarse los ahorros de toda su vida en cuestión de días, había hecho las valijas y, con la excusa de volver a las raíces familiares, se había ido a las Baleares. Trabajaba para la Cruz Roja y respondía con estoicismo a las preguntas de los lugareños, a los que les importaba un carajo que nuestro abuelo hubiera huido del franquismo, solo querían saber por qué Félix venía a robarles el trabajo a los médicos españoles. Mi hermano, que podría haber respondido con un discurso que empezara en Fray Bartolomé de las Casas y acabara en Frantz Fanon, optaba por César Vallejo. Terminaba de vacunar a un paciente y, con la misma emoción con la que nos mostraba cómo usar un juego de química cuando éramos chicos, recitaba entero «España, aparta de mí este cáliz». Después de eso, hasta los caballos de Mahon sonreían y lo seguían por las calles de la ciudad. O al menos así lo imaginábamos Blas y yo cuando nos contaba estas cosas por teléfono.

Desde mi renuncia, el mundo parecía haberse transformado en un agujero negro. Daba vértigo. Si mi profesor de inglés robaba comestibles, Blas tenía un arma y Félix, que nunca había leído poesía, recitaba a Vallejo en las Baleares, yo podía hacer lo que quisiera. Dejé la facultad, me dediqué a mirar basura por televisión y a leer cuanto cayera en mis manos. Todavía había mendigos, cartoneros y grupos de indignados que se manifestaban de vez en cuando, pero muchos ya se iban reincorporando al mercado de trabajo. Parecía que la sonrisa telefónica estaba triunfando en todas partes. La miseria compartida había durado poco. Ahora solo me quedaba la personal.

Empecé a caer. No como un rayo, ni como una estrella, ni siquiera como la manzana de Newton, que al menos alcanzó inmortalidad científica. Caí como una chica de veinticuatro años: rápido y con todo el cuerpo.

Primero me acosté con un ex novio que estaba casado y tenía dos hijos. No se parecía en nada al rugbier de dieciséis años fanático de la ciencia ficción con el que yo había compartido salidas y recitales. Estaba gordo, pelado, exhausto. Hacía poco lo habían metido preso por tomar alcohol en la vía pública (los policías disfrutaban de obligarnos a atravesar la crisis sin ninguna sustancia paliativa, se ocupaban de que sufriéramos en absoluta sobriedad). En dos semanas de sexo más bien convencional, destruí los pocos recuerdos buenos que tenía de mi adolescencia. Lo disfruté. Me sentí salvaje,

alternativa, profética. No me estaba evadiendo. Me estaba reinventando, solo que había elegido empezar por mi pasado y no por mi futuro. Una vez, el ex rugbier llegó tarde, borracho y con un bolso. No lo dejé ni hablar. Llamé a un taxi y lo devolví a su casa. Esa misma noche, me acosté con un hombre que conocí en la barra de un bar. Lo hicimos en el baño de hombres. Después hubo otros, pero me acuerdo de él porque, mientras me la metía, en vez de decir las cosas que dicen la mayoría de los tipos, gritaba «dale, dale, dale» como si estuviera en un partido de fútbol o se arengara a sí mismo. Cuando se despidió, me dio un librito azul oscuro. Era una Biblia, versión evangelista. Le faltaban varias hojas, que habían sido cortadas con suma prolijidad (supuse que las usaba para armar cigarrillos). «Es lo único que tengo», se disculpó. Se la acepté.

Unos días después, noté que me dolía el pecho al respirar. Además, el sol me molestaba. Puse frazadas en las ventanas y desconecté el teléfono. El televisor estaba siempre encendido. Se había puesto de moda un reality en el que doce extraños convivían en una casa. Los veías bañarse, comer, dormir, pelar una naranja. Todas las cosas que yo había dejado de hacer. A la calle solo salía de noche o cuando se me acababan los cigarrillos. Ahora los compraba de a uno o juntaba colillas en los ceniceros de los bares.

A Blas, que no podía dejar solos a los perros por mucho tiempo, lo visitaba muy de vez en cuando. Le hablaba de cualquier otra cosa. De las lunas de Marte, que en realidad son asteroides, de mi destino fallido, que podría haber rivalizado con el de Juan, el primer y único astronauta de nuestro país, un mono capuchino que solo llegó hasta la mesosfera. Nos reíamos. Él me contaba del joven ajedrecista soviético que iba a los torneos acompañado por un telépata. Era un parapsicólogo que se sentaba entre el público y distraía al oponente enviándole pensamientos sobre cómo había traicionado a su país exiliándose en el extranjero. «Abandone el torneo», le repetía con su mente una y otra vez. También nos reíamos de eso. Del destino de Blas, del de Korchnói y del de toda la Unión Soviética. Salíamos a la noche, con los perros, y nos tirábamos en el pasto. El cielo de los suburbios se veía más puro, de un negro casi cristal. Eso era lo que me había engañado de chica. Eso y que nuestros padres estuvieran desaparecidos. En algún momento, entre la chica que cazaba luciérnagas y la que había aceptado trabajos deprimentes porque «era lo que había que hacer», el cielo había dejado de interesarme.

Pasaron los días. No adelgacé, ni me enfermé ni vino el cuerpo a avisarme

que la vida que llevaba no era ni más feliz ni más sana que la de una oficinista. Me avisaron mis vecinos. Alguien se quejó de mí al consorcio del edificio. Deslizaron una nota por debajo de mi puerta que hablaba de «extraños que iban y venían a altas horas de la noche», de «ruidos molestos» y de «poner en peligro la seguridad de todos». Además, debía tres meses de expensas.

Ni siquiera me enojé. Desconecté el timbre y coloqué una toalla enrollada en el piso, frente a la puerta. Puse el *Álbum blanco* bien bajito, encendí un cigarrillo y me tiré en la alfombra a mirar el techo. Todavía tenía víveres suficientes para resistir en mi cápsula espacial de treinta y seis metros cuadrados por mucho tiempo. Si querían «contactarme», iban a tener que tirar abajo la puerta.

Cuando una lleva días sin salir de la casa, empieza a ver cosas que antes no veía. Es parecido a volver de un coma. No ves la luz al final del túnel, pero tu vida aparece con otra nitidez. Esa tarde, tirada en la alfombra de mi departamento, vi: un grupo de hormigas rojas intentando levantar los restos de una manzana que había debajo del sillón, un corpiño que había quedado atrapado entre dos almohadones, unas hojas con ejercicios de cálculo manchadas de vino tinto, uno de los catálogos de muebles de jardín abierto en una página con un balcón diminuto que decía: «¡Solo falta el sol!», tres tazas sucias, un bol con fideos pegoteados, decenas de colillas de cigarrillos en distintos recipientes. Volví los ojos hacia el cielorraso y descubrí dos rajaduras. En el piso, cerca de la puerta, había una torre de libros de meteorología sostenidos por las *Obras completas* de Jane Austen. Hundi mejor la cabeza en los almohadones y crucé una pierna sobre la otra. Vi los dedos de mi pie derecho, una vieja cicatriz en el empeine, el talón cubierto por una capa fina de polvo y pelusa. Cerré los ojos y los volví a abrir. Vi mis dedos amarillos de nicotina sosteniendo un cigarrillo que parecía no consumirse nunca.

Afuera se escuchaban niños que jugaban a la pelota, hombres que preparaban asados o cortaban el pasto, vecinos que se saludaban de una vereda a la otra. Decían cosas de lo más extraordinarias, como «mañana nos vemos», «es lo que hay» o «siempre que llovió, paró».

Fumé una pitada y retuve el humo en mi pecho todo lo que pude. Estiré una mano y subí al máximo el volumen del disco. Una de las frazadas en la ventana se soltó y un rayo de luz reveló el polvo suspendido que había en la habitación. Las cosas a mi alrededor alcanzaron su punto máximo de nitidez.

Sentí que flotaba como un globo dentro de mí misma.

Alguien empezó a golpear la puerta de mi departamento. Primero con suavidad, después con algo que parecía un pedazo de madera, tal vez una escoba o un bastón. Respiré hondo, apagué el cigarrillo en una taza con restos de café, rodé por la alfombra hasta quedar de cara al piso y, con el disco de Los Beatles todavía sonando a todo volumen, me puse a seguir con el dedo el ejército de hormigas que había debajo del sillón.

En el corazón del bosque

A Ariadna Castellarneau

Una tarde de verano, un padre y una madre abandonaron a su hijo en el bosque. No porque tuvieran siete niños y fueran incapaces de darles de comer. Tampoco porque Audo (que tenía ocho años, era fanático del tenis y prefería las remeras de color azul) fuera una criatura maligna. ¿Acaso había hecho algo terrible? Los padres tenían que admitir que no. Pero igual lo habían obligado a bajar del coche y lo habían visto correr por la ruta, sacudiendo los brazos, su imagen cada vez más chica en el vidrio trasero. El padre aceleró, la madre subió el volumen de la radio y dijo:

–A ver si así aprende.

Los dos sabían que a menos de un kilómetro había un puente por el que podían retomar y volver a buscarlo.

Esa mañana habían salido de la ciudad llena de escuelas, cines, tiendas y servicios de salud por los que ellos habían trabajado todo el año. El padre lo había hecho ingresando datos en una computadora, con los músculos bajo control gracias a un cuello ortopédico que lo ayudaba a mantener la postura y la productividad. La madre trabajaba en un laboratorio donde nadie hablaba para no distraer a las moléculas de las cremas que harían felices a millones de señoras (insatisfechas con ese nombre).

Audo sabía que todo eso era importante. La oficina del gobierno en la que trabajaba el padre era el centro de patentes. A ella iban los idiotas que pensaban que se harían millonarios con una idea. Al menos eso decía el padre, que a veces volvía a casa y hacía una lista de los inventos que había tenido que procesar ese día. Durante la cena, los tres se divertían votando por el más estúpido: el genio de la computación que había creado una aplicación para celulares capaz de producir todo tipo de sonidos de pedos (pedos como lavarropas, pedos como motoneta o mosquito y así); la mujer que había diseñado una frazada colectiva (con mangas y piernas) para que la familia

tipo viera televisión en fraternal armonía desde un único sillón; o el hippie que había patentado la «piedra mascota»: venía en una camita de heno, dentro de una caja de cartón con agujeros para que respirara. El chico la había patentado como la mejor mascota del mundo moderno, la única que garantizaba «una relación libre de fastidios y de absoluta fidelidad».

Una relación libre de fastidios era otra cosa importantísima. Eso también lo sabía Audo. Pero un chico sube a un coche y, por más que haya esperado todo el año ese viaje a las montañas, lo primero que quiere es bajarse. Por más que le digan que faltan unas horas. Por más que el padre le cuente que en su infancia los árboles ocupaban casi toda esa zona pero la ciudad se los había ido tragando y ahora solo quedaba una tercera parte del bosque original. Por más que le hablen de estas y otras cosas, lo que más quiere Audo es bajarse. Sobre todo cuando se acaban las calles, llenas de gente y de carteles divertidos como el de la iglesia («¿Busca un guardavidas? El nuestro camina sobre el agua»), o el del mendigo, que hoy dice: «Mi ex tenía un mejor abogado». En cambio, cuando se llega a la ruta, todo es más de lo mismo: poste-árbol-cartel-teléfono-vaca-poste-cartel y así. Entonces llegan las ganas de hacer pis. O de comer una hamburguesa con queso y no otra cosa. Y hasta la sospecha de haberse olvidado la raqueta; y la amenaza de gritar cada vez más alto si el coche no se detiene para una revisión meticulosa del baúl, del que hay que sacar todos los bolsos y abrirlos para comprobar que los implementos destinados a que el hijo se vuelva un jugador profesional están a salvo junto a Mr. Hyde, el peluche del que Audo no se separa ni una noche, aunque frente a sus compañeros lo niegue.

Pero todas esas distracciones son insuficientes para detener al monstruo, al enorme y odiado monstruo del aburrimiento que se cierne sobre Audo como una nube negra. No. No una nube. Algo peor. Un animal. Una tarántula o, mejor, una cucaracha de otro planeta que tiene el tamaño de un coche y avanza muy rápido con sus seis patas llenas de filamentos, con las que muy pronto va a alcanzar al auto del papá de Audo, que es una porquería y ya habría que ir pensando en cambiar, sobre todo ahora que un monstruo interplanetario está por devorarlo porque se alimenta de fierros y de gente. Por suerte, Audo ha tomado precauciones: en uno de sus bolsillos tiene una bolsa llena de piedras. Las ha ido juntando toda la semana. Algunas negras, otras iridiscentes, todas lisas y suaves y es casi una lástima tener que usar esas criaturas tan sabias y antiguas, tan fieles y tan libres de fastidio como armas contra las cucarachas que corren paralelas al auto en la ruta. Pero las

piedras son criaturas muy comprensivas y allí van, obedientes, a estrellarse contra el caparazón plateado de uno de los insectos, contra la pata de otro, y al fin contra el ojo transparente de un tercero, que se desvía un poco del camino, se recupera y se pone paralelo a la nave desde donde el comandante Audo lo sigue combatiendo. El ser inmundo responde de inmediato con bocinazos hasta que el padre de Audo comprende lo que está pasando y empieza a gritar, grita por encima del ruido de la ruta y de la canción de la radio, pero más fuerte grita la madre, que es mucho más rápida para enumerar todas las cosas llenas de fastidio que Audo ha estado haciendo desde que vino al mundo y por las que, finalmente, le ha llegado la hora de pagar.

Al principio, los padres dijeron que los tres habían bajado a caminar por el bosque para juntar hongos y que Audo se había adelantado y lo habían perdido de vista. Pero cuando los policías empezaron a hacer más preguntas, tuvieron que admitir lo que había pasado: al volver al lugar donde lo habían dejado, el chico ya no estaba. Lo buscaron durante dos horas hasta que no les quedó otra que pedir ayuda.

La noticia se extendió desde el pueblo en el que se habían alojado los padres hasta la capital. La imagen de Audo, sonriente en su uniforme escolar, apareció en todos los canales de televisión junto con los helicópteros, las camionetas y los doscientos bomberos y policías que avanzaban en fila escudriñando el pasto con una delicadeza que nunca antes se había visto en hombres tan severos y que a la madre de Audo le produjo un temblor incontrolable en todo el cuerpo.

–Si sobrevive solo en el bosque, es un milagro

–dijo en un noticiero el famoso alpinista que había subido al Everest siete veces y patrocinaba una barra de cereal de alto contenido proteico.

–Cuatro días es demasiado tiempo –dijo un pediatra que había salvado las vidas de miles de chicos.

–Hay que pensar que el daño emocional va a ser irreversible –dijo una psicóloga que había escrito un libro y andaba desfilando por los programas de televisión en un vestido color fucsia.

Pero ninguno de ellos era el padre o la madre de Audo, así que no podían saber cómo se sentían ellos, que en realidad era lo que todo el mundo hubiera querido preguntar. Por más que los periodistas hicieron esfuerzos por contactarlos, fue imposible obtener una respuesta, porque los padres de Audo estaban en el infierno, que era una habitación de hotel en la que no entraban

ni el aire ni el sol, los teléfonos sonaban a cada rato, el televisor nunca se apagaba, y en la que nadie podía bañarse, comer o dormir porque eso hubiera querido decir que Audo ya estaba muerto.

Cuatro días era en verdad mucho tiempo. Y, por más que fuera verano, en el bosque en el que Audo se había perdido las temperaturas llegaban a los cuatro grados. Además, había osos. Grandes osos color café, que no se parecían en nada a Mr. Hyde, que «al menos lo hubiera hecho sentir acompañado», dijo el padre en voz baja sin animarse a tocar el peluche.

La madre se pasó una mano por el pelo e intentó un suspiro (no una sonrisa, porque también estaban prohibidas). «Audo sabe tratar a los animales», dijo. Se refería a la vez en que un perro callejero se las había ingeniado para robarle uno de sus zapatos. Audo, que entonces tenía cuatro años y estaba esperando a que la madre saliera de una tienda, en lugar de correr o de amenazar al animal, se había quedado sentado razonando con él hasta que se lo había devuelto. Una semana después se enteraron de que el perro había mordido a una chica y había sido sacrificado. El padre ni siquiera tuvo que recordarle ese dato a la madre. Los dos se quedaron callados, mirando por la ventana, como si estuvieran entrenando su fuerza de concentración.

Cuando el auto de sus padres se perdió de vista, Audo miró a su alrededor. La ruta bajaba en una pendiente y después se cerraba en una curva. Dos coches pasaron rápido. Algunos pasajeros lo miraron por las ventanillas pero ninguno se detuvo. Audo apretó los dientes. Otro coche pasó a toda velocidad y dos chicas pelirrojas le hicieron burla desde el vidrio trasero. Audo fingió que estudiaba unas plantas, como si fuera un botánico en busca de un raro espécimen. Un cuarto automóvil se asomó por la cuesta. ¿Qué iba a decir si ese sí se detenía? Se imaginó tratando de contar lo que había pasado y se dio cuenta de que no podía hacerlo. Le daba vergüenza que sus padres lo hubieran abandonado. Así que se metió en el bosque y decidió que se las arreglaría solo. Iría hacia la montaña más alta, que era donde estaba el pueblo al que iban de vacaciones.

Durante los tres días que estuvo caminando, durmiendo en las ramas más anchas de los árboles y tomando agua de los charcos, no lo raptaron las ocas, ni le hablaron las ranas ni lo adoptaron los osos. Pero en el cuarto día de caminata, Audo se encontró con un hombre en el medio del bosque.

Era bajo, pelado y ancho de espaldas. Llevaba jeans negros y una camisa

verde de mangas largas. Estaba agachado, en cuclillas, como si hubiera perdido algo en el suelo.

–Todo el mundo te anda buscando. Los bomberos, la policía, todos. Saliste en la tele y en los diarios –dijo sin mirarlo.

Audo no supo qué decir. Vio que al hombre no se le había perdido nada en el suelo. Había juntado ramitas y troncos y estaba a punto de hacer una hoguera.

–Pero tranquilo que andan por cualquier otro lado. Ni siquiera pasaron el arroyo todavía. No se imaginan que ya caminaste más de quince kilómetros. Un verdadero récord para un chico. Lástima que no llegaste a ninguna parte.

Se suponía que la palabra «récord» era buena. Audo la había escuchado muchas veces. Los récords se rompían y se ganaban en todos los deportes y la gente lo festejaba. Pero en la voz de ese hombre no había ningún festejo.

–Te subestimaron –agregó todavía agachado y sin mirarlo. Con el puño izquierdo trituró unas ramitas y las puso con delicadeza en el hueco que había preparado para la leña–. No es bueno que te subestimen. –Se incorporó y buscó algo en el bolsillo de los jeans, después levantó la vista hacia los árboles–. Para mí que el primero en quemarse va a ser ese ciprés. Ya es viejo, tiene la corteza pelada y seca. Y si ese prende, es cuestión de segundos. Ya vas a ver: todo un espectáculo.

Audo miró el árbol que el hombre había señalado. Era alto y tan grueso que podría haber albergado a cuatro personas en su tronco. Un pedazo de su corteza colgaba en el aire, como una piel desollada, bien cerca del montón de leña que pronto iba a ser una hoguera. Más arriba, las ramas del ciprés se mezclaban con las de otros árboles, más flacos y jóvenes.

El hombre se estiró y arqueó la espalda. Se acercó hasta ponerse al lado de Audo, le apoyó una mano en el hombro y con la otra le dio el encendedor que había sacado del bolsillo. Tenía los dedos sucios de tierra. Recién entonces, Audo pudo verle bien la cara. Su boca era ancha y los ojos negros y chicos.

–Todo tuyo –dijo–. Para que veas que yo no te subestimo.

La verdad es que Audo nunca antes había mirado un árbol. Bueno, sí lo había hecho. Había muchos en la vereda de su barrio, en la plaza, en la escuela, pero hasta ese día todos le habían parecido iguales. Levantó la cabeza hacia el ciprés y esta vez vio que era espléndido. Su tronco se había dividido en secciones, como si el árbol fuera la unión de muchos de su especie. Por ahí se trataba de una criatura extraterrestre. ¿Por qué nadie nunca había pensado que los alienígenas pudieran ser parte del reino vegetal? Tal

vez por eso el hombre quería quemarlo. ¿Que tal si una civilización entera había poblado el planeta y lo observaba en silencio desde hacía milenios? No. No parecía ser el caso. Más probable era que el ciprés estuviera enfermo y hubiera que ayudarlo a morir, como la gente hacía con sus mascotas. O que ya estuviera muerto. Por ahí era un árbol cementerio y cuando otros morían sus espíritus se unían a su tronco y latían para siempre. Debía ser muy viejo. Debía estar en el bosque desde antes que hubiera un bosque. Audo tuvo que admitir que se había quedado sin ideas, así que lo único que se le ocurrió fue preguntar:

–¿Por qué?

El hombre pareció sorprenderse.

–¿Por qué? –inclinó un poco el torso para mirar a Audo a los ojos, como para cerciorarse de que estaba hablando con un ser racional. Su mano derecha todavía estaba sobre su hombro. Se sentía pesada y algo húmeda—. ¿Alguna vez estuviste en un incendio?

Audo negó con la cabeza.

–Es un secreto que nadie quiere que sepas, pero yo te lo voy a decir. –Se pasó las manos por la cara y elevó los ojos al cielo como si buscara inspiración. A Audo le pareció que no encontró mucha, porque en seguida resumió–: Es la cosa más magnífica del mundo.

¿Cómo podía un incendio ser la cosa más magnífica del mundo? Audo pensó en el fuego. El único que conocía de verdad era el de las hornallas. Pero ese era un fuego obediente, que hacía cosas para uno, como café o fideos. También había visto el de los asados. No le llamaba mucho la atención aunque los padres hacían bastante escándalo a su alrededor. Recordó una vez en que el suyo se burló de alguien que usaba alcohol para encender el carbón de la parrilla. Audo había pensado que era porque le daba feo gusto a la carne, pero ahora se le ocurrió que podía haber otra razón. Si un hombre se perdía en el bosque, la montaña o la nieve, debía saber cómo hacer una hoguera para calentarse. A lo mejor era por eso que el que ahora le hablaba pensaba en el fuego como algo magnífico. La criatura a la que se refería no era ni la de las hornallas ni la de los asados. Eso sería como comparar a un perro con un lobo. Se parecían, pero no eran el mismo animal. Por ahí el hombre no quería quemar el árbol sino simplemente liberar al fuego de su vida doméstica, soltarlo en el bosque como quien restituye un animal salvaje. Audo sonrió y levantó la vista hacia el hombre, que seguía mirando el cielo. Iba a decirle lo del lobo porque le parecía una idea de lo más ingeniosa, pero

vio que el hombre apretaba mucho las mandíbulas, como si tuviera que triturar las palabras para poder decirlas. Eso le hizo pensar que no era alguien que valorara las ideas ingeniosas y que era mejor callarse.

–Por eso los ignorantes prohíben los incendios. Tienen miedo de sí mismos, de su propio potencial. Por suerte, yo soy lo suficientemente generoso como para enseñártelo. –Audo sintió que la mano volvía a posarse sobre su hombro.

No, no parecía que el hombre buscara restituir nada. Acababa de decirlo: venía al bosque a mostrar su verdadero potencial. El problema era que Audo no tenía idea de qué podía querer decir eso. Conocía la expresión. La usaba su profesor para hablar de los jugadores que, aunque no eran sobresalientes, podían llegar a ser buenos. Pero estaba claro que el hombre no le estaba hablando de eso. Se refería a otro tipo de «potencial». Ahora la palabra perdió toda familiaridad y se alejó de Audo como un pájaro, llevándose consigo también a «suerte», «ignorante» y varias otras que había creído conocer.

–Vamos –dijo el hombre y deslizó su mano desde el hombro hasta el cuello de Audo. La dejó ahí, sobre su piel, el pulgar gordo y sucio en la base de la nuca, por debajo de la tela de la remera y el resto de los dedos en el costado del cuello. El hombre ya no miraba al cielo, lo miraba a él, con esos ojos negros y duros. Unos ojos que parecían haber acumulado mucho «potencial»–. Después comemos algo por ahí y te llevo a la ruta –agregó.

Audo sintió cómo el miedo, que durante cuatro días se había mantenido agazapado en su estómago y hasta había sabido disfrazarse de hambre o de sed, se desparramó por su cuerpo como un líquido ni bien el hombre terminó de pronunciar esas palabras. «Te llevo a la ruta» eran las peores porque lo transformaban a él, Audo, en algo pequeño y transportable, algo mucho menos resistente que un árbol de mil años. Ya no estaba seguro de entender qué era lo que quería en realidad el hombre. Lo único cierto era que sus dedos seguían en su cuello, eran una presión tibia y húmeda sobre su piel. Lo que fuera a pasarle le pasaría aunque todo el bosque ardiera, concluyó Audo, así que, con mucha calma, como si estuviera rechazando una invitación a una fiesta, dijo:

–No, gracias –y al mismo tiempo tiró el encendedor al suelo, metió la mano en el bolsillo, sacó la bolsa llena de piedras y golpeó al hombre en la sien.

No se paró a ver el resultado del golpe. Oyó las pisadas que intentaban

perseguirlo pero resbalaban en la arenilla, después un insulto o un grito y el ruido del cuerpo que tropezaba.

No corrió en dirección a la montaña sino hacia donde el hombre había señalado el arroyo. Corrió durante horas. Aunque no había senderos y las ramas le arañaban la cara, casi no se detuvo. Corrió con la fuerza ciega, sorda y muda de sus músculos, que a cada paso se deshacían de las palabras en su cabeza. Siguió corriendo incluso aunque sabía que el hombre ya no lo perseguía. Al anochecer llegó a un cobertizo abandonado, donde pasó la noche abrigado entre dos colchones y vigilando la puerta. Tres bomberos lo encontraron a la mañana siguiente.

Cuando ese mismo día en el hospital Audo se reencontró con sus padres, quiso decirles que no se rieran del chico de la piedra mascota porque no era ningún tonto y que daba lo mismo si alguien usaba alcohol para hacer un asado, jugaba a tirarles piedras a los coches o creía que iba a volverse millonario con una idea porque, total, en el corazón del bosque había un hombre que quemaba árboles solo para verlos arder. Pero al mirarlos a los ojos, Audo se dio cuenta de que, aunque sus padres habían estado en el infierno, no tenían la más mínima idea de todo eso. Y tuvo lástima de ellos; pero una lástima lejana, desentendida, porque para el lugar en el que él había estado no había ningún nombre y por eso se quedó callado, mientras sus padres le seguían preguntando por los osos, por el hambre, por el frío y lo miraban como si él fuera un dios o un animal nuevo, no el ser al que solían llamar «hijo».

La sombra de los animales

A los doce años, un chico al que llamaré Alex, porque quiero preservar su nombre, empezó a oír voces. Por suerte, no eran las de Cristo o el Demonio, que son las que escuchan casi todos los asesinos. Las de Alex estaban llenas de dulzura y terror. No hablaban en ningún idioma conocido, pero tampoco les hacía falta: se comunicaban perfectamente con él, que pasaba las noches en vela, tendido en la cama, escuchando. Y lo que sentía era tan fuerte que su cuerpo se endurecía, sus ojos miraban el cielorraso de la pieza sin atreverse a pestañar y el corazón le latía despacio, como si fuera a detenerse. En las mañanas, sus padres se encontraban con un chico ojeroso, malhumorado, que ni siquiera recordaba cómo atarse los cordones y se preguntaban qué podía estar pasándole. Hasta que un día lo supieron.

Iban los tres en el coche a visitar a unos amigos. En una parada para cargar nafta, Alex se acercó al alambrado de un campo donde había vacas pastando. Se sentó en el suelo y la sombra de una de ellas se proyectó sobre su cuerpo. Cuando sus padres lo encontraron, estaba tendido sobre su lado izquierdo, con la cabeza, los brazos y las piernas siguiendo la figura negra del animal sobre el pasto. Había hecho un gran trabajo, aunque era demasiado chico como para coincidir con el contorno entero de la vaca, que seguía masticando y mirando al horizonte.

El padre, que se consideraba un hombre práctico porque no dejaba la canilla abierta mientras se afeitaba y no creía en ninguna de esas mierdas new age sobre los niños índigos, lo agarró del brazo y lo sacudió hasta que logró ponerlo de pie.

–Es que así se oye mejor –protestó Alex con una sonrisa que esa misma noche los padres debatieron largo rato.

¿No parecía la de un idiota? ¿O por lo menos la de alguien fumado?, insistió el padre, tratando de recordar cómo era su cara cuando todavía iba a fiestas y fumaba marihuana. Pero en esas ocasiones no se había mirado al espejo, así que no podía decir si su expresión se había parecido alguna vez a la de su hijo.

Cuando lo analizaron unos años después, los padres tuvieron que admitir

que las señales estaban ahí, solo que ellos no habían sabido leerlas. A Alex le empezó a ir mal en la escuela. Cada vez dormía menos y desarrolló una torpeza inaudita. Caminaba como si no tuviera noción del espacio que ocupaba su cuerpo. Se chocaba con todo lo que había a su paso. Le aparecían moretones en las piernas, en los brazos, en el pecho. Desde aquel día de la vaca en la ruta, los padres ya no podían llevarlo a ningún lado sin arriesgarse a alguna escena incómoda. En ese almuerzo en la casa de los amigos, Alex se había declarado vegetariano:

–No pienso comer ninguna cosa que haya tenido un padre y una madre
–había dicho levantando la vista de su plato de pollo.

El padre suspiró y rebuscó en su árbol genealógico lleno de gente práctica e industriosa. No. No había ninguna explicación genética para ese chico que hablaba con tonito molesto y sermoneador y que seguro iba camino a transformarse en alguien de lo más inútil.

La madre, que estaba dispuesta a creer cualquier cosa menos que su hijo tuviera un desequilibrio mental, usó todos los argumentos que pudo. Palabras como «déficit de atención» y «sensibilidad» planearon sin mucha convicción por sus frases, porque en el fondo sabía que esa vez en el campo, detrás del largo flequillo que los ocultaba, los ojos de su hijo la habían mirado como si no la conocieran.

Alex repitió lo de la sombra con el perro de un vecino, dos conejos en la vidriera de una tienda de mascotas y un caballo de alquiler. Los conejos fueron difíciles. Tuvo que ponerse en cuclillas y cerrarse por completo sobre sí mismo para que la sombra de los animales lo alcanzara a través del vidrio. Cuando salió de su trance, lo rodeaban más de quince personas. Algunas hasta se habían animado a sacudirlo antes de que su madre cruzara la calle y lograra meterlo en el coche.

Después de eso lo llevaron al médico. Ahí cometió su primer y único error: decir la verdad. Que cuando entraba en la sombra de un animal oía la voz de su sufrimiento. Y que por las noches el aire traía la música que hacían todas las bestias del mundo. En especial, la que hacían los millones de vacas, cerdos y pollos que estaban siendo concebidos, encerrados y alimentados para la muerte en ese mismo momento.

–¿Acaso no somos todos nosotros concebidos para la muerte? –preguntó el médico, que seguro había tomado un curso optativo de filosofía en los primeros años de su carrera.

–Sí, pero ni usted ni yo somos obligados a dormir o a cagar parados ni a

permanecer toda la vida en una jaula sin luz solar –contestó Alex con calma, porque ya se había resignado a no poder transmitir lo que las voces decían y a conformarse con la brutalidad que el lenguaje humano le dejaba.

El médico le recetó un ansiolítico. A Alex le fue mejor en la escuela pero seguía sin dormir, chocándose con muebles y personas. Los padres consultaron con otros especialistas. Hubo uno que atendía en una casa rodante, vestido con una túnica de colores, y otro que se jactaba de ser «médico rural» y de no prescribir medicamentos. Ninguno logró que Alex dejara de perseguir la sombra de los animales. Siguió haciéndolo, hasta que a los dieciséis tuvo «el episodio» y lo mandaron a una casa especial para jóvenes trastornados, en un bosque de casuarinas y eucaliptus, cerca del río, donde yo lo conocí y supe estas cosas, las que él había vivido, imaginado y sentido desde esa primera noche, cuando tenía doce años.

Alex estuvo solo cuatro días en la casa. Era el más joven de nosotros. Le llevábamos al menos cinco años de consultorios, diarios íntimos y tratamientos. Cuando llegó, hacía tres días que yo estaba internada. No porque escuchara voces o tuviera en el cuerpo moretones de origen desconocido. No había hecho nada especial, excepto tomarme muy despacio una botella de whisky, sentada en el piso de la cocina, escuchando Radiohead a todo volumen, con las ventanas cerradas y el gas abierto.

Todos los que estamos en la casa pasamos por «el episodio». Así le dicen los terapeutas. Como si estuvieran hablando de una serie de televisión. El «episodio» en el que Superman salta de un octavo piso, rebota en un toldo y se estrella contra el asfalto mientras sus padres cenan solos en la habitación contigua; en el que Batman acelera en una curva y apunta directamente al árbol en el que cuando era chico se escondía de las palizas de su viejo. O, el mío, en el que la imbécil de Karen rompe un vidrio de la ventana porque ya me llamó diecisiete veces y no la atendí y el día anterior me vio robar una botella de whisky y se preocupó, pero no dijo nada porque «ya se sabía que Drusilla estaba deprimida». Y resultó que Karen no solo sabía eso sino un montón de cosas más que se ocupó de contarles con detalle a mi mamá, a los vecinos y a la policía.

Lo de los superhéroes es un chiste malo que uso para no hablar de nosotros. Alguien me dijo una vez que hay que cuidar el nombre porque ahí está todo: lo que hiciste y lo que vas a hacer. Se supone que es lo último que elige el alma al nacer (antes eligió el país, la familia, la clase social y las

pruebas que va a enfrentar en la vida). Así que nadie, mucho menos la pareja que te engendró, tiene el poder de nombrarte. El poder es todo tuyo, me explicó esta persona, que creía en la reencarnación, en los cristales sanadores y en que su destino estaba escrito en las estrellas.

Yo, en cambio, no creía en esas cosas. Ni siquiera me interesaban. Pero entonces no sabía que un día iba a volver de la muerte. Si elegí esa prueba antes de nacer, se ve que no la planeé con mucha entrega. Por eso me puse Drusilla: aunque poca gente lo sabe, era el nombre de la hermana menor de la Mujer Maravilla, la que siempre la conducía a una trampa o lo estaba arruinando todo. Lo elegí porque, igual que ese nombre, el gas es un método de segunda. De primera son los revólveres, las navajas, los coches a máxima velocidad; los que requieren verdadero valor. Tomar pastillas o respirar monóxido también son métodos de segunda. Además de fáciles, son lentos y dejan un amplio margen de tiempo para que una compañera se transforme en heroína y tu nombre termine en boca de todos, despojado de su forma, gastado como un traje, inútil.

Uno de los psiquiatras que nos atiende dice que buscarse un alias es otro síntoma de desequilibrio. Yo pensaba que entender la ironía era un requisito para estudiar psiquiatría, pero parece que no. Prefiero a la psicóloga joven. Al menos tiene sentido del humor. En una de las sesiones grupales, nos preguntó si nos arrepentíamos de algo. Estaba claro a qué se refería. Yo fui la única que dije que sí.

–¿De qué? –preguntó con un tono de esperanza en la voz.

–De Radiohead –contesté–. Demasiado cliché. Si lo volviera a hacer, pondría «La bamba» o alguna otra canción de aberrante alegría, de esas que la gente escucha en las fiestas o en la playa.

Todos menos Alex se rieron. Creo que todavía le dolía hacerlo. Era su primera sesión. Una sola mancha morada, amarilla y verde le cubría el lado derecho de la cara desde la boca hasta la frente. Ya le habían sacado los yesos, pero todavía tenía la piel de un brazo más blanca que la del otro. Estaba inclinado hacia adelante, los codos apoyados en las piernas y las manos una dentro de la otra, encerradas en un solo puño. Miraba el piso y las apretaba con tanta fuerza que le sobresalían mucho los nudillos. Se veían de un rosado casi translúcido. Eso fue lo primero que pensé. Que ese chico alto y flaco, con la cara destrozada, vestido con jeans y una camisa roja remangada hasta los codos, tenía los nudillos más hermosos que había visto en mi vida.

Aunque Alex era el único de nosotros con poderes especiales, no se me ocurrió ningún superhéroe para nombrarlo. Además, técnicamente no intentó matarse. Se metió en un campo en el que pastaban unos cuantos toros y vacas que parecían inofensivos. Pero se equivocó. Eran ejemplares de una raza que crearon los nazis con fines recreativos: habían tenido la idea de revivir a los uros salvajes y poblar los bosques de Alemania para después salir a cazarlos. La cuestión es que había varios de ellos en ese campo. Al menos dos de los machos dejaron en claro que no estaban interesados en que Alex se acurrucara en su sombra para oír su sufrimiento. Uno lo embistió y, aunque no le dio de lleno con los cuernos, lo dejó tirado en el piso. El otro le pasó por encima. Los demás, incluidas algunas hembras, lo siguieron.

Los médicos que evaluaron el caso calificaron el comportamiento de Alex como «esquizoide y suicida», lo cual, seguro, fue un alivio para sus padres, porque eso les dio permiso para depositarlo en esta casa en medio de un bosque, a la que los curiosos no llegan preguntando porque pocos saben de su existencia y el lugar es casi inaccesible.

A esta clínica solo llegan los que tienen plata y ya agotaron todo lo demás. Es una casa antigua, en la que no hay sábanas, ni cordones, ni elementos cortantes, ni nada que ponga en peligro nuestras vidas. Dormimos sobre colchones pelados, en bolsas de dormir que sería imposible usar como sogas. Usamos zuecos blancos, iguales a los de los enfermeros, y nos dan todas las comidas en platos, vasos y cubiertos de plástico. Puro glamour, excepto por las pastillas, que son lo mejor.

La única regla de la casa es que nadie puede irse sin un «cierre». Así le dicen. Hay que avisar que estás lista para partir y hacer una especie de discurso de despedida contando «tu proceso». Como la internación es más o menos voluntaria, la regla tiene sentido. A menos que seas menor, como Alex. Entonces, depende de tus padres. Entonces, cabe la posibilidad de que no haya nada que cerrar.

Al principio, Alex no hablaba con nadie. Ni siquiera conmigo. Se limitaba a tirar datos en voz grave, de autómatas. Si alguien le preguntaba «¿cómo estás?» o «¿no te vas a comer esa medialuna?», te miraba con ojos vacíos, azules como de líquido para limpiar vidrio, y te contestaba cosas como «el año pasado el número de animales de granja en Estados Unidos superó al de los humanos en el planeta», o te contaba cómo los pollos de criadero quedan paráliticos o mueren aplastados por su propio peso por culpa de las hormonas de crecimiento. A los dos días, ya nadie quería hablar con él. Era peor que los

que tienen delirio religioso o los que juran que los extraterrestres se comunican con ellos por la radio, el televisor o el microondas.

Era peor porque lo de Alex era la pura verdad.

Hacía tres días que Alex estaba en la casa, cuando la psicóloga joven anunció que Rita Lù vendría para hablarnos de sus cuentos. Es parte de la terapia: la trampa del arte. Consiste en alternar las pastillas con clases de pintura, música o fotografía para ver si con eso pescan algo de lo que pasa en nuestros inconscientes. Como si nuestros secretos fueran a quedar atrapados, igual que mariposas, en un collage. O en la melodía que se repite en nuestras cabezas y que ellos esperan que podamos tocar con solo unas horas de práctica en algún instrumento.

Había llovido mucho la tarde en que Rita Lù llegó a la casa. Uno de los médicos fue a buscarla en coche a la estación de tren y en el camino casi se quedaron encajados en el barro. Una luz blanca y pura se filtraba entre las agujas de las casuarinas cuando el auto se detuvo frente a la puerta de entrada. Todos sabíamos quién era Rita Lù, así que la estábamos esperando. Su llegada generó tantos nervios como si un miembro lejano y peligroso de nuestras familias hubiera decidido venir a visitarnos.

Rita Lù escribe cuentos de terror. No hay chico que no los haya leído o escuchado. La persona que creía en la reencarnación y en la potencia de los nombres los adoraba. Yo también. Unas vacaciones nos olvidamos uno de sus libros en una casa alquilada y nos dormimos los días siguientes contándonos los detalles de los cuentos para asegurarnos de que quedaran en nuestra memoria. Mi favorito era el de la chica que elegía de marido a un perro porque ninguno de los hombres de su aldea estaba a su altura. El día del casamiento, los varones se juntaban en la plaza y la mataban a pedrazos. Ni el perro podía salvarla. Huía al bosque, donde se concentraba en transformar sus heridas en ferocidad. Con los años, se convertía en un monstruo legendario que entraba a las casas y se robaba a los niños varones de sus cunas.

La psicóloga joven creía que la mujer que escribía esas historias podría agarrar a un grupo de chicos esquizoides, bipolares o simplemente deprimidos y ayudarlos a transformar su desesperación en historias que todo el mundo pudiera entender. Pero hubo algo que ni ella ni el psiquiatra sin sentido del humor tuvieron en cuenta: Rita Lù es ciega. Eso lo sabíamos todos, lo que no sabíamos es que no se separa nunca de su perro lazarillo, un

labrador dorado que entró al salón moviendo la cabeza con la indiferencia de quien conoce bien su oficio pero no se da ínfulas. Unos pasos atrás, venía ella con la correa en la mano. Iba vestida con una pollera negra, de la que apenas asomaban las puntas de unas botas de montar, todo a tono con su suéter y, supongo, con su negra manera de ver el mundo. Sus únicos adornos eran una cadena plateada con un medallón y su largo y grueso pelo blanco, que llevaba suelto, con las puntas desgajadas y abiertas a la altura del pecho. Al entrar, se acomodó en el sillón que le habían designado y dijo con sencillez:

–Hola. Soy Rita Lù. Este es Recimir.

Tuve un escalofrío. No porque de pronto recordara que Recimir era el perro que la chica del cuento elegía como marido, sino porque Alex, que estaba sentado a mi lado, se puso de pie y se quedó mirando fijo el aire que había entre él y la escritora. Los demás, sentados en círculo, no le prestaron mucha atención. Seguro esperaban que empezara con su perorata ecológica. Pero eso no pasó. Lo que pasó fue que el labrador levantó la cabeza y la sostuvo erguida unos segundos. Después, bajó de la tarima de un salto, corrió hacia Alex, se sentó frente a él y se puso a llorar. Con esto quiero decir que lloró no como lo hacen los perros domésticos, con gemidos entrecortados o hipos destinados a obtener la simpatía de sus dueños. Lo que escuchamos fue algo mucho más primario y definitivo. Un aullido largo, que se extinguía en su propia angustia y volvía a empezar.

Por un rato nadie hizo nada. Yo estaba tan cerca de Recimir, que podía sentir su aliento tibio y su olor a animal mezclado con la lluvia. Rita Lù tenía los brazos apoyados a cada lado del sillón. Su cara morena, sin una sola arruga, no revelaba en nada sus pensamientos. Entonces Alex cerró los ojos y se sentó, pero no en su silla sino en el piso, junto al perro. Se encogió sobre sí mismo de tal forma que Recimir hubiera podido cubrirlo por completo con su cuerpo si hubiera querido. No lo hizo, pero sí dejó de aullar.

–Ahora que de verdad nos conocemos, podemos empezar –oímos que decía Rita Lù.

Supongo que la frase estaba destinada a aligerar la tensión que flotaba en el aire. Pero mientras ella hablaba de cómo su abuela le había salvado la vida al esconderla en una vasija, a mí no se me aligeró nada. Porque oí que Alex, con la cabeza entre las piernas y el perro acurrucado a su lado, hablaba.

Dijo dos o tres cosas. Entre ellas, un plan. Y mi nombre. El verdadero. Y supe que el poder no era, ni había sido, ni iba a ser nunca todo mío. En cambio, el dolor sí. Que por más que creyera en la reencarnación, en las

estrellas o en las piedras sanadoras, un día mi hermana se levantó con dolor de cabeza, desayunamos juntas tostadas con manteca y, a las dos horas, estaba muerta. Mientras corría por el parque, un quiste que llevaba toda la vida en su cerebro haciendo tic tac como una bomba de tiempo decidió que ya había esperado lo suficiente y explotó.

Mi hermana se llamaba Larisa. Cuando éramos chicas, dormíamos en la misma pieza, en camas marineras. Antes de cerrar los ojos, ella me preguntaba: «Ana, ¿te puedo llamar a la noche?». Porque aunque era la más grande, ella tampoco quería despertar a mamá si le dolía la cabeza, la panza, el pecho o cualquier otra cosa. Sabíamos que la noche era un lugar peligroso, en el que las madres pierden su dominio y su contorno. Por eso nos dábamos permiso para despertarnos la una a la otra, para que pudiera haber sombras en la ventana, hombres en nuestros sueños, monstruos en la pila de ropa sucia o el placar.

Mi hermana se llamaba Larisa. Corría por el parque todos los días. De vez en cuando le dolía la cabeza, pero nadie pensó que eso era un síntoma de nada. Cuando éramos todavía más chicas, yo era su muñeca. Me pintaba y me arreglaba como si fuera una modelo. Yo desfilaba por una pasarela que habíamos hecho con un tablón en el patio. Al terminar, hacía una reverencia, abriendo la pollera del vestido como había visto hacer a las mujeres en la tele. Larisa aplaudía y sonreía, y yo pensaba que eso era la vida.

Pero la vida no es eso.

Mientras Alex me hablaba, esa tarde de lluvia, hice algo que, estoy segura, ni sus padres habían hecho antes en esas ocasiones: puse mi mano en su pelo y la dejé ahí un rato largo. Rita Lù seguía hablando de su abuela y de cómo a los ocho años, escondida en una vasija, oyendo a los hombres que destrozaban la casa de su familia, ella había escrito su primera historia, la de un viejo que creaba a un niño de barro que todos los días se moría y volvía a nacer.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, ni si Rita Lù se dio cuenta de que ella había sido parte de todo. Quise preguntárselo esa misma noche pero no me animé. Tuve miedo de arruinarlo. Porque lo que sentí mientras mi mano acariciaba la cabeza de ese chico tan raro fue que él, ella, el perro y yo formábamos una entidad transitoria y frágil pero más cierta que las paredes que nos rodeaban.

Afuera se estaba haciendo de noche y había vuelto a llover. Rita Lù terminó de hablar y nadie se movió. El salón estaba en sombras. Dos

asistentes vinieron a buscarnos para la cena. Rita Lù se retiró a su cuarto en el ala de los terapeutas. Habían decidido que se quedara a pasar la noche porque los caminos estaban muy malos. Parecía agotada. Ni bien se levantó del sillón, Recimir la siguió sin siquiera volverse a mirar a Alex, que no se movió, hasta que yo lo agarré del brazo y lo obligué a ir al comedor. Mientras cenábamos, volvió a ser el mismo de antes. No levantó la vista de su plato. Pero de vez en cuando sonreía.

Después de comer, cuando nos habíamos retirado a nuestros cuartos, junté toda la plata que tenía y la puse en una bolsa de plástico junto con un suéter que me iba grande. Seguía lloviendo, pero era una lluvia fina y silenciosa. En lugar de cruzar el patio, rodeé la casa por el lado de afuera y fui hasta la ventana de Alex.

Ninguna de las ventanas de la casa tiene rejas, así que eso no era un problema. El problema era el portón de hierro del fondo. Es liso y tiene más de dos metros de altura, igual que las paredes que rodean el perímetro. No es un esfuerzo de seguridad muy serio. Todo en la casa parece haber sido diseñado para mostrar que hay cierto empeño en dificultar una huida, pero no tanto. Sea como sea, Alex iba a necesitar mi ayuda para treparlo.

Golpeé con suavidad la ventana. Él me estaba esperando. La abrió y saltó tratando de no embarrarse. Le di la bolsa de plástico, que puso en su mochila con el resto de sus cosas. Caminamos por el bosque, pisando las agujas mojadas de los árboles sin hacer ruido. Llegamos al portón. Apenas podíamos vernos las caras. Me afirmé en el barro y me incliné un poco hacia adelante para hacer un punto de apoyo para Alex. Antes de poner su pie en mi espalda, miró a su alrededor, sonrió y me dijo que tuviera cuidado.

–Este lugar está lleno de locos –agregó, y su risa cortó la noche y la lluvia. Sentí su pie hundiéndose en mi espalda, el peso de su cuerpo izándose sobre el mío y el ruido que hizo al deslizarse por el portón hasta caer del otro lado. Un poco más allá, se oían los coches en la ruta que va al sur. Espero que haya llegado lejos. Bien lejos.

Cuando me di vuelta para volver a la casa, sentí la mano de Rita Lù en mi hombro. Había estado ahí todo el tiempo, recostada en un árbol, sola, bajo la lluvia. Su pelo estaba empapado.

–Bien –dijo, mientras atravesábamos juntas el bosque–. Ahora hagamos lo posible por contar lo que acaba de pasar.

Y eso es exactamente lo que hice.

La preciosa salvaje

A Mariano Ducrós

En el principio fue el «no». Y el «no» la seguía como un perro por todas partes. O quizás sea más exacto decir que el perro la acompañaba en la oscuridad de su cuarto, en el que había una cama, una silla y un televisor. Porque mientras Amelia estuvo con ella, Leila no salió del departamento cuatro de la calle Evaline más que unas pocas veces.

El televisor fue su salvación. De él salían palabras. Ni muchas ni buenas. Pero Leila podía intentar repetir las. Eran mejores que las de Amelia, que solo usaba tres: «retardada», «desgracia» y, por supuesto, «no». Leila había aprendido a adivinar su estado de ánimo a partir de ese vocabulario: «desgracia» era el sol, «no» ya indicaba problemas y «retardada» avisaba que lo mejor era esconderse debajo de la cama o en cualquier lugar fuera del alcance de su madre, que pasaba el día en la sala frente a otro televisor, acariciando a alguno de los trece gatos con los que vivían.

A veces el perro hablaba. Le decía qué hacer en un lenguaje que solo Leila comprendía. La mayoría de la gente imagina al «no» como al silencio: blanco o negro. Pero para ella era un animal gris, de dientes húmedos y filosos, y ojos que se parecían al petróleo o a la mancha de nafta que ella había lamido una tarde en el estacionamiento pensando que tendría gusto a caramelo.

Leila prefería que el perro hablara. Porque el silencio la desorientaba, la metía en problemas. Como ese mediodía en el que descubrió a su madre dormida en el sillón con la boca abierta, rodeada de latas de cerveza y bolsas de snacks, y sintió que debía sentarse a su lado. Trepas la montaña grasosa de los almohadones fue difícil pero lo logró al tercer intento. Tuvo que negociar con Devilia –la gata de tres colores y un párpado caído– el hueco entre el brazo de Amelia y su pecho arrugado.

Leila había aprendido a moverse como Devilia, Blair, Terrible y Bones. Eran los especiales, los que dormían con ella y compartían su comida.

También le gustaba esconderse en los cajones y en los rincones como ellos. Incluso imitaba lo que decían, pero nunca había ganado agilidad para saltar al refrigerador o a las alacenas ni había tenido motivos para ronronear o relamerse como ellos. Quizás había llegado el día en que algo de eso ocurriría. Como el «perro del no» seguía callado, Leila se acomodó un poco mejor entre la gata y el cuerpo de su madre.

Pasaron minutos, tal vez horas. Leila se fue hundiendo en el cuerpo de Amelia, las piernas flojas y los brazos abandonados al sueño, que era como una corriente, un retorno a un líquido oscuro y familiar.

La despertó el frío del pis en los almohadones. Y los gritos y las sacudidas de Amelia, que primero la arrojó contra el respaldo y después contra el brazo del sillón. Leila entendió que había ocurrido una desgracia. Devilia salió disparada hacia la cocina, donde Blair ya había encontrado refugio en la estantería de las cosas para la limpieza. Amelia, en el medio de la sala, giraba sobre sí misma y trataba de secar su camiseta con una toalla en un largo grito entrecortado. Después, todo pareció calmarse. Amelia sonrió. Pero sin los dientes, más bien con el cuerpo entero, perdido en esos jeans que le iban enormes, igual que la piel, que hacía rato se había desplomado sobre sí misma, seca y amarronada después de tantos años de sol. Así, con toda esa piel que por un segundo pareció recuperar el colágeno perdido, Amelia sonrió, fue hasta la cocina y buscó algo en un cajón. Reapareció con un tubo de pegamento, todavía ensayando alguna palabra. Arrancó a Leila del sillón y la arrastró hasta el dormitorio. Con cuidado de actuar rápido y de cubrir muy bien el contorno de los dedos y las palmas con material extra, pegó las manos de su hija a la pared, exactamente debajo de la única ventana que había en el cuarto.

Después, manoteó las llaves y enfiló hacia la tienda de la esquina, donde pasó el resto de la tarde charlando y bebiendo con los dueños.

Si Amelia hubiera elegido cualquier otra pared, la historia de Leila hubiera sido diferente. Porque unos minutos después, los hijos de la señora Fitzsimmons salieron a jugar al patio compartido, para lo cual tuvieron que pasar frente a la ventana del número cuatro. Era común que Molly, la mayor, se sentara a leer al sol y llevara golosinas, que compartía con Leila. Era ella la que le había enseñado el resto de las palabras que sabía: tele, niña y chocolate (esta última le había tomado meses de ensayo y error).

Ese día, Molly no llevaba más que una pelota y un cansancio prematuro en la comisura de los labios, producto del cuidado constante de sus dos

hermanos menores y de la decisión (meditada durante las noches en las que oía los ruidos que hacían sus padres en el otro cuarto) de no tener hijos nunca en su vida.

Pero a Molly le gustaba Leila: a diferencia de sus hermanos, jamás corría, gritaba o saltaba, aunque una vez había intentado morder a uno de ellos. Gateaba hasta la ventana y se afinaba para pasar entre las rejas y sentarse a su lado al sol. Nunca la había visto llorar. Por eso la sorprendió verla tan concentrada, con una lágrima seria resbalándole por la mejilla mientras se balanceaba como un muñeco en lo que parecía un intento por derribar la pared en la que se apoyaba.

A Molly le bastó una mirada para entender lo que estaba pasando. Dejó a sus hermanos vigilando a la niña, corrió hasta su casa y, sin alertar a su madre, llamó a la policía.

Cuando los oficiales llegaron al departamento número cuatro de la calle Evaline, Leila ya había logrado despegarse de la pared. Le sangraban un poco las manos y, sentada en el piso, maullaba junto a Blair y Terrible, que daban vueltas frenéticas a su lado.

Cuidadosamente ubicado en su rincón, el «perro del no» lo observaba todo sin decir nada.

La noticia salió en la sección de policiales del diario local porque a Amelia la sentenciaron a ochenta años de prisión, algo que jamás se había oído en casos de maltrato infantil. Su buena conducta –el vocabulario trídico con el que seguía juzgando al mundo confundía a los oficiales encargados de evaluar su caso– le consiguió un tiempo de libertad condicional que invirtió en un viaje embrutecido por distintas ciudades. Drogas y escupitajos en la cara de un policía la devolvieron a una cárcel en el oeste. Su compañera de celda, una vieja que decía ser descendiente de yaquis y miembro cofundador del grupo de Manson, la inició en el consumo de un alucinógeno extraído del veneno de los sapos de la zona. Varios años después, Amelia Ott se convirtió en la líder de un culto religioso: la Iglesia de la Luz Natural de los Alvarios de Sonora.

Era cierto que Frieda Cristina cumplía una condena por haber participado en un asalto seguido de muerte, pero el grupo con el que había entrado a la casa de la familia Roberts no era el de Manson, sino una rama desconocida y quizás más desquiciada de la Familia que había llevado al extremo la idea de la invisibilidad. Era en ese aspecto que Frieda Cristina –por entonces ya una

mujer madura, morena, de largo pelo negro, que usaba anteojos oscuros y pamelas de color blanco– se había vuelto una pieza imprescindible para la Hermandad que luego sería rebautizada como Iglesia.

–Un montón de chicos con plata que estaban dispuestos a hacer cualquier cosa para divertirse –sentenciaba Frieda sentada en el piso de la celda, moviendo la cabeza de un lado a otro, como si negando confirmara lo que acababa de decir.

Su participación en el crimen se había limitado a la provisión de dos de sus criaturas: Tonatiuh y Rafael. Ni siquiera había entrado a la casa de los Roberts. Había esperado en el auto, hundida en la bufotenina. Su error había sido creer que ese montón de chicos podía entender algo del Mundo Natural: no bastaba con correr el velo de la ideología para reemplazarlo por otro, había que animarse a detener el corazón, volver a ser uno con la charca, la oruga y el canto, incluso con esa gota de lluvia que resbalaba por las hojas y tardaba una infinidad en caer al estanque, donde se transformaba en ondas de un alma más vieja y más grande. Solo así se volvía una verdaderamente invisible. La máxima invisibilidad no era la del animal sino la de las notas que salían de su garganta, explicaba Frieda Cristina con voz grave. Había que lograr ser invisible como el canto.

–Seguro –respondía Amelia desde su catre, anotándolo todo en un cuaderno–. ¿Y qué pasa después?

Frieda no solo le explicó los pasos a seguir para lograr ser invisible, sino que a los pocos meses, cuando murió de un ataque al corazón, le dejó los *Bufo alvarius* –Monseñor y Don Juan– que había logrado meter en la cárcel luego de años de amistad con una de las guardias.

Lo que Amelia aprendió de Frieda le alcanzó para transformarse en una modesta leyenda. A diferencia de la vieja, que malgastaba su talento en curar o consolar a las reclusas, ella lo concentró en el atontamiento animal y en el perfeccionamiento de la técnica de extracción, conservación y venta de los venenos que los sapos guardaban en su piel. Que las otras creyeran en su poder para conectarse con el Alma Natural no estaba en sus cálculos, aunque supo aprovecharlo rápido. Si de algo entendía Amelia era de aturdimiento: sus años en libertad habían sido un mágico pasar entre el ruido de la televisión, los ciclos más elementales del cuerpo y cualquier sustancia que la mantuviera alejada de esa insistencia del mundo que la gente llamaba vida.

La educación que le faltaba para completar su metamorfosis la obtuvo de la biblioteca de Frieda Cristina, que entre *Las puertas de la percepción*, *Los*

anuros celestiales y otros libros le proporcionó algo de la filosofía con la que luego llenaría panfletos y pueblos de provincia. En vez de ocultar la razón número uno por la que estaba presa, Amelia se dedicó a transformar su fracaso como madre y ser humano en un elemento más de esa filosofía. ¿Cómo nadie había pensado antes en una Iglesia que contemplara lo que otras consideraban crímenes y pecados como obras de la naturaleza animal? Era inevitable que un culto de ese tipo floreciera en la cárcel, donde parricidas, estafadoras y ladronas se apresuraron a rechazar «el sistema parasitario de los lazos filiales prescriptos con el único propósito de ahogar la luz verdadera» y a formar el primer círculo de seguidoras de la Familia Natural, que ahora las recibía de vuelta en su seno.

Pero el culto también floreció en lugares inesperados. Al poco tiempo de haber creado ese grupo dentro de la prisión, Amelia recibió una carta de Joel Taylor, un joven estudiante de filosofía que trabajaba sobre una teoría de la plenitud perceptiva. Joel consideraba que los animales eran superiores a los humanos, pues vivían en un sublime torpor al que los seres racionales solo podían llegar por medios artificiales. Las cartas fueron y vinieron. Amelia se limitaba a citar pedazos de los textos de Huxley y Leary. También de los monólogos de Frieda Cristina bajo los efectos de la bufotenina, a los que había hecho transcribir y había convertido (con algo de inventiva y mucho de esa ingenuidad de algunos analfabetos que pasa fácilmente por sabiduría) en el texto dogmático de la Orden. Al año siguiente, Joel abandonó la universidad y se dedicó a conseguir fondos para la creación de la primera sede de la Iglesia de la Luz Natural, cuyos fieles empezaron a extenderse como una mancha por distintas ciudades.

Desde la cárcel, Amelia llevó el culto a nuevos niveles de crudeza. Una de sus innovaciones fue una ceremonia en la que el aspirante lamía el veneno directamente de la piel del sapo para restablecer el vínculo perdido con la naturaleza (ella lo llamaba la restauración del «cordón verde»). Todo, por supuesto, se hacía con el mayor secreto y con la complicidad de la guardia de seguridad devota de Frieda Cristina, una de las primeras adeptas al culto. Amelia también estratificó la Iglesia en un complejo sistema de grados y polaridades que, en definitiva, solo servía para dividir a sus fieles. Pero, a diferencia de Frieda Cristina, nunca logró dominar el arte de la invisibilidad. Con su metro setenta y cinco de estatura, la piel flácida sobre un esqueleto del que sobresalían clavículas y muñecas demasiado filosas y el pelo decolorado de un rubio que quería ser platino pero se agotaba antes de

pronunciarse, Amelia Ott era una presencia demasiado visible estuviera donde estuviera.

En cambio, a cientos de kilómetros de distancia, Leila había logrado la invisibilidad sin siquiera proponérselo. Y, a pesar de los pronósticos que predecían lo contrario, crecía razonablemente feliz en la decena de hogares transitorios que le habían tocado.

En el momento de su descubrimiento, los diarios la llamaron «la niña gato», «la salvaje de América» y «la hija de los felinos». No faltó quien la comparara con el niño pájaro de Rusia, los varios gemelos ferales de Europa y la mujer muda de la India. Por un tiempo, los medios siguieron su destino y su evolución como si estuvieran esperando que le crecieran las orejas, que saltara de un edificio y aterrizara intacta sobre sus piernas o, por qué no, que se decidiera por la delincuencia a la que seguramente la inclinaban los genes y los años de encierro con trece gatos. Cuando comprendieron que Leila no haría nada felino, alienígena o espectacular, la dejaron en paz, en una granja, al cuidado de una pareja de ancianos que acabó adoptándola.

Leila nunca aprendió a hablar como el resto de la gente. En sus frases había siempre huecos llenos de exhalaciones, como si el aire saliera de su garganta congestionado e inseguro. Con los años, los Miller aprendieron a entender ese lenguaje e hicieron lo posible por integrar a la niña a la vida del pueblo. Pero en la escuela Leila sufría. Se encerraba en armarios o se ovillaba debajo de bancos y sillas. Ocasionalmente, mordía y arañaba. Cuando se sentía interrogada, repetía una única frase: «No más». Terminó la primaria gracias a la buena voluntad de sus maestras. A los doce empezó a trabajar en la granja. Parecía gustarle ese universo de cosechas, conservas, fogones y jabón blanco.

Los Miller no tenían gatos. Preferían los perros. La señora Miller decía que los siglos de contacto con los humanos habían vuelto a los felinos demasiado perezosos, ya ni cazaban ni reinaban, eran animales para la ciudad. Ellos tenían dos labradores y un terrier que mantenían a los roedores alejados de la huerta, salían de caza con el señor Miller y ahuyentaban a las pocas visitas que recibían. También, desde la primera noche de Leila en la casa, se encargaron de mantener a raya al «perro del no», hasta que, con el tiempo, lograron acallararlo para siempre.

Una mañana de verano, cuando Leila ya tenía veintiún años y se preparaba para iniciar con Sam, el terrier, su revisión diaria del jardín, al abrir la puerta

se encontró con un hombre. Era joven y delgado. Vestía un traje gris y una camisa de dudosa limpieza. Los labios del hombre eran tan finos que ni el bigote (prolijo, levemente arqueado hacia abajo) lograba transformar el conjunto en una verdadera boca. Parecía una hendidura que alguien hubiera hecho con un instrumento filoso en la masa blanda y blanca de su cara. La señora Miller decía que una jamás debía confiar en la gente de labios finos. Eran señal segura de falta de escrúpulos cuando no de malicia. Labios de comadreja, hubiera dicho ella, si todavía hubiera estado viva.

Además, de la boca del hombre salían palabras. Había algo anormal en el hecho de que esa boca fuera capaz de hablar.

–Ya creemos en Dios. No necesitamos sus revistas con ilustraciones para llegar al Cielo –intentó decir Leila, copiando a su modo lo que le había oído decir al señor Miller durante años, incluso cuando ya deliraba por la morfina en una cama de hospital (los viejos habían decidido morir casi juntos; primero él, de cáncer de pulmón; al mes siguiente, ella, sin avisos, mientras dormía).

Lo único que Joel Taylor entendió de esta bienvenida fue la palabra «Dios». Aunque bien podría haber sido otra. La duda lo hizo callar. Había empezado mal, se dijo tratando de cambiar de estrategia mientras sostenía los ojos de Leila. ¿Cómo había podido ser tan torpe? Debería haber previsto que las palabras no serían la mejor vía para abordar a la hija de Amelia Ott, la preciosa salvaje que él había imaginado y buscado durante tantos meses.

La Iglesia de la Luz Natural estaba en crisis. De las cinco sedes que alguna vez había tenido, solo quedaba la del centro del país, adonde Joel había tenido que mudarse para atender las necesidades de una congregación cada día más pequeña. Hacía unos años que Amelia Ott había muerto en una pelea en la cárcel sin dejar nada ni remotamente parecido a un testamento espiritual. Su discípula más cercana (una ex profesora de yoga) había declinado el honor de continuar con la obra. La obligación de encontrar a alguien a la altura de la tarea había recaído sobre él.

Joel había pasado meses clasificando los papeles y cuadernos de Amelia en busca de pistas sobre cómo continuar. Cuando ya estaba a punto de darse por vencido, encontró una carpeta con recortes de periódicos que seguían el caso de Leila Ott, desde el juicio a su madre hasta su llegada a un hogar transitorio. Si bien Joel conocía las razones por las que Amelia estaba presa, nunca había accedido a los detalles del expediente. La historia de la niña le pareció la obra maestra de la líder espiritual, su lección más acabada, su

mensaje. ¿Qué otra mujer se hubiera atrevido a criar a su hija entre gatos para devolverla desde el primer minuto de vida al Mundo Natural? Solo lamentó que Amelia no hubiera confiado en él, que no le hubiera contado su secreto. Tal vez era parte del plan. Que su hija creciera sola (mejor aún: no sola sino en distintos ambientes que mejorarían su capacidad de adaptación) hasta que estuviera lista para asumir su nueva tarea. Sí, seguramente ese había sido el plan de Amelia. Dejar esas pistas para que él fuera el encargado de descubrir y completar su legado para la Iglesia.

Pero primero tenía que encontrar a la chica. Joel investigó, rastreó y sobornó. Viajó cientos de kilómetros. Contrató detectives privados e interrogó a periodistas, hasta que finalmente llegó a esa granja destartalada en un bosque de las montañas del sur. La casa, que despedía un olor a guiso o a sangre tibia, le pareció perfecta. Igual que la colina que había tenido que atravesar a pie. Había hecho bien en descartar las pocas pistas que indicaban otras zonas. Podía afirmarlo sin lugar a dudas: el sur, con su historia concéntrica cerrada sobre sí misma, había resultado el ecosistema ideal para el desarrollo de esa joven alta, gruesa, de pelo corto y negro que lo miraba con los ojos más calmos y amarillos que hubiera visto en su vida. Y él, a quien nunca le habían fallado las palabras, aceptó y celebró, en esa mudez que le acontecía, su propia inferioridad, su destino de edecán o facilitador.

Mientras tanto, Leila ni esperaba ni dejaba de esperar. Y en ese hacer y no hacer, se volvía cada vez más invisible. Una criatura perfecta, pensó Joel. Una criatura frente a la que podía cometerse cualquier acto de injusticia, amor o crueldad sin obtener reacción alguna.

Nunca estuvo seguro de cómo llamar al sentimiento que, a continuación, sustituyó a las palabras. En su interior, algo se apagó o se encendió para siempre. Dio un paso hacia la preciosa salvaje, la tomó de la cintura y apretó los labios contra los suyos.

La segunda vez que Leila Ott salió en las noticias fue cuando un periodista decidió escribir una nota sobre los cultos religiosos más raros del país. Barry Sanford había empezado cubriendo el juicio por violencia doméstica a un pastor de la Iglesia Pentecostal y había acabado escribiendo un bestseller enternecido sobre los manipuladores de serpientes. Y ahora iba por más. Trabajaba a la antigua: leyendo los diarios y pasquines locales en busca de noticias extraordinarias. Tenía la teoría de que el verdadero país, el que sostenía la estructura económica y política nacional, se encontraba en los

pueblos pequeños. O al menos el país creyente, que era la columna vertebral del otro, aquel donde todos apostaban al dinero, a la juventud y a la velocidad.

Cuando encontró una nota sobre la ex niña salvaje transformada en maestra de ceremonias de una iglesia, supo que había dado con el caso ideal para comenzar su reportaje. Investigó el pasado de Leila, que lo llevó a consultar otros casos de niños maltratados, abandonados a las fieras o al silencio. Lo intrigaba cómo podían integrarse a la sociedad que parecía descubrirlos y adoptarlos solo para comprobar, satisfecha, su propio valor agregado. «Nadie sobrevive solo» o «Ningún humano fuera de lo humano», decía el cartel colgado sobre el puesto que exhibía al niño oso de Lituania en una feria de fenómenos del siglo XVII. El chico había logrado aprender apenas veinte palabras, comía carne cruda y, cuando nadie lo vigilaba, volvía a andar en cuatro patas. Todo lo que sus descubridores lograron ofrecerle de regreso a la civilización fue un puesto como sirviente en la casa de un noble. Al final, como en muchos otros casos, el niño oso huyó de su doble servidumbre al bosque del que había surgido y nunca nadie volvió a verlo.

Las cosas no habían cambiado mucho con el paso de los siglos, concluyó Sanford. Ni Anna de Pennsylvania, con su nombre de heroína, ni Genie, con su andar extraño (ese caminar con las manos como garras tanteando un mundo del que solo podía esperarse dolor), habían logrado reintegrarse a la «familia» humana. Todo lo contrario. No hacían más que denunciar el frágil contrato que la sostenía.

Sanford se preguntaba si Leila habría sido como esos niños. Durante el juicio, Amelia había declarado que su hija había nacido deficiente, que no tenía los recursos para darle una educación especial y que, de todos modos, cualquier dinero invertido en eso no habría hecho más que convertirla en una «malcriada además de una retardada». Los médicos que habían examinado a la niña no habían podido determinar si su lenguaje particular se debía a los años de encierro y silencio con los gatos o a una característica genética.

La lectura de estas historias hundió a Sanford en una profunda depresión. En sus notas, Leila Ott fue dejando de ser la líder de un culto religioso para chiflados y se convirtió en un enigma personal. Más atormentado que ocupado en su nuevo bestseller, Sanford se decidió a escribirle a Joel Taylor, quien lo alentó y repelió por igual durante meses hasta que accedió a concederle una entrevista.

Cuando Barry Sanford llegó a Cendrella, Joel y Leila llevaban dos años y

medio juntos y dirigían la única sede que quedaba de la Iglesia de la Luz Natural. La unión había logrado revitalizar a la congregación y la Iglesia se había transformado en la principal atracción y actividad comercial de ese pueblo perdido en el centro del país. De todos lados llegaba gente para ver a la perfecta salvaje, que aparecía desnuda bajo una bata casi transparente, hierática y silenciosa, sentada sobre un montículo de tierra entre los dos árboles que enmarcaban las ceremonias del culto.

El rito era sencillo: los feligreses cantaban una vieja canción yaqui –que Amelia había tomado de Frieda Cristina y de la que desconocían cualquier significado–, ingerían la bufotenina y se sentaban sobre la tierra a oír lo que Joel tuviera que decir. El sermón era breve, nada más que un preámbulo para la palabra de Leila. El aire se volvía espeso de exhalaciones exageradas mientras la salvaje se desperezaba en su sitio, abría o cerraba los ojos o se rascaba la cabeza. Las familias se tomaban de las manos. Algunos tenían pequeñas y respetuosas convulsiones, pero todos callaban esperando el momento en que ella abriría la boca. Aunque a veces ni siquiera lo hacía. Emitía un gruñido largo que parecía salir de la base de su garganta, o se limitaba a recostarse sobre la tierra y lamerse metódicamente el hombro derecho, acciones replicadas de inmediato por la congregación. Con una señal a los músicos, Joel Taylor ponía fin al pronunciamiento. Seguía una nueva canción y la recolección de donaciones. La ceremonia se había vuelto tan popular que la Iglesia había empezado a admitir turistas. No se les permitía acercarse a Leila y, a diferencia de los fieles, estaban obligados a colaborar con al menos diez dólares, aunque, según la cantidad de gente y la inspiración de Taylor, la suma podía subir a cincuenta por cabeza.

La única vez que Barry Sanford presenció el rito, se ubicó entre los turistas, en la parte de atrás del templo, la espalda apoyada contra la pared y las piernas cruzadas. La Iglesia de la Luz Natural de los Alvarios de Sonora era un círculo de madera con techo de vidrio levantado en un claro del bosque. El recinto encerraba un total de tres árboles. Joel había puesto especial énfasis en que ninguna especie fuera dañada en la construcción. Había elegido el terreno después de muchos cálculos y, si por él hubiera sido, habría tratado de encerrar un río o un arroyo dentro del templo.

En la entrevista, le confesó a Sanford que la idea de la desnudez había sido de su mujer. A pesar de sus treinta y cinco años, Joel seguía siendo un muchacho tímido y desorientado. Leila, con veintitrés, le había enseñado a deshacerse de las últimas inhibiciones que «la mentira social» le había

impuesto desde niño. Fueron lecciones de «iluminación y temblor», o al menos así las registró Joel en el *Diario de Leila*, una serie de cuadernos numerados en los que anotaba todo lo que su mujer hacía o decía desde su primera noche juntos. Sanford solo tuvo acceso a algunos fragmentos, que transcribió en sus notas:

«Viernes. 8 am. Después de días de tormenta, mientras estábamos desayunando, Leila señaló la ventana, me tomó del brazo y me arrastró hasta el jardín. Allí se quitó la ropa (de todos modos, rara vez usa algo más que una camisa). Me obligó a hacer lo mismo. Temí que otra vez quisiera que la penetrara (todavía no comprendo de dónde proviene su energía, es algo sencillamente sorprendente para alguien que no toma ningún estimulante, también lo es que a esta altura no haya quedado embarazada), pero no, se tendió en el barro y comenzó a rodar sobre sí misma, riendo y sacudiendo manos y piernas como si nadara. Entendí que quería que me uniera a ella y lo hice. Al cerrar los ojos y hundirme en el barro, me sentí antiguo y libre. No consigo explicar esa sensación más que como algo sublime. Un sentimiento que hace palidecer a todos nuestros siglos de música y poesía».

Lo que más le interesó a Sanford de ese fragmento fue la mención a la vida sexual de la pareja. Pero Taylor no quiso entrar en detalles. Todo lo que el periodista obtuvo fueron respuestas prefabricadas sobre la consciencia animal y el despertar de la humanidad a sus propios instintos. Sanford le siguió la corriente. Incluso declaró que estaba dispuesto a iniciarse en el culto. Parecía ser la única forma de acercarse a Leila, quien jamás salía de la casa, habitada, además, por varios gatos, dos perros y una oveja. Sanford estaba convencido de que Taylor se había transformado en el nuevo carcelero de su mujer. Pero ella lo desconcertaba. Incluso desde la distancia de la fila de turistas había percibido en ella algo que no se podía identificar ni con la discapacidad ni con la desgracia. En verdad, no parecía una víctima. La palabra que mejor la describía era «satisfacción». Sí, hubiera dicho que Leila Ott era una mujer profundamente satisfecha.

Barry Sanford jamás obtuvo una entrevista con Leila Ott. Al tercer y último día de su visita, Joel Taylor se ahorcó de uno de los árboles del templo de la Iglesia de la Luz Natural. Fue el periodista el que encontró su cuerpo.

La noche anterior casi no había dormido. Había decidido enfrentar o engañar a Taylor para lograr al menos unos minutos a solas con Leila. Pero mientras tomaba whisky en el porche del hotel en el que estaba alojado,

desechó un plan tras otro. Pensó en los niños salvajes, en las muchas carreteras que llevaba recorridas, en una novia que había tenido a los dieciocho años. En algún momento se encontró tratando de recordar cuándo había sido la primera vez que había probado el helado de vainilla. No pudo. Apenas logró recuperar la imagen de su mano de niño sosteniendo una cucharita. Este hecho lo puso al borde de las lágrimas. Quiso llamar a su madre para preguntarle pero cortó en la mitad de la llamada. Estaba demasiado borracho como para hablar. Pasó la noche alternando su desesperación con el sueño, que de a ratos le parecían lo mismo. Al amanecer, decidió salir a caminar. Subió la colina. Pensó que era una buena idea visitar el templo vacío, hacerse una idea diferente del escenario para su libro.

El cuerpo de Joel Taylor estaba colgado de la rama más gruesa del árbol bajo el que Leila se sentaba para las ceremonias. Estaba desnudo. A sus pies, había una hoja de papel doblada en cuatro. «Me voy como llegué. Espero que algún día ustedes puedan decir lo mismo», había escrito con letra redonda, de niño. Sanford dejó la nota en donde estaba, bajó al pueblo y avisó a la policía.

No fue hasta unas horas después que le permitieron regresar al hotel. Ahí lo esperaba un sobre con su nombre. Contenía dos hojas de papel en las que el muerto le contaba su vida con Leila, la verdad sobre el «infierno animal». Haciendo un esfuerzo por interpretar el estilo de Taylor, el periodista entendió que se refería al infierno del silencio y la indiferencia, de la vida como un ciclo de «alimentación, desperdicio, satisfacción y agotamiento». Un ciclo, declaraba en un fragmento, que la humanidad venía rechazando desde hacía milenios. También confesaba que él y Leila tenían sexo dos o tres veces al día y que la mayor parte del tiempo él tenía miedo de regresar a la casa. Había llegado al supremo agotamiento y se sentía el peor discípulo de su esposa: le había fallado.

Sanford no supo qué hacer con esa confesión. Podría haberla publicado. Podría haberla usado para desacreditar a la Iglesia de la Luz Natural. Pero se dio cuenta de que era imposible escribir un libro sobre eso. Al menos uno que reflejara quién era Leila Ott.

Los policías que la habían interrogado esa mañana le contaron que ella había recibido la noticia de la muerte de su marido con la misma mirada de siempre.

–Me hace acordar a un oso –declaró uno de los oficiales–. Nos mira como si estuviera decidiendo si somos comestibles.

Y Sanford pensó que, después de tantas especulaciones, de tantas lecturas y de tantas preguntas, aquello era la pura verdad. Así era como Leila Ott miraba al mundo.

A la pregunta sobre si conocía las razones por las que su marido se había colgado de un árbol, había respondido:

–Cansado.

A la pregunta por lo que ella sentía ahora:

–No tan cansada.

A la pregunta por lo que haría con su vida:

–No más –y había abarcado con un brazo todo el templo, todo el bosque, todo Cendrella y el mundo.

Así fue como, dejando atrás a sus adoradores, Leila Ott regresó al número 320 de la calle Evaline. Con el dinero que le quedaba de sus padres adoptivos, no tuvo problemas en conseguir el mismo departamento en el que había vivido con su madre. Un día, sentada al sol en el patio compartido, volvió a encontrarse con Molly Fitzsimmons, ahora transformada en una monja del convento de la esquina. «Chocolate», fue la palabra con la que se reconocieron.

Y aunque los miembros de la secta no tardaron en localizarla e importunarla con cartas y llamados telefónicos, Leila Ott siguió fiel a la ferocidad de su secreto.

El hombre en la calle de atrás

–Hay un hombre en la calle de atrás –dijo Belinda.

Lucy levantó los ojos de la revista que tenía abierta sobre la falda, deslizó los anteojos hacia la punta de la nariz y evaluó el cuadro que presentaba su hermana. La pollera negra, de tela demasiado gruesa para esa temporada, le llegaba hasta los talones. La blusa era de buena confección, pero el estampado de rosas no iba con su piel, la hacía parecer enferma. Los zapatos (unos botines oxford) eran elegantes aunque parecía que Belinda los había usado para escalar una montaña en algún lugar del trópico. Lo peor era el abrigo: las pocas veces que Belinda salía, usaba el saco de cordero que había sido de su padre. A Lucy le daba dolor de cabeza verla vestida así, con las mangas enrolladas y el cuerpo perdido en ese envoltorio que nunca se había definido por el negro o el azul y más bien había sido siempre del color de la mugre. Lucy le había regalado una parka esmeralda y un saco tres cuartos color avena, pero Belinda insistía en ponerse «el saco de papá». Decía que a los otros había que guardarlos para mejores ocasiones. Y ahí estaban, colgados en su placard, esperando.

Por último, aunque su hermana se había quedado parada con la espalda apoyada en la puerta de la cocina, sin entrar verdaderamente a la casa, se las había ingeniado para dejar huellas de barro en las baldosas que habían cambiado hacía solo unas semanas.

Lucy suspiró y volvió los ojos a la revista.

–Hay hombres por todas partes. Una pensaría que a los sesenta y ocho años ya te habrías acostumbrado.

–Quise decir un hombre muerto. En calzoncillos. Otros dos hombres lo bajaron por la escalera de una casa y lo dejaron ahí, al lado del tacho de basura. A plena luz del día. Ni bien me di cuenta de lo que pasaba, caminé hasta la avenida. Hice como cuatro cuerdas de más para llegar hasta acá sin que me vieran. Pero ¿qué tal si me siguieron, Lucinda?

Nadie en el mundo, excepto su hermana, la llamaba Lucinda. Por muchos años habían tenido problemas con los nombres. Sobre todo en la escuela. «Belinda y Lucinda», hasta un chico de tres años podía insertar una rima fácil

ahí. Lucy estaba convencida de que a su madre la combinación le había parecido simpática, musical y no cacofónica. Es que su madre nunca había tenido nada cercano al buen gusto o al estilo personal. Había perdido la cintura en el primer embarazo y jamás se había molestado en recuperarla. Pensaba que vestirse era nada más que un trámite. Compraba telas al por mayor con las que mandaba a hacer batones idénticos (casi siempre floreados en turquesa y amarillo) para sus hijas. Su marido la había dejado a cargo de todo lo relacionado con las chicas, incluso los nombres. Tenía suficiente con trabajar ocho horas en una oficina, cenar a toda velocidad, ver algún documental antes de irse a dormir y levantarse listo para flirtear con su secretaria a la mañana siguiente. Lucy estaba segura de que jamás había tenido el valor para acostarse con alguna de las empleadas que habían acompañado su carrera en la misma empresa durante veinticinco años. Lo cual no había evitado que, en las fiestas y picnics que organizaba la compañía, las exhibiera a los ojos de su esposa como permanentes posibilidades.

Fue gracias a esas mujeres que Lucy entendió lo que significaba ser vieja. Ocurrió cuando tenía doce años, un día de sol en un parque. Había mucha gente y largas mesas de madera servidas con comida. Los chicos tenían que permanecer sentados hasta que los mayores terminaran de almorzar. Entonces, no quedaban más que dos posibilidades: dejar que la imaginación hiciera lo suyo y te llevara a una playa o a un castillo para besar a un hombre cinematográfico o televisivo, o escuchar la conversación de los adultos. En general, Lucy optaba por lo segundo. En eso estaba, aburrida, cuando captó la mirada de su madre, clavada en el perfil de su padre, que en ese momento inclinaba la cabeza para escuchar mejor el chiste de una mujer de pelo negro. Iba vestida con un solero verde atado al cuello. El escote mostraba la piel menos tostada que precedía a los pechos. Tenía las pestañas cargadas de rímel y el maquillaje justo para hacer que su cara resplandeciera sin brillar bajo la luz del mediodía. Lucy miró alternativamente a su madre y a la mujer. Las miró con lo que luego llamaría su «mirada profesional», la que le valdría una carrera sólida en la cadena de boutiques en las que trabajaría toda su vida. Las dos mujeres tenían las mismas líneas alrededor de los ojos, el mismo pliegue, casi invisible, en el entrecejo. Tenían, en definitiva, más o menos, la misma edad. Solo que su madre era vieja y la mujer que reía no. Lucy entendió que envejecer no quería decir arrugarse, tener celulitis o perder tonificación. Envejecer era resignarse al marrón, a las sandalias de taco bajo o

a la ropa de gimnasia y comer con los labios apretados mientras otras mujeres reían al sol, al verde y a los perfiles de los hombres.

Belinda había heredado el desinterés de su madre por el estado y la apariencia de su cuerpo. Aunque no siempre había sido así. Lucy recordaba que hasta los veinte había usado bastante maquillaje, polleras que desafiaban el largo reglamentario y vinchas que combinaban con sus zapatos y carteras. Las peleas por el robo de prendas habían sido frecuentes en esa época. Cuánta energía invertían en esa guerra. Que su hermana le llevara cinco años la hacía todavía más ridícula. ¿No debería haber sido al revés? ¿No debería haber sido Belinda la que le enseñara a ella los trucos del mostrar y el esconder? No, todo había tenido que aprenderlo sola, observando a las desconocidas en confiterías, revistas y supermercados. A los quince ya era una experta. Y Belinda, por supuesto, había empezado a copiar cada uno de sus descubrimientos, sobre todo cuando ella empezó a trabajar. Lo primero que hacía Lucy al volver a casa era revisar su placard para verificar posibles sustracciones. Dejaba trampas para su hermana. Un pedacito de papel en la bisagra que se caería en cuanto Belinda abriera la puerta para buscar el suéter gris; todas las perchas colocadas en un mismo sentido excepto la del vestido azul; dobles complicados de pañuelos y chalinas que eran imposibles de reproducir para alguien que jamás había trabajado en una tienda de ropa. Belinda siempre caía en esas trampas y, confrontada con la evidencia, inventaba las excusas más ridículas.

Era típico de Belinda hacerse la víctima o tratar de darse importancia en lugar de ganársela legítimamente. Lo había hecho incluso con su nombre: a los trece le cambió la ortografía y empezó a decirle a todo el mundo que se llamaba «Belle-Lynda La Brècque». Hasta había firmado un par de poemas con ese nombre. Suerte que Lucy era demasiado chica como para participar en la cuestión. A los diecinueve, cuando dejó la boutique del barrio por la tienda del centro, cambió el suyo a Lucy Labreque. Simple y elegante. El estilo se tiene o no se tiene. No se consigue agregando guiones o resucitando el poco francés que hay en un árbol genealógico.

–Hace rato que los hombres no te siguen, Belinda. Tienen cosas mejores que hacer. Sobre todo los que asesinan a otros y se deshacen del cadáver a plena luz del día.

Esta vez su réplica logró una sonrisa en la cara de su hermana, que por fin se apartó de la puerta y dejó las bolsas con las compras sobre la mesada de la cocina.

–Para que sepas, todavía hay varios hombres con ganas de perseguirme. Carlos, el panadero, sin ir más lejos.

Típico de Belinda fijarse en hombres que no le convenían y que, por supuesto, no estaban interesados en ella. Confundía amabilidad con «intenciones». Así decía ella. «Me parece que X o Y tiene intenciones conmigo.» Lo cual nunca era cierto. Eso, igual que la ropa, es algo que solo se aprende con la práctica, pensó Lucy mientras sus ojos se posaban en los nuevos modelos de Dior, demasiado futuristas para su gusto. Al menos, Belinda se había ahorrado el error del matrimonio. No había ninguna razón para llegar a ese extremo. Ella había tenido dos que habían terminado en desastre (sexo insatisfactorio en un caso, demasiada cerveza en el otro). Solo su trabajo la había mantenido a flote durante esos años.

–Ah. Bien por Carlos. Quizás una esposa que estudió filosofía le sirva para terminar sus comentarios con algo que no sea «adónde vamos a ir parar» o «yo digo, la gente está loca, ¿o qué?».

–Nadie dijo que me interese el panadero.

–Menos mal. Por un momento temí por las rosquillas.

Esta vez las dos se rieron. Cuando lo hacían, un parecido amenazaba con manifestarse en sus caras.

–No creas que vas a lograr distraerme del muerto. Lo vi con mis propios ojos.

–Sí, con los mismos ojos que creyeron que la hija del vecino había salido volando en un globo aerostático.

Lucy estaba acostumbrada a que su hermana viera dramas y novedades en donde solo había farsa o repetición. En general, no pasaba de hacer el ridículo o de perder el tiempo, como la vez en que la arrastró hasta una tienda vintage al otro lado de la ciudad en la que supuestamente tenían una cartera Hermès a un precio increíble. Terminaron perdidas en un barrio poco aconsejable. Cuando llegaron al lugar, la cartera resultó una imitación barata, que cualquiera hubiera podido identificar a metros de distancia.

Lo de la hija del vecino había salido en los diarios y en la televisión. Había que darle algo de crédito a Belinda, porque casi todos en el barrio se habían creído el cuento. Lucy no: nunca había confiado en esa pareja que cambiaba de trabajo a cada rato.

Pero también estaba esa mañana, unos meses atrás, en la que Belinda había aparecido en la tienda, pálida y agitada, como si hubiera corrido hasta ahí sin parar. Hablaba incoherencias. Lucy la tuvo que llevar a su oficina para

alejara de las vendedoras, que la habían rodeado más por curiosidad sobre la vida privada de su jefa que por verdadera preocupación.

Ya en la oficina, preparó té de manzanilla para las dos y, mientras Belinda recuperaba el aliento, su inquietud también se fue disipando. Hacía décadas que esa habitación era su santuario. Sus libros favoritos ocupaban la pared detrás del escritorio. Tenía un horno microondas, una heladera y un sofá lo suficientemente largo como para dormir en él. No importaba qué pasara, le bastaba entrar en ese lugar para calmarse (caminar por la tienda acariciando los percheros de ropa también funcionaba).

Después de tomar un poco de té, Belinda le contó lo que había pasado. Una mujer se le había acercado en la calle, le había mostrado un papel con una dirección y le había pedido ayuda. Belinda no conocía esa calle. Pero la mujer había insistido: iba a una entrevista de trabajo, se ganaba la vida limpiando casas, no sabía leer y no conocía la ciudad. «No quise que pensara que yo era una mala persona», dijo Belinda dejando caer una última lágrima en su taza. La mujer detuvo a un hombre que caminaba apurado por la misma vereda para preguntarle por la dirección. Él se ofreció a acompañarla. A Belinda eso le pareció sospechoso y pensó que no era una buena idea dejar a la mujer en sus manos. De alguna manera que no podía recordar había accedido a que la desconocida usara el teléfono de la casa. Una vez adentro, la mujer empujó a Belinda al sillón de la sala y el hombre le arrebató la cartera. Inconformes con lo poco que encontraron, empezaron a preguntarle dónde guardaba «sus ahorros». La salvó la vecina de al lado, que, como era su costumbre, apareció en el jardín de adelante sin anunciarse. Los ladrones salieron de inmediato por la puerta de la cocina. Solo se llevaron unos billetes.

A Belinda ni siquiera se le ocurrió llamar a la policía. Salió huyendo de su propia casa y fue inmediatamente hasta la tienda. Lucy no pudo convencerla de volver: creía que los ladrones estarían esperando a que ella regresara para «completar el golpe». Fue imposible razonar con su hermana, explicarle que se trataba de un atraco oportunista. Por esa vez, Lucy juzgó mejor no entrar en los detalles de su vestimenta, que la hacían parecer más vieja y vulnerable de lo que era. Igual que algunas clientas, Belinda no sabía qué hacer con la sinceridad. Sencillamente, no estaba preparada para ella. Pero ahora, además, estaba convencida de que un agujero de maldad con su nombre se había abierto en alguna parte del universo y no se cerraría hasta que ella cayera en él.

Estuvo semanas sin salir a la calle. Si no podía evitarlo (Lucy agradecía que su hermana todavía tuviera libros que devolver o recetas que ensayar), daba rodeos para volver a la casa. Nunca lo hacía por el mismo camino. Y a veces la llamaba a la tienda para decirle que los había visto, al hombre y a la mujer, acechando en la entrada de la biblioteca del barrio o entre las góndolas del supermercado. Tenía mareos y palpitaciones sin ninguna causa fisiológica (dos médicos lo habían certificado). Pasaron meses hasta que se recuperó del asunto. En verdad, pensó Lucy apartando los ojos de la revista y posándolos en la espalda ligeramente encorvada de su hermana, no había sido hasta el otoño. Sí, hacía poco que Belinda había vuelto a admitir la posibilidad de que el mundo fuera un lugar limpio, en el que brillaba el sol y había chocolates a la venta.

–Yo sé lo que digo. Hay un hombre muerto en la calle de atrás. Y me parece que deberíamos hacer algo al respecto. Puede ser alguien, Lucinda. Alguien que conozcamos, digo –y, después, en tono de disculpa–: No pude verle la cara.

Lucy cerró la revista y le sostuvo la mirada a su hermana. Por supuesto que «hacer algo al respecto» significaba solo una cosa: que ella, Lucy, se hiciera cargo de la situación. ¿Y qué otra opción tenía? Probablemente no fuera nada. Abandonó el sillón, fue hasta la ventana y descorrió las cortinas: al menos había dejado de llover. El impermeable y las botas de plástico serían suficientes para la travesía.

Es importante saber disimular. Eso pensó cuando vio a los hombres bajar por las escaleras cargando ese cuerpo fofo, rosado, semidesnudo. Uno lo agarraba de los talones y el otro de los sobacos. También se preguntó cómo nunca antes había prestado atención a esa casa despintada, con el patio trasero lleno de botellas, neumáticos y latas de cerveza. Es que el frente no se ve tan mal, reflexionó. La verdad era que ella rara vez pasaba por ahí. Solo porque llovía había decidido cortar camino por ese pasadizo desde el que se veían los basureros, las bicicletas, los jardines poco esforzados de sus vecinos. No era que Belinda se sintiera superior a ellos: le daba pudor ver ese lado de las casas. Se sentía una espía. Como si estuviera observando a la gente cuando se desvestía o leyendo una carta que no le estaba dirigida. Nada de eso era asunto de ella. ¿Acaso no era la mirada la facultad más poderosa del ser humano? La mirada interior, pensaba Belinda. Porque los ciegos también la tenían. Abrir los ojos a la miseria equivalía a empañarlos para

siempre. Como hundir un violín en un charco de agua sucia. Belinda había tratado de enseñarles eso a varias generaciones de chicos de secundario. Probablemente nunca la habían entendido o se habían aburrido de escucharla. O tal vez no. Recordaba caras brillantes de curiosidad en esos años. Años de felicidad, cuando sus padres todavía vivían y todo era más fácil. Cuando todavía no había tenido que entrenarse para sustraerse a la miseria. ¿Habiendo tantas cosas hermosas en el mundo por qué iba ella a buscar el contacto con las que no lo eran? La autopista, por ejemplo. O la señora Schwartz. También las canchas de tenis del club, abandonadas desde que ella era chica. O el fondo de las casas. Esta tenía un frente muy distinto. Decente. Mentiroso. Con una verja de rombos y un buzón coronado por dos golondrinas de metal.

¿Cómo podía ser que esos dos hombres vivieran ahí? Un escalofrío le recorrió la espalda cuando pensó que tal vez fuera la casa del otro. Tal vez ahora mismo, mientras Lucinda y ella caminaban hacia ahí, ellos estaban terminando de vaciarla. Robando hasta las manijas de las puertas y las bombitas de luz. Había oído de gente que hacía eso. Pensó en compartir esa hipótesis con su hermana, que caminaba uno o dos pasos delante de ella, pero se contuvo. Lo mejor era dejar que las cosas se fueran desarrollando solas. Ella sabría qué hacer. Sin duda no se quedaría congelada detrás de un coche estacionado, con los ojos fijos en el calzoncillo verde, las medias blancas y los zapatos marrones del hombre, tal como lo había hecho ella. O tal vez sí. Porque era típico de Lucinda reparar en esos detalles, sobre todo en la ropa. En cambio, ella se había fijado más en el moretón que tenía en la rodilla. Como una idiota. En lugar de tratar de verle la cara, que estaba de costado, algo hundida entre unas bolsas de plástico. Por lo menos había reprimido las ganas de salir corriendo. Se había dado vuelta y había caminado con naturalidad en sentido contrario. Incluso había fingido revisar sus compras y se había dado un golpecito en la frente, como quien descubre que ha olvidado algo importante. Jengibre, por ejemplo. O polvo de hornear. Ingredientes irremplazables, cuya falta hacía fracasar la mejor receta. Aunque es cierto que a veces puede usarse bicarbonato en lugar de polvo de hornear. Funciona con algunas tortas pero no para los scones. Los scones engañan en su sencillez. Si se manipula mucho la masa, quedan chatos. Si se manipula poco, grumosos. No, no aceptan sustituciones. El truco es atenerse a las proporciones. Eso decía Carlos cada vez que ella elogiaba la consistencia de su lemon pie. Le hubiera gustado que alguna vez se olvidara de las

proporciones, el pobre Carlos. Que por fin le dijera lo que tenía que decirle en vez de dar vueltas alrededor del punto justo para el merengue o la mejor cobertura de chocolate. Pero eso no ocurriría jamás, lo sabía. Era demasiado tímido. Además, Lucinda tenía razón, ¿de qué otra cosa podrían hablar ellos dos una vez que agotaran la repostería?

Hubiera podido ir hasta el teléfono público de la avenida y llamar directamente a la policía. O resistir el impulso de comprobar si el cuerpo que habían dejado reclinado contra el basurero todavía respiraba. Mientras Lucinda se subía el cuello del impermeable y dejaba escapar un rezongo (había vuelto a llover), Belinda trató de recordar con exactitud lo que había pasado.

El hombre tenía el cuerpo liso, sin pelos, como el de una estatua. Eso le llamó la atención. Una esperaba más vello en el cuerpo de un varón que seguramente ya había pasado los cuarenta. Sería por eso que se había fijado en la marca en la rodilla. Una mancha vieja, como si de chico hubiera fracasado una y otra vez con su bicicleta. Trató de imaginárselo, riendo para disfrazar la humillación frente a sus compañeros, cubriéndose la herida con la mano mientras la rueda de la bicicleta seguía girando contra el asfalto. Pero no pudo imaginarlo. No era su culpa. Es que ese hombre jamás había reído así. Estaba segura. Si no, no habría terminado de esa manera: arrojado por sus amigos a un basural. Y ciertamente tampoco le habría contestado como lo hizo. ¿Cómo podía alguien en una situación tan desesperada darse el lujo de un insulto? ¿Acaso no había aprendido nada en la vida? No se llega a ninguna parte sin algún sentido de la gratitud o por lo menos con alguna capacidad para disimular las faltas de los demás. En especial cuando una necesita ayuda. Y ese hombre, con su viejo moretón y los ojos privados de todo lo que se pareciera a una consciencia racional, claramente la necesitaba. Porque sus amigos lo habían abandonado. Desnudo, en un basurero y con la cara hundida en el barro. No podía dejarlo así. No estaba bien. ¿Y qué había hecho él, cuando ella por fin había cobrado el valor para acercarse y, desoyendo las advertencias que sonaban en su interior, lo había girado sobre sí mismo para ver si respiraba? Había abierto los ojos por un segundo (pero un segundo de preciosa, inconfundible racionalidad) y había dicho: «Vieja de mierda». Eso. Después se había vuelto a desmayar con la boca abierta y la cabeza inclinada hacia atrás. Por eso no había podido verle la cara, que, además, estaba manchada de barro. Ahora que lo pensaba bien, ni siquiera podría describirlo si alguien se lo pidiera. En realidad no podía decirse que lo había visto de

cerca. Ni siquiera mencionaría que había visto el moretón. Porque ese hombre jamás había reído como un niño desvalido tratando de disimular una herida. Ese hombre no tenía idea de que el disimulo no era una cobardía, sino una concesión que una hacía hacia la fealdad de los demás. No, él no sabía nada de eso. Seguro había sido de los niños que al morder el asfalto se dan por vencidos, viendo pasar a los que se burlan por el costado del camino, los ojos perdidos en el cielo y los brazos abiertos a los costados, acumulando toda la rabia posible para devolverla a un mundo que, sin duda, ya tenía suficiente.

Era importante saber disimular. Ella lo había aprendido de su madre. Era la única forma de sobrevivir. Lucinda, en cambio, se negaba a admitirlo: incluso cuando intentaba ser amable, lograba que las palabras «querida» o «mi amor» te saltaran al cuello como alimañas. No era que Belinda favoreciera la mentira, sino que la entendía como una forma de sabiduría. Su madre también. Lucinda había heredado todo de ella (el pelo grueso y castaño, los ojos color mar, la piel perfecta), excepto esa habilidad para ser falsa y genuina a la vez. La hospitalidad como una máscara o un límite. Eso hacía de su madre la mejor anfitriona de las fiestas que organizaba la empresa. Belinda la admiraba por eso. No entendía de dónde había sacado su hermana ese don para decir las verdades más inoportunas en los momentos menos apropiados. Tampoco era una característica de su padre, que tenía sus propias formas de disimulo. Debía ser algo que se aprendía en el trabajo con otras mujeres. Como si al pasar tantos años entre ellas, Lucinda hubiera agotado su repertorio para la indulgencia. O quizás habían sido los maridos los que habían pulido su carácter hasta transformarla en esa mujer delgada, elegante y explosiva que ahora iba quejándose de que la lluvia le arruinaría las mechas del pelo gris peinadas con tanto esmero. Belinda sacó el paraguas de su cartera y alcanzó a su hermana en la mitad de la calle.

-¿Dijiste que era la casa amarilla?

-El frente es amarillo pero la parte de atrás está pintada de blanco.

-Ya la ubico. Desde que éramos chicas que la gente va y viene de esa casa. Siempre estuvo alquilada, pero nadie dura más de cinco o seis años ahí.

-Cuando yo estaba en séptimo grado vivía un matrimonio mayor, sin hijos. Ella decía que había sido campeona de natación. Él hacía control de plagas o algo así.

-No me acuerdo.

-Y, no, eras muy chica como para acordarte. Debías tener siete u ocho. El

tipo una vez me regaló bombones. Para navidad.

–¿Y se los aceptaste?

La cara de Lucinda se transformó en una mueca de desaprobación, como si la imprudencia de su hermana acabara de ocurrir ante sus ojos. Era un arte muy sofisticado el del regaño en retrospectiva y Lucinda era una verdadera experta. Aparecía un domingo en la puerta de su dormitorio y empezaba una conversación de la manera más inocente. Podía ser un comentario sobre las cortinas de la planta baja o alguna historia de la tienda que desembocaba en un chiste sobre la vez que Belinda había invitado a una compañera de colegio a almorzar sin avisarle a su madre, que luego le había dado todo un sermón sobre las reglas de etiqueta. En esa ocasión, Lucinda había intervenido a favor de su hermana. ¿Reglas de etiqueta? Por favor. Vivían en una casa demasiado chica y mal decorada como para darse esos aires. Hasta ahí todo muy bien. Las dos podían reírse de esos recuerdos. Pero entonces revisaban otros y Lucinda se las ingeniaba para ejercer su arte: podía ser el episodio de las flores, el del suéter o cualquier otro. El del suéter casi siempre funcionaba. Era su preferido: lo usaba para mostrar cómo Belinda era la peor clase de mentirosa. Alguien que no mentía por necesidad (como su madre) ni porque tuviera que ocultar algo horrible (como su padre), sino que lo hacía por puro placer. Porque sí. Belinda hubiera querido explicarle que ella veía faltas donde todos los demás veían completitud. Y también cosas que necesitaban ser reparadas. Pero las palabras se le atragantaban de bronca, y entonces sonreía y cambiaba de tema, conduciendo a su hermana de vuelta a la tienda, a los vestidos, al lápiz labial que aquel artista del maquillaje había bautizado con su nombre. Esto último casi siempre funcionaba: era fácil manipular a Lucinda apelando a su vanidad. Y el «Lucy Labreque» había sido el éxito de ventas de esa modesta compañía de cosméticos por catálogo. Lástima que Lucinda hubiera terminado casada con Tony. Cualquiera hubiera sospechado de un marido tan interesado en los lápices labiales. Pero Belinda se abstenía de llegar tan lejos con sus comentarios. Dejaba que fuera Lucinda la que cerrara el recuerdo con alguna ironía sobre cómo los matrimonios la habían dejado más sola que antes, sin un centavo y de vuelta en esa casa sin glamour que su hermana mayor se negaba a vender. En ese punto, Lucinda finalmente se callaba. Iba hacia la ventana y se quedaba unos segundos observando la calle y la luz de la mañana.

–Era un buen hombre el fumigador. No tenía intenciones.

–Como si eso pudieras decirlo con nada más mirarlo.

–Aunque no lo creas, sí, creo que en esa época podía adivinar esas cosas en la gente. Tenía un sexto sentido para detectar la maldad. Después lo perdí. Todos los niños deben tener esa capacidad. Es el mundo de los adultos el que te desorienta una vez que no te queda otra que entrar en él.

–Hmm –gruñó Lucy. Y entonces, lo vio: cruzando la esquina, detrás del contenedor de basura, asomaban unos pies metidos en medias blancas y mocasines marrones. El corazón le latió un poco más rápido y no pudo evitar agarrar a Belinda del codo. El paraguas, que emitía esa luz rosada tan favorecedora, osciló sobre sus cabezas.

–Sí –dijo Belinda–. Es él. Desde acá parece más alto que hace un momento.

Era cierto: el hombre le había parecido bajo solo porque antes sus piernas estaban dobladas. De eso se acordaba mucho mejor que de la cara o de los ruidos que había hecho ni bien ella le había vuelto la espalda. Sonaban como arcadas y en seguida recordó las historias de actores y músicos que habían muerto de esa manera. Pero no por eso volvió sobre sus pasos o giró la cabeza para comprobar nada. Sintió un leve espasmo de satisfacción y siguió caminando mientras el hombre se sacudía, balbuceaba o vomitaba. No era necesario ver para saberlo. Mejor que lo hiciera Lucinda. Por algo era la más práctica de las dos. Por algo nadie la había obligado a jubilarse. Ella sabía qué hacer, concluyó mientras dejaba que su hermana se adelantara unos metros y fuera sola hasta el basural que la gente del barrio había decretado en ese sector.

Lucy se tomó unos minutos para evaluar toda la escena. No había nadie en la calle. Vio el cuerpo blanco del hombre, las piernas estiradas, la grasa del abdomen que mordía un poco la tela del calzoncillo. Vio las medias y los mocasines, el pelo sucio, las nubes que seguramente traerían más lluvia. Vio, sobre todo, las huellas de los botines de Belinda justo al lado de la cabeza del tipo, que yacía con la boca abierta y llena de vómito. Enseguida supo lo que había pasado. Miró a su hermana, que a la distancia, aun bajo la luz rosada del paraguas, parecía más vieja y encorvada de lo que era. Y aunque ese era el muerto más muerto que había visto en su vida, dijo:

–Está borracho, nada más. No creo que tengas que preocuparte por nada, Belinda.

Con estas palabras, volvió sobre sus pasos, tomó a su hermana mayor de la mano y regresaron a la casa.

Agradecimientos

A mis hermanos Luis y Carlos, que me enseñaron a jugar, razón primera de este libro. A Gabriela Franco, que lo leyó con entusiasmo y dedicación en sus muchas transformaciones. A María Julia Rossi, presencia luminosa. A Giovanna Rivero, compañera de aventuras literarias. A mis alumnos, por su curiosidad, su atrevimiento y su empeño, que alimentan mi escritura.

A Paola Lucantis, que creyó en estos cuentos desde el principio.

Y a Ramiro Freudenthal, siempre.

Grupo  Planeta

¡Seguinos!

